



Para toda mamá, "lo importante es ser buena aprendiendo a ser mamá", gracias a su aprendizaje de la maternidad y a su reconocimiento personal.

Y. I. L. G.

*A mis hijos Moy y Sammy;
gracias a ellos estoy aprendiendo
a ser mamá.*

RECONOCIMIENTOS

Al inicio del año 1995, comencé a cursar la Maestría en Pedagogía en la Modalidad a Distancia, hecho que se convirtió en un acercamiento y reconocimiento de mi persona, en un proceso de superación personal y profesional.

Hoy, al formalizar el trabajo, siento y percibo el proceso como la consecución del esfuerzo, la dedicación y la responsabilidad otorgada a esta labor. Me encuentro segura y satisfecha de la experiencia vivida en el Seminario de Investigación pues pude atisbar en el conocimiento de la afectividad humana y simultáneamente en mis propias emociones.

El apoyo que recibí a lo largo de la formación me ayudó en el transcurso de los estudios; hacia este pilar, reconozco mi gratitud.

A la responsable del Seminario de Investigación Dra. Clotilde Juárez Hernández, un sincero y reconocido agradecimiento por su capacidad y profesionalismo académico que en todo momento me brindó, a sus valiosas opiniones y comentarios como directora de este trabajo.

A mis compañeros del Seminario de Investigación por sus certeras opiniones, a los miembros del Seminario de Sociopsicoanálisis A. C. por sus atinados comentarios teóricos y metodológicos en el proceso de la investigación.

A mi compañera Profra. Josefina Madrigal Luna quien participó hombro con hombro a lo largo del trabajo realizado.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

- I. RELACIÓN DE INTERACCIÓN EN LA CASA Y EN LA ESCUELA
- II. CADENAS DE INTERACCIÓN ENTRE MADRE E HIJO Y SU RELACIÓN CON LA RESPONSABILIDAD DE LA MADRE
Importancia del conocimiento de la relación de interacción y de la responsividad de la madre y del hijo en el ámbito educativo, 20
Objetivos, 28
- III. TEORIA DEL APEGO
Naturaleza del apego, 30
Conductas de apego, 35
Proceso y manifestación del apego, 38
La madre como una base segura, 41
Los trabajos de investigación de Ainsworth, 42
- IV. NECESIDADES FÍSICAS, EMOCIONALES Y SOCIALES DEL BEBÉ
Necesidad de alimento, 51
Necesidad de descanso, 55
Necesidad de contacto físico, 57
Formas de comunicación del bebé para expresar sus necesidades, 60
El llanto, 60
Las vocalizaciones y los balbuceos, 63
La sonrisa, 64
- V. ACTIVIDAD Y RESPONSABILIDAD MATERNA
El maternaje una actividad aprendida, 67
El tacto, una tendencia de la maternidad, 69
La responsividad de la madre: su caracterización, 74
- VI. EMOTIVIDAD Y SENSITIVIDAD; LAZO DE MADRE- HIJO
Conexión sensual, emotiva y comunicativa, 86
- VI. CÓMO SE REALIZO LA INVESTIGACIÓN
Procedimiento de selección de los participantes en la investigación, 92

Características de las diadas participantes, 96

Estudio realizado, 99

Instrumentos utilizados para la obtención de los datos, 103

Entrenamiento y procedimiento metodológico, 104

VII. INTERACCIONES DE NECESIDADES Y SATISFACCIONES EN LA DIADA MADRE HIJO

Señales y actividades demandantes de atención a los 3 meses de edad del bebé, 109

1. Manifestación de las necesidades infantiles en:

El llanto, 109

En el contacto físico, 113

Durante el alimento, 115

En el arrullo y descanso, 116

2. Expresiones usuales del bebé en las señales de: llanto, 117

Necesidad de contacto físico, 121

Necesidad de alimento, 123

Necesidad de dormir y descansar, 125

Análisis de datos:

Respuestas de la madre en atención de las señales de necesidad de su bebé, 126

1. Actividades y destrezas maternas que brindan confort, cariño y soporte al bebé, 133

2. Acciones y funciones despegadas y distantes de la madre hacia su hijo, 146

3. Actividades maternas con tendencia a evadir las necesidades del bebé, 159

Actividades del bebé a los 6 meses de edad que demandan atención materna, 169

1. Expresiones y modos de manifestar el infante sus necesidades por medio del llanto, 169

Respuestas de la madre a las necesidades del infante, 171

Mi más cálido y fino agradecimiento a las familias de las diadas seleccionadas en el estudio, por su atención y confianza recibida al permitirme el paso franco a la intimidad de su hogar.

A todos, muchas gracias.

Yolanda I. Lara G.

1. Diligencia, prestancia y maestría de la madre para brindar comodidad, ternura y adhesión al bebé, 172
2. Maniobras y situaciones remotas con animosidad de la madre hacia su hijo, 176
3. Respuestas maternas tendientes a la evasión y a la exclusión ante las necesidades del bebé, 182

CONCLUSIONES

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANEXO 1 FICHA SOCIOECONÓMICA

ANEXO 2 CONSTANCIA DE PARTICIPACIÓN

ANEXO 3 CALENDARIO DE ACTIVIDADES

PRESENTACIÓN

El trabajo de investigación presenta como objeto de estudio la responsividad de la madre para atender las necesidades del bebé. Identifica y describe las señales con las que el infante expresa sus necesidades biológicas, fisiológicas, psicológicas y emocionales; así como las respuestas que evidencian en la madre la reacción originada a partir del grado de conocimiento y reconocimiento que posee de su hijo.

En el primer capítulo, se presentan consideraciones de importancia sobre la primera relación de interacción del ser humano a la luz de las respuestas que recibe de su madre a sus necesidades y el nivel de influencia que tienen éstas en el desarrollo de la personalidad del niño. La madre responde a su bebé con base en el cúmulo de experiencias afectivas aprendidas a lo largo de su vida. Además de precisar la relación de interacción en los primeros años de la infancia del niño, en su ambiente natural, y en la escuela.

En el capítulo número dos, se parte del planteamiento del problema que guía el estudio. Caracterizar las condicionantes de las respuestas de la madre influidas en sus reacciones a las señales de necesidad que su hijo le emite. Además, identificar y describir las señales que el bebé produce y contextualizar la relación vivida ente ambos. Esto, al reflexionar sobre la caracterización que origina el que la madre identifique, lea o no, interprete adecuadamente y responda de manera oportuna o no a las necesidades expresadas. Las acciones realizadas por ella se

modelan a partir de su propia forma de relacionarse e interactuar con el medio; de ello se desprende: La responsividad materna se caracteriza por diversos matices.

En el tercer capítulo, los elementos teóricos y metodológicos abordados son: la teoría del apego fundamentada por John. Bowlby y Mary. Ainsworth, recientemente fallecida, quien logró evolucionar la Psicología para estudiar el origen y desarrollo emocional y social humano, este trabajo es un homenaje póstumo a su labor realizada. La estructura del contenido se orienta en un análisis crítico del mismo que permite una posición teórica acerca del objeto de estudio.

El capítulo cuatro especifica las necesidades físicas, emocionales y sociales del bebé, formulando explicaciones biológicas, fisiológicas, psicológicas y afectivas; además, presenta las formas de comunicación que él utiliza para expresar sus necesidades.

El capítulo cinco, hace un acopio de la responsividad de la madre como una actividad aprendida con una clara tendencia a la maternidad, caracterizada con los elementos de la teoría del carácter social de Erich. Fromm, concepciones biológicas, fisiológicas y afectivas de Ashley. Montagu y Desmond. Morris. Los elementos conforman una visión biopsicosocial para interpretar las respuestas de la madre a partir del cuidado materno con base en las necesidades de su bebé y en las interacciones dentro del contexto familiar.

El capítulo número seis, presenta síntesis y conclusiones derivadas de los elementos teóricos basados en las emociones y sensaciones de la madre y del hijo a partir de la convivencia e interacción entre ellos.

El capítulo siete da cuenta de cómo se realizó la investigación, describe el estudio naturalista, con base en la metodología interpretativa que facilita comparar el

fenómeno en distintos momentos y bajo situaciones diferentes, así como el procedimiento utilizado para selección de los participantes, el entrenamiento y procedimiento metodológico implementado.

El capítulo número ocho, aporta evidencia empírica a través de los datos de la información procesada para considerar diferencias substanciales en las respuestas brindadas por la madre a su hijo en el pequeño grupo de madres mexicana del estudio. Las respuestas desencadenan reacciones emotivas y sociales como reflejo del conocimiento y nivel de adaptación y aceptación, posibilidad de libertad de ser para el otro; todas ellas son situaciones biológicas, psicológicas y sociales existentes en la experiencia vivencial de la madre.

Las conclusiones permiten reflexionar sobre el fenómeno de la responsividad de la madre para atender las necesidades del bebé a la luz de las diferencias encontradas en las interacciones madre – hijo. Ante ello, se cuestiona: las respuestas específicas y la forma en que éstas se generan en la interacción.

I. RELACIÓN DE INTERACCIÓN EN LA CASA Y EN LA ESCUELA

La educación formal, a través de la educación oficial que ofrece el estado mexicano tiene como fin al hombre, quien es el principal sujeto y objeto. Esta máxima aspiración de la educación se plasma en el Artículo 3º Constitucional que decreta “desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano”. La educación ha de formar para comprender los problemas y mejorar socialmente tendiendo siempre a una participación social y democrática.

Con base al derecho a la educación de cada mexicano, la escuela es la institución responsable de promover el desarrollo armónico del individuo. Es decir, la idea de educar va más allá de sólo transmitir conocimientos escolares específicos, sino de estimular el desarrollo íntegro de la persona como ser humano.

En la escuela, el niño no sólo encuentra un currículum que estructura y da sentido a su vida, sino que encuentra también a su “maestra” quien es el agente directamente encargado de hacer cumplir la norma constitucional de coadyuvar a su desarrollo armónico. Es a través de su interacción con ella, que el niño manifiesta ciertos patrones de comportamiento; puede ser sociable, platicador, simpático, carismático, retraído, penoso, callado, aislado, agresivo, enojado, cooperador, saboteador, amigable, afectuoso, resentido y huraño.

Por las características de personalidad de sus alumnos y sus estilos de interacción, la tarea educativa de la maestra se hace más compleja y harto difícil.

La maestra recibe a los niños de 5 años en preescolar y a los 6 en la primaria. Esos niños al llegar por primera vez a la escuela ya llevan una historia de vida con una personalidad incipientemente definida y una forma de interacción con los adultos y sus compañeros aprendida a partir de las primeras interacciones sociales con sus padres y entre su familia.

La educación informal posee características disimiles de la educación formal por no estar sistematizada, normada e instituida. Su principal especificidad está en que puede concertarse en cualesquier situación, circunstancia, ámbito y contexto en que nos desarrollemos. Es la que vivimos cotidianamente gracias a las relaciones interpersonales que realizamos, su esencia radica en el intercambio de alguien que aprende y alguien que enseña independientemente del conocimiento que se trate, del lugar y del momento en que se efectúe.

Una de las instituciones encargada de proporcionar al niño la educación informal y generarla a través de ella es la familia, donde se comienzan las interacciones humanas, pues es allí donde se da la primera relación de todo ser humano, ésta es la que se establece con su madre, es una relación de pareja y se constituye como la base de las experiencias del bebé en la interacción con ella. La familia es reconocida como la primera institución socializadora, en la que los padres son los encargados de fungir como los agentes de la socialización.

Desde su nacimiento, el bebé cuenta en su haber con una gama de conductas que manifiesta involuntariamente en respuesta a la estimulación interna y externa que experimenta: sed, hambre, dolor, temperatura.

Con estas singulares acciones involuntarias el bebé recibe la reacción de la madre y se emprende la interacción madre - hijo donde a partir de la demanda -

satisfacción del niño y el modo en que ambos se relacionan se permite la obtención o no del placer y el descanso que éste refleja.

El goce íntimo de sensaciones táctiles entre ambos, la comunicación preverbal que entre ellos existe, las miradas en los acercamientos y la posibilidad de olerse mutuamente aseguran y garantizan que las demandas son satisfechas por lo que la interacción cobra un papel afectivo que protege al niño emocionalmente y le permite tener la confianza de que su madre estará presente ante cualquier eventualidad.

La presencia materna y su desarrollo del sentido del tacto, de ese trato cálido y sutil, le facilita poder reconfortar a su hijo durante los momentos de angustia que él manifiesta, esta cadencia en el sentir y actuar de la madre se desarrolla gracias a la misma cercanía que le provee el bebé. Cercanía que se produce desde la concepción; con ello se inicia la primera relación interpersonal.

La primera relación humana es la que sienta las bases para otras interacciones sociales, porque favorece tanto el bienestar individual como el social; el individual al obtener satisfacción íntima emocional que promueve sensaciones de felicidad, al conseguir la plenitud como ser humano, que facilita la consolidación de la madurez en el individuo; en lo social, al establecer las vinculaciones de quienes se relacionan estimulando su crecimiento y desarrollo personal.

Aunque en la familia y en la escuela (centro de desarrollo infantil, guardería, preescolar y primaria) se promueva el sano desarrollo del niño, éste es un proceso que dura toda la vida. Ambas instituciones deben de tomar en cuenta 3 características que influyen en la asimilación y adaptación del niño al medio: la estructura biológica que tiene el niño desde que nace, la interacción que establece

con su madre y las vivencias positivas y/o negativas, que dan vida y luz a la relación específica entre ellos y que nutren los procesos del desarrollo de la personalidad infantil.

El desarrollo emocional del niño ocurre satisfactoriamente cuando la conducta y los afectos de sus cuidadores, dentro de la familia son predecibles y confiables. Y cuando en la escuela, la educadora o maestra de guardería, centro de desarrollo infantil, preescolar y primaria cobra conciencia de la importancia de la relación que establece con su alumno, la cual es la base para el desarrollo de un vínculo afectuoso y positivo.

Sin embargo, por la naturaleza y función de la escuela, pareciera que la responsabilidad preponderante de la educadora y maestra es enfatizar el aprendizaje de los conocimientos escolares para estimular su desarrollo, sin advertir que es a través de su relación que puede favorecer o inhibir el aprendizaje.

Ciertamente algunas educadoras y maestras intuitivamente o con conocimiento de causa llegan a establecer relaciones afectuosas que facilitan la interacción y comunicación con los niños y crean un ambiente estimulante para el aprendizaje.

Cabría cuestionar ¿Cómo se edifica la acción educativa? Por medio de la socialización la cual se desarrolla a través de la interacción la que se robustece de la relación entre el niño y los adultos, que se responsabilizan de su cuidado, atención y educación.

La calidad en la atención y educación va a estar ligada a las capacidades del cuidador principal, de la disposición, conocimiento y buena voluntad de la educadora y la maestra para ofrecer posibilidades de interacción y responder a las demandas del niño. ¿Cómo ellas van a conocer las necesidades del educando? A

través de las señales verbales y no verbales con que expresa el niño lo que le ¹⁴ pasa o necesita en un sentido afectivo, psicológico y social. Así, la responsividad de los cuidadores y educadores del niño podrá consistir en estar atentos a la comunicación, ser hábiles en escuchar para identificar, entender y atender oportunamente los requerimientos del educando, portadores de los sentimientos, las emociones y los pensamientos de los alumnos.

Así pues, a través de la confianza y seguridad logradas con base en la posición de empatía de la educadora hacia el alumno, permite generar un nivel de confianza y estima instituido ya en el fiador del intercambio pedagógico, donde lo instituyente establece lo instituido, donde las decisiones no son unilaterales sino tomadas dentro de la relación en colectividad.

La responsividad de la madre es la que imprime ciertas características a su interacción con el bebé, la calidez, eficacia y prontitud con que ella reacciona a las demandas de su hijo, la forma en que capta los mensajes que éste le emite, caracterizan una disposición y responsividad propia de cada madre. Esto no es más que la manera en que ella interactúa con su hijo.

Sin duda, el que la madre se comporte con su hijo de manera amorosa, solidaria, cooperativa, complaciente, competente, punitiva, cortante, obstaculizadora, aniquiladora, excluyente, autoritaria, igualitaria, entre otras; ante las necesidades de su hijo, posibilita canalizar la atención en el estudio del origen, la edificación y el florecimiento del sano desarrollo infantil por lo que es menester que todos los involucrados en el proceso educativo permanezcan conscientes de la valía que le corresponde a la esfera afectiva del ser humano dentro de su labor docente como un elemento más y no por eso menos importante que el mismo aprendizaje de sus

alumnos, con lo anterior es necesario ubicar este proceso psicológico que se concretiza en la responsividad de la madre con su hijo, generada a la luz de las necesidades físicas, biológicas y psicológicas del bebé y en la propia construcción de la emotividad del niño.

II. CADENAS DE INTERACCIÓN ENTRE MADRE E HIJO Y SU RELACIÓN CON LA RESPONSABILIDAD DE LA MADRE

En el contexto formal e informal de la educación no podemos soslayar la relevancia y trascendencia del vínculo entre la madre y el hijo ni tampoco la manera en que ella responde para atenderlo; ya que ambos aspectos de la primera relación e interacción social humana sientan las bases para promover el desarrollo armónico y sano del infante.

¿Qué elementos caracterizan la relación entre la madre y su bebé que condicionan la respuesta que ella da a partir de las señales que él le emite?

Las conductas de respuesta útiles, aptas, convenientes y/o asertivas con que reacciona la madre a las demandas de su hijo le permiten ser responsiva con él, ésta responsividad se presenta con diferentes matices.

(Ainsworth, Blehar, Waters, & Walls, 1978) reconocen que en la relación de interacción social madre e hijo, las respuestas que la madre emite se caracterizan por lo siguiente: la madre identifica las señales que su hijo produce, lee e interpreta adecuadamente captando o comprendiendo su pensar, le responde con conductas apropiadas y de manera oportuna.

Con dichos elementos como soporte, el actuar de la madre respecto a su hijo depende de lo que ella cree y piensa que puede satisfacer las demandas del bebé.

Aunque la manera en que la madre brinda respuesta a las demandas de necesidad de su bebé se vea libre de preocupaciones sin estar propensa a las críticas sociales, esto no es así; ya que ella actúa conforme al cúmulo de experiencias generadas en sus propios procesos de desarrollo. Su comportamiento

tiene referentes que la han modelado en su misma construcción del rol de madre, así como en las demandas que al bebé le aquejan.

Esto quiere decir que la madre al brindar respuestas de satisfacción a su hijo hace uso de su equipo cultural para interactuar con él. Consecuentemente, lo que la sociedad le detalle como madre, es lo que este sujeto haya introyectado, de tal modo que sus significados se producen y se clasifican en la misma práctica familiar cotidiana.

La responsividad que la madre desarrolla a través de la interacción con su hijo constituye un factor determinante de sus conductas.

Es importante resaltar, que la mujer convertida en madre experimenta una resignificación como persona, ahora no solamente tiene que atenderse ella, sino que tiene que atender a otro, quien además por su lenguaje preverbal recurre al llanto y al movimiento, que son las señales de las que se vale el niño para expresar sus estados fisiológicos y anímicos; las señales tienen una función biológica de sobrevivencia al llamar la atención de su cuidador para acercarlo y averiguar lo que necesita.

La madre, entonces, recurre a su intuición y empatía para comprender la comunicación y las señales de su hijo. Ella averigua qué es lo que le sucede al infante identifica primero ¿qué necesita? Y responde proporcionando aquello que cree que necesita o que lo calme para que cese su llanto.

En esta cadena de acciones se identifica que la lectura de la madre hecha a las señales pueda ser adecuada, inadecuada o negligente; que la interpretación que hace de las señales sea pertinente o impertinente; que la emisión de la respuesta

sea adecuada o inadecuada y que el tiempo entre la emisión de la señal del bebé y la respuesta de la madre sea corto o prolongado.

Por tanto, una madre responsiva es aquella que responde a las señales de su bebé de manera adecuada, pertinente y pronta. Un ejemplo es:

Emmanuel es un bebé de 3 meses quien está acostado sobre su brazo derecho, al parecer está incomodo por que lloriquea. Guadalupe su mamá lo escucha y deja la actividad que realiza para acercarse y cargarlo. En cuanto ella lo carga, el bebé inmediatamente se calma. Al levantarlo Guadalupe, anticipa que Emmanuel protesta porque tiene hipo, diciéndole *“¡hay ya te vas a enojar porque te dio hipo! ¡hay que renegado eres!*. Guadalupe parece no mortificarse, al contrario, se alegra de que su hijo le exprese lo que siente. Así, es como ella se entera sobre lo que a él le pasa y entonces ella puede ayudar a aliviar más rápidamente su malestar’.

El hecho de que la madre perciba a su hijo como un ser independiente con necesidades propias, la prepara para reconocer, leer, interpretar y atender lo que intuye que le pasa y lo que necesita con el deseo de atenderlo y proporcionarle bienestar y confort.

Ella apoya su actuar en el proceso de conocimiento mutuo que se genera desde el inicio de su interacción cotidiana a partir del nacimiento.

Las preguntas guías del presente estudio son:

¿ Qué respuestas específicas se originan en la madre a partir de las señales de necesidad del bebé ?

¿ Cómo se generan las diferentes respuestas de la madre hacia el hijo dentro de la interacción al ser satisfechas las necesidades del bebé ?

¿Cuál es la conexión entre la responsividad de la madre y las demandas del bebé en el contexto familiar ?

De estas interrogantes se desprenden otras de carácter más específico que corresponden al seguimiento de la interacción a partir de la responsividad materna a las demandas que le plantea el bebé; como son las costumbres y las rutinas en las interacciones siguientes:

Contacto físico de la diada durante el acercamiento. ¿ A partir de que conductas del bebé la madre lo carga o se aproxima a él ? ¿ Qué respuestas produce la madre cuando carga a su bebé sosteniéndolo frente a frente, o en su regazo ? ¿Cuál es la acción de la madre al desprenderse del bebé y bajarlo ? ¿Cuáles son las razones por las que se separan ? ¿ Qué hace la madre cuando está en contacto físico o a distancia con su bebé ?

Contacto físico en el amamantamiento. ¿ Qué conducta muestra la madre cuando amamanta ? ¿ Qué expresiones corporales muestra la madre en el amamantamiento? ¿Cuál es la conducta de la madre ante los movimientos del bebé durante el amamantamiento ?

Características de la interacción durante el aseo: ¿ Cómo se comporta la madre cuando baña al bebé, desde el momento de desvestirlo hasta vestirlo nuevamente? ¿Cómo responde la madre a los desplazamientos del bebé durante el baño ? ¿ Qué tiempo considera la madre conveniente para el baño por parte del bebé y ella misma ? ¿Qué expresiones corporales muestra la madre durante el baño del bebé ?

Reacciones de la madre al llanto del bebé. ¿ Cómo reacciona la madre cuando el bebé llora ? ¿Qué hace la madre para consolar al bebé cuando llora ? ¿ Cómo interpreta la madre el llanto del bebé suponiendo que pueda ser por hambre, sueño, frío, miedo, dolor o molestia y cómo responde a ello ?

Acercamiento y alejamiento. ¿Cómo responde la madre al llamado de su bebé cuando él está lejos de ella? ¿Qué respuestas se generan en la madre con las sonrisas y movimientos del bebé cuando él la ve llegar? ¿La madre y el infante se siguen con la mirada cuando se van acercando?

Percepción y conocimiento de la madre sobre el desarrollo del bebé. ¿La madre es capaz de percibir cuando el bebé ha satisfecho algunas de sus necesidades físicas y emocionales? A partir de los movimientos del bebé ¿La madre es capaz de identificar el momento en que puede estimular la actividad física, motriz y de acción de su bebé? ¿Qué conducta materna permite favorecer y facilitar la asimilación de varios tipos de alimentación por parte del bebé?

Importancia del conocimiento de la relación de interacción y de reciprocidad de la madre y el hijo en el ámbito educativo

Resulta atractivo para padres de familia, educadores y demás interesados en el proceso educativo, poder detectar cómo sucede y se presenta un proceso complejo de entendimiento, entre las necesidades biológicas, psicológicas y sociales del bebé por parte de la madre; puesto que el crecimiento y desarrollo psicológico y social, surge a partir de la relación que se establece entre la diada madre e hijo.

En dicha relación cobra sentido la reciprocidad de la madre y el hijo, ya que no es otra cosa que un ciclo de una secuencia acción – reacción – acción, esto

se entiende como la actividad que realiza el niño a la cual la madre responde y genera una nueva actividad por parte del infante y así sucesivamente (Spitz, 1965).

Se han realizado en otros países investigaciones sobre el vínculo madre - hijo desde el nacimiento, pero no en el contexto de la sociedad mexicana. Este estudio es pionero en siete estados de la república: Campeche, Chiapas, Chihuahua, Distrito Federal, Guanajuato, Hidalgo y Quintana Roo. Sin embargo sólo en Chihuahua se ha abordado el estudio específico de la responsividad materna.

Aunque el fenómeno del apego considerado como un fenómeno biológico y psicológico universal dentro de la especie humana, se considera que estará determinado por las diferencias transculturales. Y este es un aspecto que se quiere probar a través de la investigación.

En el ámbito educativo es difícil comprender las características de la forma de la relación de interacción social que los niños establecen con los maestros en la escuela si no se comprende la naturaleza y función de las primeras relaciones que los niños establecen con sus padres en el seno familiar.

Asimismo, es difícil que la tarea educativa del maestro cumpla con el favorecimiento del desarrollo integral armónico del niño si sólo actúa intuitivamente por desconocimiento de la importancia de la relación de interacción afectuosa y de su capacidad responsiva para con sus alumnos, como resultado de un desconocimiento o falta de comprensión de la naturaleza de la responsividad de la madre en la primera relación de interacción que establece con el niño desde los primeros días de nacido.

Dicha comprensión teórica y metodológica, posibilita a investigadores, maestros, cuidadores de niños y a los mismos padres a comprender las pautas de

conducta utilizadas por los niños como mensajes, con la intención de que las respuestas a ellas sean lo más accesibles.

Este análisis posee trascendencia social para la educación pues aporta bases de la comunicación y la socialización entre dos personas: un adulto y un infante. Es por demás sobresaliente reconocer las señales en la etapa preverbal con las que es capaz de llamar la atención de su madre para satisfacer sus necesidades y poder especificar cómo es que el adulto (la madre) es capaz de interpretar y atender a esas necesidades a partir de un lenguaje distinto al que ella está acostumbrada a desarrollar dentro de sus interacciones con otros sujetos diferentes al bebé.

La relevancia e importancia de este trabajo estriba en su aportación al conocimiento generado a partir de investigar cómo es y en qué consiste la responsividad de la madre en su interacción con su hijo. Conocimiento necesario para padres y maestros responsables de la educación de los infantes y los niños.

En este proceso de investigación se retoma una interrogante de carácter teórico y metodológico ¿Por qué desarrollarlo con una línea de investigación cualitativa e interpretativa? El trabajo consiste en describir e interpretar cómo los seres humanos en el proceso de socialización establecen formas de comunicación e interacción a partir de las necesidades biológicas, fisiológicas y emocionales del bebé.

Con base en lo anterior, es necesario conocer, reflexionar y valorar sobre el proceso social desarrollado al interior de la interacción en la relación madre – hijo porque de ella se produce el nivel de aceptación y respuesta positiva, rechazo o

negligencia, sumisión e imposición o bien evasión y desinterés del niño hacia lo que le rodea.

Karen (1990) reconoce que 'La premisa central de Ainsworth, es que la madre responsiva proporciona una base segura. El infante necesita saber que su cuidador principal está disponible y accesible para él' (p.7). Con dicha proposición, Ainsworth nos hace ver que el infante puede explorar el mundo con la convicción de que su madre estará allí para cuando él la necesite. Con esa base, el niño puede estar seguro que la educadora o la maestra en determinado momento puede responder a sus necesidades pues posee la confianza de no ser ignorado y/o que será atendido en su debido momento.

Las conductas y reacciones que la madre produce al interactuar con su bebé presentan grandes diferencias, mismas que troquelan el desarrollo emotivo y social del niño.

El modo de solventar una inquietud del infante recae en la posibilidad de que la madre pueda observar y recrear las necesidades demandadas por su hijo; esto es, que conozca y comprenda al infante como otro ser diferente a ella, que también siente y desea cosas.

Además de conocer y comprender al otro, es necesario que en la madre prevalezca el respeto por la individualidad de su bebé, lo que se refleja en el cuidado materno realizado.

A todo lo anterior, no puede soslayarse el permitir y favorecer por parte de la madre de los elementos requeridos para que su hijo crezca y se desarrolle sanamente.

Karen (1990) asimismo, reporta que: 'Ainsworth insiste en que un cuidado cariñoso y sensible no crea dependencia; él libera y posibilita la autonomía. Dice es bueno dar contacto físico a un bebé y a un pequeño' (p. 8).

La propuesta de Ainsworth parece un modelo ideal de desarrollo. Sin embargo, en esta investigación tuvimos la oportunidad de contrastarlo empíricamente con un pequeño grupo de diadas mexicanas del estado de Chihuahua y en el que identificamos diferencias individuales importantes, de las cuales se hablará más adelante.

Es a partir del primer vínculo entre madre e hijo que Bowlby (1988) expresa: "La mayor parte de los seres humanos desea tener hijos, como también desea que sus hijos crezcan sanos, felices y seguros de sí mismos" (p. 13), con un potencial de capacidades, habilidades y destrezas para ponerlas en práctica en sus siguientes relaciones de interacción.

La tarea de crianza de los hijos resulta bastante cara y fatigosa en la actualidad para los padres que por la industrialización de la sociedad y las condiciones socioeconómicas de pobreza carecen de tiempo para dedicárselo a sus hijos, y así satisfacer las necesidades propias de comunicación e interacción entre los miembros de la familia.

Para que los niños, adolescentes y los jóvenes puedan crecer sanos y con seguridad en sí mismos es necesario que la atención brindada por sus padres con respecto al tiempo y los cuidados facilitados se suscite con la mezcla del amor y la empatía hacia ellos.

Las experiencias de cuidado consistente y afectuoso en los momentos de angustia y peligro son la base que crea la confianza y la capacidad de los hijos

para recurrir a sus padres cuando tienen dificultades o experimentan angustia y dolor.

Bowlby (1979) argumenta que la base segura es el requisito indispensable para que: "Los seres humanos de todas las edades son más felices y pueden desarrollar mejor sus capacidades cuando piensan que tras ellos, hay una o más personas dignas de confianza que acudirán en su ayuda si surgen dificultades. La persona en la que se confía se designa como: figura a la que se le tiene apego" (p. 128).

La confianza se funda con la responsividad consistente, confiable, afectuosa que proporciona la madre a través de su interacción con su bebé.

Bowlby y Ainsworth reconocen que en la formación del primer vínculo afectivo del niño, hay una serie de variantes: desde una confianza en la madre y en sí mismo; una aceptación de la madre o simultáneamente de un rechazo y ansiedad ante su presencia; hasta la evasión evidente de contacto físico con ella y preferencia por una interacción a distancia (Ainsworth et al, 1978).

Dichas variantes están íntimamente relacionadas con la responsividad de la madre a través de la calidad de la interacción cotidiana con su bebé. Es decir, la confianza y la seguridad del infante y el niño se fundan en un cuidado responsivo, sensible, consistente y afectuoso; mientras que la ansiedad y la ambivalencia (búsqueda y rechazo simultáneos) en relación al contacto físico están asociados con un cuidado inconsistente y negligente; y la ansiedad y la evasión del contacto con la madre se derivan de un rechazo sistemático y permanente de las madres a las manifestaciones de afecto, acercamiento, y demanda de atención por parte del niño.

Al cobijo de estas relaciones de interacción es probable que los seres humanos se constituyan en hombres amables, tiernos, sociables, condescendientes, fraternos, sanos, o bien agresivos, celosos, envidiosos.

Cabe reflexionar sobre la paradoja que nos plantea el mundo civilizado de la industrialización y la tecnología en la que cada vez por las prácticas de trabajo nos alejamos más y más de las necesidades humanas.

Hoy las madres y los hijos, los adultos y los pequeños en lugar de platicar e interactuar libremente se encuentran enajenados con programas televisivos, se concentran en ellos y relegan a los demás, pierde pues su valor e importancia aquello que los puede mantener juntos y felices. Buscan siempre algo más en que entretenerse y se alejan.

Todo esto coadyuva y enriquece a la crisis estructural en la que vivimos; aunado a lo anterior, en nuestro presente, la mayoría de las madres tienen que llevar a su hijo a una guardería o centro de desarrollo infantil por la necesidad económica de trabajar, y se desprenden de ellos con una rapidez vertiginosa; dejando la primera relación, su esencia y resultado en manos de otros. Es pues prioritario que los trabajadores del campo de la educación, responsables de la crianza y desarrollo de los niños nos actualicemos y profesionalicemos con respecto al proceso evolutivo del desarrollo del infante. Esto, a partir de sus necesidades emocionales, para tratar en lo mediato de minimizar los efectos negativos de los factores inherentes a esta problemática económica y sociocultural para tratar de socializarnos con los niños y favorecer su sano desarrollo infantil.

Es urgente crear conciencia a través de la divulgación del conocimiento obtenido mediante la investigación para que sea conocido y comprendido en los

diversos niveles educativos: inicial, preescolar y básico, con la finalidad de dilucidar sobre la responsividad de la madre al interactuar con su bebé y su influencia en procesos de aprendizajes posteriores.

El propósito central de la educación inicial se ubica en la formación armónica y el desarrollo equilibrado de los niños desde su nacimiento hasta la edad de ingreso a la educación preescolar.

En su programa de desarrollo integral de educación formal y educación informal, le compete a padres de familia y trabajadores que se relacionan y tienen influencia en la formación de los niños, ponerlo en práctica y asegurar ese entendimiento surgido de las primeras interacciones entre madre e hijo. Aquí la interacción constituye un verdadero diálogo; los niños interactúan con el mundo pues buscan su ingreso y permanencia al núcleo social.

Los involucrados en el proceso educativo deben conocer y comprender la observación, comparación y reflexión de las conductas de la madre como son su capacidad para responder a los mensajes del bebé, el permitir la proximidad física así como el inicio de señales interactivas que le permiten el acto de transmitir, recibir y preservar la expresión entre ella y su hijo.

Tiene sentido el hecho de estudiar sobre la responsividad que la madre realiza con su hijo a partir de las necesidades biológicas, psicológicas y afectivas que él demanda para su desarrollo emocional.

Es pues conveniente indagar si la madre está accesible a los requerimientos de su hijo en el momento que él la llame hasta el punto de analizar la empatía que ella brinda para la construcción de la base segura por el infante ya referida.

Objetivos

Por lo anterior, esta investigación se propone realizar lo siguiente:

1. Identificar el tipo de señales que emite el niño
2. Caracterizar la responsividad de un pequeño grupo de madres mexicanas que están al cuidado de la crianza de su primogénito a partir de las señales de necesidad que él efectúa.
3. Describir la relación de interacción de la madre con su hijo dentro del contexto familiar.

III. TEORÍA DEL APEGO

En la década de los 30s, surge en el campo del estudio de la personalidad la Teoría del Apego.

Bowlby (1969) planteó los principios en la crianza del infante, incorporando conceptos de distintas teorías: de la teoría Psicoanalítica reconoce que no son las pulsiones las que motivan el comportamiento del niño, sino una necesidad de sobrevivencia.

De la Teoría del Procesamiento de información admite que el funcionamiento cognoscitivo humano es equiparable a una máquina cibernética, y que en el caso de la relación de interacción niño – adulto, el infante llega a interiorizar la representación de esa relación a la que denomina “los modelos de trabajo internos”.

De la etología acepta que el hambre es una necesidad fisiológica, pero que no determina el apego sino la proximidad y cercanía física de un adulto que ofrece un vínculo de apego en una relación emocional.

Ainsworth (1963, 1967) realizó trabajos empíricos, a partir de los cuales planteó la necesidad del niño de contar con una base segura que le proporciona su cuidador principal, que suele ser la figura materna. Ella construyó una escala para la valoración de la sensibilidad e insensibilidad maternal, (mecanograma no publicado) y una situación experimental que lleva a cabo en un laboratorio para evaluar y clasificar el patrón de apego a los 12 ó 18 meses de edad Ainsworth, et al (1978).

Ambos autores plantean la liga afectiva entre la madre y el hijo como la primera relación de interacción del bebé con su progenitora.

Naturaleza del apego

Bowlby (1989) expresa que: La pretensión de la teoría del apego es aportar una explicación de cómo la conducta del apego y los apegos duraderos que los niños y otros individuos tienen con otras personas, son el concepto clave del sistema conductual.

“Al proponer el concepto de un sistema conductual para explicar el modo en que un niño o una persona mayor mantiene su relación con su figura de apego entre ciertos límites de distancia o accesibilidad, no hacemos nada más que utilizar estos principios bien entendidos para explicar una forma diferente de homeostasis, o sea una en la que los límites fijados se refieren al entorno, y en el cual los límites se mantienen por medios conductuales en lugar de fisiológicos” (pp. 42-43).

El infante en sus primeros doce meses de vida desarrolla un vínculo de afecto con su cuidador principal. Para Bowlby (1969) esto significa interpretar su desarrollo mediante la acción de satisfacer las necesidades fisiológicas del infante, con el acto de succionar el pecho de la madre que lo alimenta, denominado succión del objeto primario, y, a partir de la propensión innata del infante para establecer contacto con otros seres humanos, independientemente de la actividad de alimentarse.

De esta explicación del fenómeno del vínculo afectivo, identificamos el sentido de la reciprocidad entre la conducta de apego del hijo y la conducta de atención por parte de la madre.

En el desarrollo del vínculo afectivo entre la madre y el hijo debe reconocerse por un lado, un elemento biológico relacionado con la función de supervivencia del comportamiento humano al momento de nacer y que se denomina como “conductas innatas o reflejas” y por otro lado, el ambiente.

Ambos elementos son determinantes en el proceso de adaptación del nuevo ser que llega a este mundo a expensas del cuidado de un adulto.

Bowlby (1969) explica que en el estado de adaptación existen tres elementos; una estructura organizada, un resultado específico para alcanzar, y un ambiente necesario para lograr el resultado de la adaptación.

El desarrollo y evolución de las conductas innatas o reflejas asegura un equilibrio en el individuo dentro de su ciclo vital, que le permite realizar acciones progresivamente intencionadas en la búsqueda y logro de metas específicas.

El ejercicio de acciones intencionadas se va perfeccionando, permitiéndole al infante discriminar entre los estímulos y transformar la interacción con su progenitora.

Los estudios etológicos orientados a explicar el comportamiento animal y específicamente los trabajos de Lorenz (Bowlby, 1969) sobre los de gansos, hablan de la “impronta” que se refiere a la tendencia de los gansos a seguir inmediatamente después de su nacimiento, a cualesquier objeto en movimiento que ellos vean independientemente del objeto, la tendencia afectiva desencadenada en los gansos no tiene relación alguna con el objeto al que se dirige su acercamiento. Estos animales manifiestan su apego hacia el objeto en movimiento por su afán de seguirlo.

A partir de las investigaciones realizadas por Harlow en 1958 (Cofer, 1975) con monos rhesus donde él separó a los monos crías de sus madres y los acomodó desde recién nacidos con dos madres adoptivas, una era de tela y la otra de alambre. La de alambre era la que exclusivamente podía alimentar; ambas tenían chupón que ofrecer al mono, ellos prefirieron a la mona de tela por ser la que les proporcionaba posibilidad de acurrucarse y buscarla como protección en los momentos de miedo y de ansiedad, más que a la otra que les podía dar alimentación (Karen, 1990).

Así, estas dos investigaciones muestran que en la crianza de los animales lo que más importa es el acercamiento y contacto físico en la vinculación de la cría con sus cuidadores.

Al considerar lo anterior, Bowlby, revolucionó las ideas conservadoras del psicoanálisis y sobre la teoría del impulso secundario recayendo su argumentación a otro plano, ya que la experiencia de las investigaciones de la conducta en los animales, permite inferir que la conducta de la cría con algo suave y agradable, constituye una variable de importancia fundamental en el desarrollo de respuestas afectivas ante la madre y que la alimentación desempeña un papel absolutamente de segundo término.

En relación a las conductas de inclinación que se activan para dirigir y encauzar el comportamiento filial estable hacia la figura preferida y discriminada, Bowlby (1969) considera que el término impronta está relacionado con el apego en el infante.

El observó que la conducta del niño en un inicio se ve afectada por los diferentes estímulos tanto internos como externos sin poder presentar alguna

diferenciación entre ellos. Mediante el proceso del desarrollo de la relación de interacción sostenida con su principal cuidadora es que comienza a inclinarse hacia ella preferentemente.

Bowlby (1989) describe el vínculo del niño con su madre, como el apego: casi todos los niños, de manera espontánea y cotidiana prefieren a una persona, por lo general su figura materna, a quien se acercan cuando están afligidos, pero cuando ella no se encuentra presente, se las pueden arreglar con alguna otra persona a la que conocen y destacan de las demás.

La teoría del apego, centra su análisis y fundamento en los elementos etológicos y en el sistema de conductas innatas reflejas que se estructuran a partir del desarrollo del infante. Empero a esto, tiene gran influencia en ellas el cuidado materno ofrecido durante el primer año de vida, es por ello importante la responsividad que poseen las figuras cuidadoras o en su caso la principal figura responsable del cuidado del infante.

Realizar un análisis en cuanto a las relaciones e interacciones que se efectúan en los primeros meses de vida del infante con referencia a su madre o principal cuidadora, requiere de detallar la conceptualización de la responsividad materna.

La responsividad de la madre tiene que ver con la forma de percibir, leer, interpretar y responder a las señales que emite su hijo indicando sus necesidades; la madre puede o no percibir, leer, interpretar y responder a esas señales, esta acción puede depender de factores internos como la salud física y mental, o externos como las condiciones socioeconómicas y maritales.

Mediante este análisis de la responsividad materna y simultáneamente con el progreso y avance de las conductas del niño, Bowlby instala el término "el modelo

de trabajo interno” describiendo cómo es que el infante desarrolla su yo mismo a partir de las interacciones con la figura principal que lo cuida. (Bretherthon, 1992) expresa: “mientras más adecuado es un modelo de trabajo interno de un organismo, con más precisión el organismo puede predecir el futuro” (p. 29).

A partir de la relación de interacción entre la madre y el hijo en la que se ha reconocido las necesidades del infante en cuanto a comodidad y protección, además de que se ha respetado su demanda de exploración de lo que le rodea puede hablarse de que el niño desarrolla un modelo de trabajo interno de sí mismo aceptable, confiable y valioso.

Es así que con la ayuda de su propio modelo de trabajo interno, el infante puede predecir la conducta de su cuidadora y en consecuencia él estructura su respuesta hacia ella.

Bowlby (1989) expresa que en la trayectoria de la vida, siempre es necesaria la disponibilidad de una figura de apego como portador de seguridad en el individuo.

Hipotetizamos que el vínculo afectivo organizado en el infante se debe al desarrollo de los sistemas de conducta generados en la relación de interacción madre e hijo, pues, a lo largo de la vida, todos desde que nacemos hasta que morimos, podemos sentirnos confiados si en nuestra vida organizamos desplazamientos desde la base que nos proporciona la figura a la que nos apegamos.

Bowlby (1989) en su propuesta de la teoría del apego explica: que en el modelo teórico propuesto, los cambios en la organización de la conducta de apego se ligan al desarrollo del individuo debido a que los sistemas de control se

estructuran además de que él incorpora modelos representativos de las personas importantes, para sí mismo.

Conductas de apego

El vínculo afectivo entre la madre y el hijo, a la luz de la teoría del apego, es una relación que se infiere a través de la manifestación de conductas denominadas de apego. Descritas por Bowlby (1969) “ en la mayoría de las especies los hijos ponen de manifiesto más de un tipo de conducta que tiende a asegurar la proximidad de la madre; es una ansiada proximidad la que motiva al infante a establecer el contacto con su figura de apego; esta enunciación se deriva del sustento etológico” (p. 207).

La función de las conductas de apego es de buscar la disminución de todo riesgo o daño por parte del hijo.

El bebé se orienta y busca a la madre, manifiesta así su necesidad básica de permanecer en cercanía de ella y si no se está así, le es necesario el buscar que se encuentre próxima, por otro lado puede expresar el deseo de permanecer a distancia o lejos, hasta el máximo grado de rechazar su cercanía y porque no hasta de evitarla (Ainsworth, et al, 1978).

El bebé se encuentra apegado a su figura principal independientemente de la manera en que se conecta con ella. La liga denominada apego producida gracias a la relación de interacción entre madre e hijo, no desaparece ni se desintegra por la sencilla razón de no saltar a la vista en el niño algunas de las conductas de apego.

Ainsworth, et al (1978) reconocen que las conductas de apego se activan en una situación de separación o de peligro, para que estas conductas se activen es necesaria la conducta de orientación por parte del bebé.

Las conductas de apego a las que ella hace referencia (Breterthon, 1992) son: la conducta de búsqueda de la proximidad y de contacto, que se refiere a la iniciativa activa que el bebé muestra en la búsqueda del contacto físico o de la proximidad con otra persona. Tanto el hijo como la madre aumentan la capacidad de mantener la proximidad pero la madre tiende a dejar dicha responsabilidad en las manos de su hijo conforme él crece.

La conducta de mantenimiento del contacto que se refiere a la iniciativa activa que el bebé ejerce para mantener el contacto físico con una persona, después de que ha logrado alcanzar el contacto con ella, el bebé se resiste a la intención de la persona por dejarlo, esto implica que el bebé intensifica su acción de cogarse de ella y en consecuencia, de no separarse.

La conducta de resistencia se muestra en el bebé al empujar, pegar, retorcerse, aventar o rechazar a la persona para que lo baje, en él se manifiesta una compatibilidad tanto en la búsqueda como en el mantenimiento del contacto aunque se genera la ambivalencia cuando ha logrado ambos. Es decir, busca el contacto y lo logra y hasta lo puede mantener, pero este no es suficiente para contenerlo ni confortarlo emocionalmente.

La conducta de evitación se manifiesta cuando el bebé evade activamente la proximidad y la interacción con su madre. Esta conducta persiste cuando el bebé ignora completamente a su madre.

Bowlby (1989) reconoció que la privación y la separación de la madre afectan emocionalmente al infante, en la crianza del mismo, así como en el desarrollo de la personalidad del niño. Él argumenta que: el desarrollo de cada personalidad individual es, el camino a lo largo del cual la conducta de apego llega a organizarse y además, es determinada por la manera en que las figuras parentales tratan al niño, no sólo durante la primera infancia sino también a lo largo de la niñez y la adolescencia.

Bowlby afirma que las relaciones de apego, se transmiten de manera intergeneracional (Breterthon, 1992). Los “individuos que crecieron y llegaron a estar relativamente estables y confiados en sí mismos, él postula, ellos normalmente tienen padres que los apoyan cuando se lo solicitan, pero que permiten a alientan también la autonomía” (p. 36). Bowlby enfatiza que la herencia de la salud mental mediante su reflejo en la estructura familiar es muy importante, tal vez más que la misma herencia genética.

Ainsworth, et al (1978) insisten en que cuando se expresa un cuidado cariñoso y responsivo no se está creando una dependencia, sino por el contrario. se está facilitando la posibilidad de la libertad de actuar, de gestar una autonomía pero todo esto mediante el contacto físico con el infante; es bien cierto que de la comunicación táctil y oral, se expresa más en cinco segundos de caricias que en cinco minutos de palabras.

Bowlby (1969) reconoce también a otra serie de conductas del infante que favorecen para llamar la atención y cercanía del adulto cuando siente miedo y angustia: sonreír, balbucear, observar y escuchar.

Proceso y manifestación del apego

Es importante aclarar que el vínculo afectivo que se gesta en la interacción madre e hijo es incipiente al nacimiento del bebé y sólo con el transcurrir del tiempo y de las interacciones, así como con el avance de la actividad misma del infante para proveerse de la cercanía de su principal cuidadora, éste se equilibra dentro de los tres primeros años de vida del ser humano.

Para Ainsworth, et al (1978) el significado del apego radica en poseer el conocimiento de que la figura a la que se está vinculado afectivamente existe aún cuando no se encuentre presente, además continúa esta presencia independientemente del alejamiento o separación en el tiempo y en el espacio. El apego bajo estas precisiones se percibe como la estructuración interna de las figuras de apego a su vez de la relación que se establece con ellas.

En el desarrollo del bebé, durante los primeros meses de vida, su conducta es exclusivamente de orientación y de señales pues todavía no ha podido discriminar figuras, esta conducta permanece desde el nacimiento hasta unas tres semanas después y se orienta más que nada a las personas, aún así, el infante no ha discriminado a su madre. Ainsworth, et al (1978) le denominan "preapego" y Bowlby (1969) "orientación de señales sin discriminación".

Las conductas que el bebé presenta son de señalización, por ejemplo el llanto, la sonrisa y las vocalizaciones que logran su objetivo de atraer a la cuidadora para que lo cargue. Con dichas conductas, se inicia la construcción del apego, así también el bebé puede voltearse para succionar del pecho de su madre

igualmente que agarrarse de sus ropas o cuerpo acomodándose en brazos de ella para así conservar por más tiempo su cercanía.

La discriminación perceptual que puede elaborar el niño con respecto a su madre es un indicador de que ya existe una conducta de apego. Con una sonrisa el bebé logra la proximidad de su madre y puede conservarla, esto sucede aproximadamente entre los 2 ó 3 meses de edad del infante. A la que Bowlby (1969) describe como: "orientación y señales discriminadas hacia una o más figuras", y se refiere a que el 'apego está en proceso'.

Debido a esta discriminación de la figura predilecta entre las figuras de su preferencia, el bebé orienta sus señales hacia ella, sin embargo no deja de hacerlo con las restantes, sin menospreciar la orientación por parte del bebé, se observa (Ainsworth, et al 1978) aproximadamente entre los 7 u 8 meses de edad del infante una locomoción dirigida con tal de poseer la proximidad de su madre, las acciones que él realiza muestran una actividad y una búsqueda más que el mismo acto de estar esperando pasivamente; intensifica el llanto, se mueve o sonríe hacia su figura predilecta para mantener una proximidad con ella. Por lo tanto, es una pauta más que actúa a favor del apego del niño, las conductas que más se detectan son: el desplazamiento a rastras, el colgarse de la madre, el acercarse cara a cara con su figura de predilección así como mantener su cuerpo pegado al de ella. Bowlby (1969) lo expresa como el "apego definido" y mantenimiento de la proximidad a una figura discriminada.

Puede decirse que el vínculo afectivo se encuentra completamente definido cuando el niño es capaz de reconocer y ver las cosas desde el punto de vista de la madre, dejando él de ser el centro de toda actividad para destacar los sentimientos,

pensamientos y deseos de su madre reconociendo que son dos y se encuentran ambos en una interacción recíproca, esto Bowlby (1969) lo denomina como la “formación de una pareja por corrección de objetivos, mientras que Ainsworth, et al (1978) la llaman “meta corregida de compañero”.

En el curso de las mismas conductas de apego, desembocan acciones como la exploración del medio y la propia actividad lúdica infantil, ambas están diferenciadas ya que tienen una intencionalidad de promover la presencia y el acercamiento materno, a la vez que impulsan la distancia pueden disminuirla lo que se considera una recuperación del objeto de amor. El desglose de la conducta que motiva a la madre a mantener próximo a su hijo se asocia con la recuperación del bebé por parte de la madre.

Con el desarrollo y crecimiento del niño, su conducta afectiva es cada vez más clara y efectiva, por lo que se da cuenta en determinados momentos y situaciones cuando es apremiante buscar y mantener la proximidad con su madre.

La teoría del apego afirma y manifiesta dos acciones en la convivencia diádica, por un lado el repertorio de las conductas demandantes del bebé: el llorar para ser cargado, por la necesidad de alimento así como el requerimiento en el cambio de pañal, la sensación de frío o de sueño y el mismo hecho de sentirse protegido, también la sonrisa y el balbuceo para atraer la interacción de la madre que son las señales a las que la cuidadora principal responde; por otra parte se ubica la reacción materna que emprende la madre para desarrollar y articular la interacción, lo que es su actividad responsiva.

Bowlby (1969) expresa que una madre muestra su deseo de mantener la proximidad con su hijo, él, no necesariamente hace el esfuerzo por conseguirla, aunque no

sucede de esta manera en todas las madres, las que se abstienen en mantener la proximidad con su bebé, él siempre se cerciora de conseguir el mantenimiento del contacto con su progenitora.

La teoría del apego aporta elementos para una teoría del desarrollo de la personalidad que explique cómo expresa el ser humano sus sentimientos y pensamientos a través de relaciones de interacción por este hecho puede concebirse como una teoría de la esperanza para la evolución de la sociedad.

La madre como una base segura

El hecho que la madre se encuentre físicamente presente y esté emocionalmente accesible para dar respuesta o brindar aliento y ayuda a su hijo en el momento que él lo necesita, es el principio rector de la teoría de la seguridad. La idea fundamental es que la madre esté dispuesta a interactuar en cada urgencia y siempre que su hijo se lo solicite.

Cuando esa disposición se manifiesta consistentemente es probable que el otro se sienta seguro, tranquilo y confiado en sí mismo "sabiendo" que cuenta con alguien que lo cuida y lo protege.

Dado que el niño cuenta con necesidades fisiológicas apremiantes, tiene miedo a los desconocidos, manifiesta ansiedad de separación; puede él también contar con alguien que funcione o no como una fuente de seguridad y confianza dependiendo de su capacidad responsiva en situaciones de necesidad, urgencia y demanda del bebé. Ainsworth le llama base segura (Bretherton, 1992).

Ainsworth explica que los infantes y los niños pequeños necesitan desarrollar una relación segura con sus padres; ésta se entiende como el engranaje en el cual el pequeño posee y siente la seguridad que le demuestra su madre ante cualquier situación de peligro que lo esté inquietando con la intención de que pasado el tiempo el niño pueda desenvolverse en relaciones familiares o extrafamiliares.

En los trabajos realizados por Ainsworth (1953, 1963) sus hallazgos han manifestado la relevancia considerable que posee la crianza implementada durante la infancia en los niños. Además permiten fundamentar explicaciones de cómo nuestro interior se desarrolla o se organiza, el apego, lo que significa en términos de seguridad, personalidad y futuras relaciones.

Los trabajos de investigación de Ainsworth

El presente trabajo considera el estudio de la responsividad de la madre para atender las señales de necesidad de su bebé de un modo fenomenológico, que manifiesta similitud con las investigaciones de Ainsworth (1953, 1963) indicando un interés por comprender e interpretar la forma de responder de las madres dentro del gozo y la experiencia que en ella se expresa.

El vínculo afectivo es una relación que no se observa directamente sino que es a través de sus conductas manifiestas que inferimos el tipo de vínculo que se trata.

Los resultados de los estudios de Ainsworth (Uganda 1963, Baltimore 1969) presentan elementos sobre la disposición de la madre en la aceptación de su propio

rol, a través de la cooperación que le brinda a su hijo con la intención de reportar el tipo o patrón de apego generado en el transcurso del primer año de vida del niño.

Las investigaciones que Ainsworth realizó le permitieron la valoración y la clasificación de los patrones de apego por medio de las calificaciones de las conductas de apego que lo hacen evidente, utilizando métodos de observación directa dentro de un ambiente natural de la casa y en un ambiente de laboratorio.

Ainsworth trabajó en Uganda y Baltimore, estaba interesada en estudiar el desarrollo del apego madre - infante, primero investigó en Uganda a 28 diadas a las que observó por dos horas cada dos semanas, durante nueve meses, dentro de la casa familiar. Observó las conductas que el infante manifiesta para lograr la proximidad física con su madre.

Identificó las conductas que evidencian el intercambio en la satisfacción de las necesidades de la diada, los bebés en su mayoría fueron activos en conseguir lo que querían ya que además de buscar y conseguir la proximidad la mantenían, por ejemplo dejaban de llorar si eran consolados por su madre, las sonrisas eran emitidas preferentemente a sus madres, las vocalizaciones y la búsqueda de la figura predilecta era muy común aún dentro del contexto familiar.

Después de observar y registrar las conductas del cuidado materno en esas 28 madres, Ainsworth (1969) logró analizarlas cualitativamente y sistematizarlas jerárquicamente para desarrollar una escala denominada de "sensibilidad versus insensibilidad a las comunicaciones del bebé" con que la madre cuenta para responder o atender la señales de necesidad de su hijo.

La escala que Ainsworth diseñó se basaba en la habilidad de la madre para percibir e interpretar adecuadamente las señales y las comunicaciones implícitas en la conducta de su hijo y comprenderlas para responder a ellas rápidamente y de manera adecuada. Según ella, la sensibilidad de la madre muestra cuatro componentes esenciales: 1. Conciencia acerca de las señales, 2. Una interpretación adecuada de ellas, 3. Una respuesta apropiada a ellas y 4. Una respuesta rápida a ellas.

La conciencia que posee la madre sobre las señales de necesidad del infante radica en que la principal cuidadora esté razonablemente accesible a las demandas que el bebé manifieste antes de que se le pueda considerar sensible a las necesidades de su hijo. La sensibilidad en la madre es descrita por Ainsworth (1969) como el encontrarse dispuesta y lista ante las mínimas demandas del infante y que se encuentra indiscutiblemente ligado a la interpretación de las señales del bebé.

La interpretación adecuada de esas señales de las que habla Ainsworth tiene que ver con la capacidad de la madre para entender lo que le sucede a su hijo, es decir de su empatía por él y de su percepción que le permite efectuar la lectura de las necesidades se encuentre o no distorsionada. La distorsión puede deberse a los deseos, estados de ánimo, necesidades propias y fantasías de la madre.

Ainsworth afirma que la calidad en la relación de interacción entre la madre y el hijo se expresa como el indicador más preciso de la sensibilidad en la madre. Considera que una respuesta apropiada de la madre hacia las demandas de su bebé sin que por ello se actué incondicionalmente a los reclamos del niño. Ainsworth

alude que la respuesta adecuada proporciona una sensación de satisfacción agradable para madre e hijo dado que sus interacciones están completas y resueltas.

Para Ainsworth, la rapidez de la respuesta es considerada el elemento final y determinante en la sensibilidad de la madre, ya que si la respuesta es apropiada pero se dilata en realizarse el bebé no la percibe como la actividad que transmite fuerza a sus llamados necesarios en la sensación del niño como competente para establecer interacción con su ambiente y en cierto sentido el control del mismo.

La escala de "sensibilidad versus insensibilidad a las comunicaciones del bebé" especifica puntajes para la medición de la sensibilidad en la madre que son: 9 Altamente sensible, 7 Sensible, 5 Sensibilidad inconsistente, 3 Insensible y 1 Altamente insensible, que describen las acciones y características de la madre al responder a las señales de necesidad de su hijo; con las descripciones se refleja la capacidad y tendencia de las respuestas de ella que posibilitan ilustrar su responsividad.

En un intento de profundizar en su estudio sobre el apego. En 1963, hace una réplica en Baltimore donde recluta a 26 madres y hace observaciones desde el primer mes, hasta las 54 semanas de edad en los niños. Cada visita duraba cuatro horas y procuraba que la madre se sintiera cómoda en su rutina normal. Los datos se registraron en reportes narrativos que pretendían analizar los patrones de conducta significativa dentro del contexto de la relación de interacción de la diada.

Se observó la interacción madre hijo en los tres primeros meses de vida reflejada en situaciones de: alimentación, interacción cara a cara, llanto, saludo del infante y el seguimiento, conductas de acercamiento y el mismo contacto afectivo.

Los resultados muestran una diferencia en la forma en que las madres interactúan al responder a sus hijos.

Bretherton (1992) expresa: para algunas madres – hijo, las diferencias individuales e impresionantes son: la alimentación, ocasión de cooperación mutua. Otras con dificultades para sincronizar su tiempo y conducta con el bebé, así él luchaba, chocaba y/o vomitaba. Algunas mamás jugaban con sus bebés, ellos respondían con alegría, con sonrisas, y vocalizaciones. Si la madre estaba en silencio las interacciones eran breves y mudas

Dichos resultados de sus observaciones y el análisis sistemático de las conductas tanto de la madre como las del bebé en las situaciones de separación y reunión durante el primer año de vida, le permitieron a Ainsworth idear un instrumento para evaluar el apego infantil en una situación de laboratorio llamada “Situación Extraña”.

La situación extraña es una técnica para valorar el fenómeno de la base segura. Surge como resultado de la curiosidad de saber cómo los bebés utilizan a su madre para explorar su entorno.

En el contexto del laboratorio, la situación extraña, consiste en una serie de 8 episodios controlados experimentalmente: en un primer momento el bebé y la madre permanecen juntos en una habitación desconocida, con juguetes que lo inviten a explorar. Una persona desconocida para el bebé entra a la habitación en presencia de la madre y se observa cuál es la relación del bebé ante la presencia de la desconocida. Entonces la madre sale de la habitación y el bebé se queda solo con la desconocida. De especial interés para Ainsworth, et al (1978), es cómo actúa el bebé a la salida y al regreso de su madre. El procedimiento continua cuando el

bebé queda solo dentro de la habitación, y luego regresa la desconocida y posteriormente la madre.

El propósito del diseño del procedimiento experimentalmente controlado es generar en el niño un grado de ansiedad creciente de manera que se evoquen las respuestas del apego. Así, estar en posibilidad de medir en la primera y segunda reunión con la madre, si el infante de 12 meses manifiesta o no y en que magnitud las conductas de apego: búsqueda del contacto, mantenimiento del contacto, evitación, resistencia al contacto físico y llanto.

Es a partir de la calificación de dichas conductas para las cuales Ainsworth y sus colaboradores (1978) desarrollaron una escala de 7 puntos para cada una de ellas, se identifica un patrón conductual de apego y finalmente se obtiene una clasificación y subclasificaciones del apego inferido a partir de las conductas observadas. Con la idea de realizar investigaciones sobre el cuidado materno y el desarrollo del niño en el contexto mexicano, Juárez (1995) rescató este referente para consolidar el macro proyecto "*Cuidado de crianza materno y el desarrollo del vínculo afectivo durante el primer año de vida*" del cual se generó el presente trabajo.

Las clasificaciones y subclasificaciones que fueron utilizadas en él son:

A. Evitativo. Evitación conspicua de la proximidad o interacción con la madre.

A1. Evitación, ignorando a la madre en la reunión.

A2. Respuesta mixta, ambivalentes: saluda y se acerca, con tendencia a alejarse.

B. Seguro. Búsqueda activa y efectiva de proximidad y contacto físico con la madre en la reunión.

B1. Saluda, sonríe, muestra fuerte iniciativa de interacción.

B2. Saluda, tiende a aproximarse y parece tener contacto.

B3. Búsqueda activa de contacto físico con la madre, se resiste un poco si después de cargarlo lo quieren bajar.

- B4. Quiere contacto, busca aproximándose, colgándose y resistiéndose a ser bajado.
- C. Resistente. Muestra un contacto e interacción conspicuos, muestra conducta de resistencia, a ser cargado o consolado.
- C1. La búsqueda de proximidad y el mantenimiento del contacto es fuerte en la reunión.
- C2. Pasividad conspicua, falta de iniciativa para interactuar (pp.5-6).

La posición teórica abordada por Bowlby y Ainsworth acerca del vínculo afectivo entre el niño y su madre, orienta el proceso investigativo sobre el desarrollo y crecimiento personal del ser humano; aquí, radica lo medular y lo fundamental del conocimiento y reconocimiento sobre la sensibilidad, la emotividad y el afecto en las relaciones interpersonales.

La consideración acerca de este enfoque y visión teórica sobre la interpretación de la personalidad del individuo matiza de provechosos beneficios al ámbito educativo en general, sea éste formal ó informal y nos permite explicar las experiencias de interacciones sociales vividas.

IV. NECESIDADES FÍSICAS EMOCIONALES Y SOCIALES DEL BEBÉ

La vida del recién nacido en el mundo exterior, fuera del cuerpo de su madre, significa para él la supervivencia en un medio que le es extraño al que necesita adaptarse (Enciclopedia, 1987). El cambio brusco de condiciones diferentes a las sentidas en su vida intrauterina manifiestan una adecuación de los órganos y sistemas de su cuerpo a las exigencias que ahora el espacio extrauterino requiere. El bebé exhibe necesidades básicas para que este acomodo se estructure, sus necesidades están definidas en el propio mantenimiento y funcionamiento de su organismo, entre las necesidades fundamentales se reportan:

La respiración del niño es una respuesta automática que inicia en el momento mismo que él llora después de nacido, debido a la expansión de sus pulmones; en el proceso (oxigenación), pasa de la comodidad del torrente sanguíneo a la aspiración del oxígeno – exhalación del bióxido de carbono.

El proceso de satisfacción del hambre y de la sed vivido en el claustro materno obtenido gracias a los nutrientes contenidos en el torrente sanguíneo, se modifica en la necesidad de satisfacción del alimento a partir de la succión al pecho materno o del biberón, además de eliminar lo que ingiere y requiere aprender a adaptarse a sus funciones excretoras.

La manifestación del sueño, con un ambiente y temperatura adecuada a su cuerpo dentro del de la madre, sufre modificaciones en un ambiente rívido, ruidoso,

en la búsqueda de un equilibrio en la temperatura entre el frío y el calor excesivos, generan dolor e incomformidad en él, que concluyen con el descanso.

Cofer (1975) afirma que estas necesidades fundamentales para la supervivencia no dejan de existir porque se gratifiquen pues son procesos corporales normales que se presentan con regularidad.

No obstante, la existencia de determinadas necesidades fisiológicas descritas, que son imperiosas para que el recién nacido se adapte a la realidad de su nueva vida, coexisten con ellas, necesidades afectivas que son igual y esencialmente básicas para el desarrollo y favorecimiento en la nueva vida del niño, además, pueden constituirse en mediaciones entre él y su contacto con el mundo exterior, de las anteriores se consideran: el acercamiento y contacto físico de la madre con su hijo, la comunicación táctil de caricias y la comunicación sonora, además del afecto que le proveen al bebé sus cuidadores. Las necesidades emocionales y sociales que el niño presenta son: de ser aceptado, querido y amado, de ser reconfortado, consolado y protegido durante los momentos de angustia y tensión.

Las primeras son necesidades de supervivencia, en caso de no atenderse por los padres la vida del bebé está en peligro, las otras son indispensables para la salud emocional y social del niño, si no son atendidas por el adulto puede trastocarse la primera relación interpersonal realizada por el infante.

El bebé es capaz de realizar interacciones no a nivel igualitario con los adultos, sino mediante su conducta expresada por señales que manifiestan sus necesidades.

Las señales del infante tienen 2 componentes: uno, la satisfacción del bebé después de realizada la tarea y dos, la atención de el adulto hacia él por la vinculación de su conducta.

Las conductas que el bebé ejecuta como señalamientos de atención para su principal cuidadora llevan un mensaje que para ella puede resultar consciente o inconsciente.

Brazelton, Bergman & Simo (1991) reconocen: “Una vez que se evalúa la conducta del bebé como un lenguaje se puede observar que su lenguaje es mucho más sencillo que el lenguaje del adulto y mucho más directo y menos complejo. La conducta del bebé contiene un mensaje muy claro, poderoso y directo” (p. 36).

Las conductas que el bebé manifiesta son herramientas claras y precisas de sus necesidades y requerimientos, así, con el lenguaje preverbal precisa entre sus reclamos, la necesidad de alimentación y satisfacción de la sed.

Necesidad de alimento

La necesidad de alimento de un bebé recién nacido durante los primeros días de su vida no es una actividad alejada de dificultades para él. No obstante, la acción de mamar es una conducta refleja.

Morris (1967) explica:

“El niño es tan desvalido que la madre tiene que realizar una función mucho más activa en el proceso, sujetando al niño contra el pecho y guiando sus acciones. A muchas madres les cuesta persuadir a su retoño de que chupe eficazmente. La causa más frecuente de esta dificultad es que el pezón no entra lo bastante en la boca del niño” (p. 89).

En concordancia con lo que el autor comenta, la actividad de mamar como una conducta destinada a la supervivencia no es cualquier acción realizada por el bebé. En consecuencia, el niño reclama alimento cada vez que lo necesita y por el periodo de tiempo que lo desea.

El brindar alimento al niño no sólo le provee de los elementos que la nutrición que su cuerpo requiere, aunado a ello, están la cercanía y el cariño materno que la madre posee, ambos, le permiten al bebé irse adaptando al acto de chupar y que éste se lleve a cabo de la manera más placentera.

Ofrecer la alimentación al hijo, debe de ser en respuesta a la solicitud que él manifieste y por ningún motivo está basado en el tiempo destinado a succionar por el niño. Para ilustrar lo dicho, se presenta el siguiente caso:

“Era el segundo día después del nacimiento de la bebé Elizabeth, cuando ella lloraba desconsoladamente por no poder prenderse del pezón de su madre, del mismo nombre, en ese momento llegó la abuela de la bebé y le dice a su hija: *“¿Quieres que te ponga una almohada para que te recargues?, su hija le contesta: ¡no mamá, espéreme, la niña va a tomar el pezón y va a mamar hasta que se sacie!”*’.

En el ejemplo se advierte que el amamantamiento no es una actividad exclusiva del bebé, sino por el contrario, es una acción de interrelación entre la madre y el hijo, en la cual ambos están involucrados, toca a la madre tratar de encontrarse lo más tranquila posible para que sea capaz de entender la situación que vive su hijo.

Después de amamantar al niño es necesario para su desarrollo mecer y balancear al lactante al terminar cada mamada ya que esta actividad lo relaja y le posibilita conciliar con mayor tranquilidad el sueño, le permite obtener gran placer

durante su alimentación y en brazos de la madre en el transcurso del arrullo y balanceo se halla satisfecho y cómodo. Montagu (1971) considera que: “las estimulaciones cutáneas que el niño recibe a través de las cálidas caricias de su madre y del contacto del cuerpo de ésta, y en particular, las sensaciones que experimenta en la cara, la nariz, los labios y la lengua durante la lactancia, facilitan el desarrollo de la función respiratoria y activan la oxigenación de la sangre” (p.54).

Cabría preguntarse: ¿ Qué placer experimenta un bebé cuando es amamantado con el pecho materno ?, ¿ Qué placer experimenta un bebé en los brazos de su madre cuando es alimentado con biberón ? Con base en el primer cuestionamiento, en la búsqueda de contacto el bebé encuentra otra piel cálida, el sonido del latido del corazón y la percepción de la respiración de la madre, el olor peculiar de la piel, la firmeza de sus brazos, todo lo cual le puede hacer sentir comodidad, bienestar, protección y seguridad. Además de haber satisfecho sus necesidades de hambre y sed si es que tenía hambre y pedía ser alimentado.

Las sensaciones que el lactante recibe a través del contacto cutáneo con su madre constituyen para él la primera experiencia socializadora de su vida; esto es uno de los resultados de los que hablaba Erasmo Darwin abuelo de Carlos Darwin, en la era prefreudiana en donde descubre el origen de la sonrisa en las expresiones vividas por el lactante, él reporta; durante la succión los labios del lactante se cierran en torno al pezón de su madre, su estomago se llena y se consume un placer ocasionado por tan sabroso alimento. A continuación, los músculos de la cara se contraen ligeramente, y se produce la sonrisa del placer, sonrisa que sólo disciernen las personas acostumbradas a tratar con niños.

La necesidad de alimento, el bebé la reclama por medio de la señal del llanto intenso e interminable además de la intermitente búsqueda del objeto al que pueda succionar.

Se observan conductas o acciones distintas del infante cuando se alimenta con pecho materno que pueden ser los movimientos de cabeza, boca, brazos y piernas que están sincronizados; o con biberón cuando tienen que esperar a que les preparen su botella, lo cubran para ofrecérsela lo que ocasiona una excitación mayor y genera una búsqueda de succión más frenética.

Brazelton et al (1991) reportan que:

“cuando un bebé está succionando lleva un ritmo de succión y pausa. También al observar a una madre amamantando al bebé, al empezar la pausa, la madre también hará algún movimiento o se reirá un poco, al mismo tiempo que mira la cara del bebé, como si dijera: ¿ Qué pasa ?, sigue succionando no te detengas” (p. 60).

Es posible que por medio del amamantamiento la madre pueda observar y comprender de mejor manera la conducta de señalamiento que su hijo le demanda, así también ella se considera un agente activo durante la nutrición de su bebé.

No importa la forma de brindar la lactancia al niño, lo que cobra verdadero significado es la disposición que la madre adopte para alimentar a su hijo.

“La leche materna es la mejor para el niño, indiscutiblemente, salvo los casos de contraindicación (prematuros, con peso muy bajo, etc), pero más importante y beneficiosa que ésta es aún la relación que se llega a establecer entre la madre y el lactante. Es mejor para el bebé, recibir un biberón de una madre feliz a que lo amamante una madre insatisfecha. Tampoco dar el biberón a un niño tiene que ser forzosamente un acto mecánico y frío, despegado de todo componente afectivo” (Enciclopedia, 1987. pp. 75-76).

Este vínculo tan estrecho entre madre e hijo en cuanto al contacto de sus cuerpos convierte a los espacios de la alimentación en momentos de diálogos y pausas interactivas benefactoras en el desarrollo de ambos, así como un espacio más destinado en bajar los niveles de inquietud y de energía que permiten a hijo y madre elaborar secuencias de descanso y sueño

Necesidad de descanso

Cofer (1975) caracteriza al sueño como un estado de activación disminuido, los estímulos normalmente capaces de provocar una respuesta ahora no lo hacen.

La mayoría de los bebés, durante los primeros días y semanas de nacido; duermen la mayor parte del tiempo. El recién nacido despierta sólo para comer y vuelve a dormirse, poco a poco estas pautas se modifican.

Morris (1967), en estudios efectuados reporta que: durante los tres primeros días de vida, un promedio del tiempo de sueño es de 16.6 horas diarias. Sin embargo, hay algunos más dormilones que otros y llegan a dormir 23 horas de las 24, y los que duran más despiertos, se pasan hasta 10.5 horas sin conciliar el sueño.

Es comprensible que el sueño es muy importante para el bebé, no sólo para su reposo físico sino también para descansar del nuevo ambiente que ahora lo rodea. La madre acostumbra que el lugar donde duerma su hijo sea seguro, y de preferencia con poco ruido y escasa luz para que el infante descanse tranquilamente.

Montagu (1971) señala que la piel y el sueño tienen una relación de significado profundo, dice, que hay un estrecho vínculo que existe entre la

necesidad de sueño y la necesidad de contacto. Ana Freud lo expresa diciendo que: "el lactante que se encuentra apartado del calor corporal de su madre tarda más en conciliar el sueño" (Montagu, 1971; p. 127).

Para que el bebé se relaje, pueda dormir tranquilo y descansar, él demanda que se le acaricie la espalda, las piernas y los brazos con mucha suavidad además de que se le cante y se le platique al oído.

Las señales expresivas con que cuenta el niño para manifestar su deseo de descansar, de tener sueño o ganas de dormir son: quiere llorar pero solamente se queja y reniega unas veces fuertemente, otras como un susurro, llora, no acepta el biberón, sin embargo demanda el pecho materno y efectúa el reflejo de hozar que significa la acción inmediata del niño de succionar al sentir el pezón de la madre cercano a él; esta actividad la realiza por unos cuantos minutos y se queda dormido.

Otra manera a través de la cual el bebé comunica su cansancio es fijando su vista viendo hacia la luz y comienza a parpadear, permanece sin movimiento y empieza a soltar sus extremidades al relajarse.

Es demostrativo de lo anterior el ejemplo que a continuación se ilustra:

‘ La madre toma en brazos a su hija, la coloca sobre su lado izquierdo junto a su corazón, ella, observa que los ojos de la niña se quedan fijos en la luz del foco, comienza a mecerla calmadamente de izquierda a derecha con un vaivén rítmico y cadencioso al mismo tiempo que le entona: “*duérmase mi niña, duérmase ya, a la ru, ru, niña, a la ru, ru, ya*”, luego toma un respiro sin dejar de mecer a su hija para volverle a cantar ‘.

Gracias a estas actividades el infante logra conciliar el sueño.

Papalia y Olds (1982) reportan sobre el sueño regular, irregular y la somnolencia en el niño, ellos dicen: en el sueño regular la respiración es normal, no hay

movimientos, excepto cuando presenta sobresaltos repentinos. No hay estímulos demasiado fuertes, ni internos ni externos. En cuanto al sueño irregular, esta irregularidad se manifiesta desde la respiración, sus músculos se lenta y levemente de manera esporádica. Si existe luz en el ambiente o sonidos estos ocasionan algunas veces sonrisas, muecas y/o pucheros al estar dormido.

Sobre la somnolencia, antes y después de haber dormido, los ojos pueden quedar abiertos y sus brazos y piernas pueden moverse más activamente. Entonces él se encuentra más sensible a los estímulos externos.

Montagu (1971) recomienda que el bebé sea cargado en brazos de la madre, sea acariciado, arrullado y besado por ella en sus primeros días y meses de vida, porque ello repercute en el desarrollo del infante e influye en que sus patrones de sueño se consoliden y perduren toda la vida, aclara que una frustración en este periodo es fuente de angustia que se expresa en una señal de desamparo a través del llanto.

Necesidad de contacto físico

Desde el momento de su nacimiento, el niño tiene la necesidad de contacto físico y caricias, ya que por medio de ellas, “recibe información del mundo exterior y de su propio cuerpo y ello le ayuda a formarse una imagen de sí mismo y a conocer la frontera entre él y el mundo exterior” (Enciclopedia, 1987; p. 63).

Montagu (1971) dice que ante el llanto y los quejidos del bebé “no hay que olvidar que el recién nacido se tranquiliza sobre todo merced a los mensajes

que le transmite su piel. El momento de mayor bienestar es aquel en que su madre lo acuna en sus brazos o en su regazo o bien lo lleva atado en su espalda” (p. 103). En sus primeros meses de vida, el bebé consigue, a través del llanto que un adulto se acerque, en la mayoría de los casos será su madre, después descubre que ella se acerca y lo carga cuando él llora y deja de llorar momentáneamente cuando lo carga y lo abraza. Así puede consolarse y quedarse tranquilo a menos que tenga otra necesidad que manifestará a través de un llanto intenso.

Las conductas de balanceo y acunamiento que la madre realiza para consolar al niño que llora se dice que son efectivas cuando al contacto con el cuerpo de la madre el bebé deja de llorar, se tranquiliza y hasta sonríe y se duerme. La madre y el bebé tienden a establecer una sincronía en el ritmo respiratorio y cardíaco pues, en estado de reposo la madre lo mece, lo acaricia y lo besa. Acciones que al tocar el cuerpo del bebé le permiten gradualmente eliminar la tensión producida por la estimulación interna y el mismo llanto.

En consonancia a esto, la música y el baile también reportan sensaciones placenteras encaminadas a reducir o eliminar el llanto y la tensión en el niño. Montagu (1971) dice: “en virtud de su honda significación biológica, el ritmo cardíaco u otro ritmo equivalente constituye el medio más eficaz contra la angustia” (p.112) porque evoca una proximidad máxima con la madre lo que repercute en la seguridad del infante.

En su defecto, aquellos casos en los que se atribuye una falta de contacto físico del bebé con su madre puede desencadenar trastornos en él como los que comenta Spitz (1965) sobre la afección en la piel que comienza a la segunda mitad del primer año de vida del infante como una influencia del medio con el niño, en

cuyo caso, su madre presenta alguna de las características descritas por él en investigaciones realizadas con madres internas en prisión con respecto al contacto vivido con su bebé.

“Estas madres también tenían otras notables peculiaridades; no les gustaba tocar a sus hijos; siempre lograban encargar a una u otra de sus amigas de la institución que cambiara los pañales del pequeño, lo bañara, le diera el biberón, etc. Al mismo tiempo, estaban preocupadas con la fragilidad, la vulnerabilidad de sus niños; una de ellas solía decir algo que es característico: “ *Una criatura es algo tan delicado que al menor movimiento en falso se le puede hacer daño*”. Esta preocupación exagerada es una compensación excesiva de la hostilidad inconsciente. Los actos de estas madres contradicen sus palabras” (p. 171).

Por su parte Cofer (1975) explica que para el desarrollo normal, es necesario tener experiencias sociales vivas, intensas y gratificantes con el principal cuidador pues de ellas pueden generalizarse hábitos y conductas sociales posteriores. El autor toma como referencia las investigaciones realizadas por Harlow con los monos rhesus ya comentadas en el presente trabajo.

Con base en estos apoyos es conveniente que al bebé, se le ofrezcan pláticas y se le canten suavemente frases cariñosas y mimosas para reconfortarlo y tranquilizarlo, tal como lo expresa el tacto de la madre como una tendencia de ella en sus interacciones con su bebé, de lo que se hablara más adelante.

Formas de comunicación del bebé para expresar sus necesidades

El llanto

Desde el nacimiento, el niño requiere de una serie de apoyos para crecer y desarrollarse sano. El bebé es un ser dependiente porque no puede atender y satisfacer sus necesidades por sí mismo. Necesita de un adulto que lo comprenda y atienda. Recién nacido y durante sus primeros meses de vida llora mucho. Al principio, para la madre, es difícil saber qué le pasa. Sin embargo, poco a poco ella, como su principal cuidadora, aprende adivinando el significado del llanto de su bebé.

Si el llanto del bebé es atendido por su madre, para él representa una señal de que sus necesidades serán satisfechas y poseerá la certeza de que lo reconfortarán cada vez que implemente esta actividad.

Ejemplo de esto es cuando el bebé llora moviendo brazos y piernas porque tiene hambre. Su llanto comienza calmado pero con pujidos y protestas conforme pasa el tiempo y no se recibe alimento, se incrementa la intensidad y la tensión del llanto.

El niño llora también si siente frío, calor o dolor pero ahora el llanto coincide en un mismo tono, sin subir su volumen, lo que muestra una inconformidad e insatisfacción.

Papalia y Olds (1982) creen que cuando el bebé está dormido y se despierta llorando, su llanto se atribuye a estímulos internos intensos como: hambre, frío, dolor, o también debido a estímulos externos intensos tales como

acostarlo en su cuna después de tenerlo en brazos, o quitarle su chupón de la boca. El llanto comienza suave con pequeños movimientos pero se torna fuerte aumentando gradualmente su intensidad y agudeza y acompañado de agitados movimientos.

El niño también manifiesta su incomodidad por medio de agitados movimientos con sacudimientos de su cuerpo sin coordinación alguna en brazos y piernas, además con quejidos que le hacen contraer bruscamente sus músculos de forma involuntaria.

En la situación de incomodidad del bebé por ropa húmeda debido a su eliminación fisiológica además de no ser de su agrado la posición en su cuna, y que desea compañía de su madre; su llanto se vuelve más bien un quejido y un lloriqueo. De manera similar se presenta ante la necesidad de dormir, pues el bebé no sabe que tiene sueño y por eso se queja, llora y solloza actividad que tiende a descender paulatinamente ante la reacción adecuada de la madre como lo es el acunamiento y el mecer al bebé acurrucado en sus brazos.

La primera señal de expresión de necesidades en el bebé es por medio del llanto. Papalia y Olds (1982) dicen que: "El llanto inicial es una reacción refleja producida por la aspiración de aliento, es el único medio que tiene para expresar sus necesidades. Después del primer mes de vida pueden captarse distintos patrones, intensidades y tonos de su llanto" (p. 223). El primero es el llanto indiferenciado, el segundo es un llanto diferenciado.

El llanto es la señal de expresión más precisa con la que cuenta el niño. Es la comunicación más efectiva para movilizar a las personas de su entorno para que atiendan sus necesidades. Por ello, es difícil concebir al bebé de manera

indefensa, pues él tiene poder para movilizar a las personas que le rodean.

Brazelton et al (1991) señalan:

“Las capacidades del neonato para tener atención y conducta interactiva cuando está bajo la protección de un adulto interactuante hacen que no se vea al bebé como insensible, caótico e impredecible, sino equipado con respuestas conductuales altamente predecibles para los estímulos provenientes del mundo externo, tanto apropiados como abrumadores, estas respuestas pueden en su momento formar las respuestas del adulto interactuante para crear un sistema de retroalimentación mutua figura-primaria-hijo. La sensación de mutualidad, de identificación con el otro debe ser la base de la relación exitosa entre la figura primaria y el hijo” (p. 77).

En México existe la creencia, que algunas madres llevan a la práctica de que es necesario dejar que los niños lloren para que no se embracilen, para que sus pulmones se fortalezcan, para que no crezcas chípiles o malcriados. Otras, no les desagrada ver llorar a su bebé por la manera tan sensible de expresar sus sentimientos mediante el llanto. Una de estas madres expresó: *“es que ella llora tan bonito, tan sensible que me hace correr a levantarla en mis brazos y yo lloro también”*

Por el contrario, otras madres no desean que su hijo llore y al menor de sus quejidos corren a cargarlo para evitar su llanto.

Para el desarrollo sano, seguro y confiado de la personalidad del bebé, es conveniente atenderlo y no dejarlo llorar por mucho tiempo para que se sienta seguro y cómodo con su madre, o personas que lo rodean. De no suceder así, y entre más y más llore, él sentirá que su principal cuidadora no se encuentra accesible a sus reclamos, entonces la percibirá lejana y ausente, ante esto, el infante no contará con la confianza de que su madre lo atenderá en sus necesidades.

Las vocalizaciones y los balbuceos

El bebé es hábil para acercarse al lenguaje desde su nacimiento, en un principio es un lenguaje preverbal.

Un tiempo después del nacimiento, el niño es capaz de ubicar donde se producen los sonidos además de diferenciarlos según su duración, ritmo e intensidad. Conforme pasan los días y las semanas, el infante puede diferenciar la voz de su principal cuidadora de los diversos sonidos que se producen en el ambiente que le rodea y a su vez está capacitado para emitir sonrisas y vocalizaciones cuando la voz que escucha es amistosa y le agrada como sucede con la de su madre.

Es aproximadamente a los 3 ó 4 meses cuando comienza el balbuceo. Papalia y Olds (1982) le llaman "gimnasia vocal", los autores dicen que el bebé: repite jugando, los sonidos que ha escuchado. Es muy probable que él balbucee cuando se encuentre contento. En el momento de estar acostado, relajado ya sea en su cuna o portabebe él comienza a emitir sonidos con sílabas como: ma-ma-ma-ma-ma, ta-ta-ta-ta-ta, pa-pa-pa-pa-pa.

Posteriormente alrededor de los 6 meses de edad, en algún instante del segundo semestre de vida del bebé, los autores reconocen que el niño: "parece hacerse más consciente de los sonidos que le rodean. Se quedará en silencio escuchando algún sonido y cuando éste cese, empezará a balbucear emocionado repitiendo accidentalmente los sonidos y sílabas escuchados" (p. 252).

Asimismo, expresan que hay madres que hablan mucho más a su bebé, debido a que creen que es necesario para su lenguaje, algunas madres consideran que es una pérdida de tiempo tratar de hablar al bebé quien no puede comunicar o comprender lo que se le dice. Otras más piensan que es bueno hablar al bebé pero que ello debe ocurrir después que él haya iniciado a hablar. Algunas más consideran tal actividad como una tontería.

La sonrisa

Spitz (1965) reconoce que en el recién nacido, no existe objeto de amor ni la relación con dicho objeto. Al nacer para el bebé no existe diferenciación alguna, lo mismo es que algo sea externo a él como que sea de su propio cuerpo.

Gracias al interjuego realizado en las interacciones de madre e hijo en las que la madre busca reducir las sensaciones de displacer en su bebé y propiciar las de placer es que se genera la primera relación interpersonal, a la vez del desarrollo emocional del niño.

Desde el nacimiento y hasta los tres meses de vida aproximadamente la sonrisa es un reflejo.

Brazelton et al (1991) afirman que conforme se edifica el proceso de desarrollo, el bebé va mostrando distintas capacidades, por ejemplo entre los 3 y 6 meses, aproximadamente, él comienza a percibir imágenes externas como la de su madre. Esto le da la posibilidad de generar el sentimiento del yo mismo y del otro.

Con esta aproximación a la conciencia del yo y del otro que no soy yo, se identifican señales del infante para comunicarse con su madre, estas pueden ser las vocalizaciones y las sonrisas.

Una muestra indicativa de la evolución psicológica y social del infante se aprecia en la manifestación de la sonrisa del bebé como una respuesta en la interacción con su madre. A su vez, la sonrisa desencadena reacciones positivas en la madre tales como cargarlo, mecerlo, hablarle y acariciarlo.

El infante sonríe cuando mira el rostro de su madre y se miran ambos a los ojos. La madre puede entonces mostrarse gratificada y satisfecha por tal interacción. Aproximadamente a partir de los 6 meses de edad, durante la segunda mitad del primer año de vida, el bebé sonríe preferentemente a su madre y no sonríe a los desconocidos.

Bowlby (1979) comenta “que la respuesta sonriente en el niño es un patrón de comportamiento adquirido como reacción a las atenciones de la madre” (p.59) aunque puede variar la manera de entender la sonrisa del lactante ya que él entiende la sonrisa de la madre porque la sonrisa es la llave de la interacción espontánea entre ellos.

El bebé cuando sonríe da muestras de sentirse tranquilo y contento por lo que su sonrisa hacia su cuidadora es porque ella hace bien las cosas y la premia. Esta es ya una sonrisa preferentemente social. Dado que lo primero que observa el bebé con atención es la cara de la madre que se acerca para atenderlo y como ella le sonríe, le habla y le canta; así él aprende a reconocer su cara y su voz entre los demás.

Con todo esto, las sonrisas entre madre e hijo favorecen la relación afectiva del bebé con el medio que lo rodea.

Hasta aquí puede argumentarse que el bebé es alguien capaz de interactuar no en un sentido de igual a igual con su madre pues siempre hay una interdependencia entre ambos; sino que por medio de sus conductas él expresa lo que necesita y no necesita, lo que le hace sentir bien y lo que le desagrada.

V. ACTIVIDAD Y RESPONSABILIDAD MATERNA

En este apartado, se sustenta teórica – metodológica y empíricamente la actividad y responsividad de la madre a través de argumentos comparativos en el ser humano con raíces sensitivas, emotivas y sociales. Se analiza, explica y reflexiona la visión de la actividad materna como un parte aguas en el desarrollo del infante. Asimismo se expresan elementos que describen y caracterizan el comportamiento maternal en la crianza del hijo.

El maternaje una actividad aprendida

En la práctica de la crianza, la madre cuida, protege y ama al hijo, ofreciéndole momentos afectivos y experiencias de atención.

Por esto es que, las conductas de crianza de la madre para cuidar a su hijo, están en cierto grado dispuestas a desarrollarse en la mujer primigesta mediante la interacción que desarrolla con su primogénito, además de que gradualmente lo va conociendo y progresivamente va poniendo en práctica la serie de habilidades, destrezas y capacidades en beneficio de su competencia materna. En ella se encuentra la presencia de un ímpetu en conductas típicas como cargarlo, abrazarlo y consolarlo cuando él se encuentra llorando, también le provee de alimento y abrigo ante el hambre y el desamparo, de igual manera le brinda consuelo y protección tratando de satisfacer sus requerimientos.

Estas conductas están presentes en el repertorio de una mujer o de un hombre que tienen la responsabilidad del cuidado de un hijo y son de carácter aprendido. Bowlby (1981) argumenta que dichas conductas tienen raíces biológicas por lo que se les unen fuertes emociones y su forma adopta diversos rasgos, según sean las experiencias de crianza en la que los padres se hayan desenvuelto.

La forma en que la madre responde a las señales de necesidad del bebé se produce de manera inconsciente y espontánea sin que ella comprenda racionalmente del por qué responde así. Claro que su actividad y responsividad materna está ya internalizada y la considera natural y obvia.

Aunado a su intuición y al aprendizaje creciente de su competencia como madre, ella depende de sus propias emociones para comprender o no las demandas que el niño le transmite mediante su llanto, sus gritos, su balbuceo y sus movimientos. Las emociones de la madre son un filtro por el que pasan las señales del bebé y le facilitan o impiden leerlas e interpretarlas adecuadamente y a su vez responder pronta y pertinentemente.

Gesell (1964) dice, que la madre agudiza su capacidad observadora sobre las demandas de su bebé y puede ofrecer respuestas táctiles, sentimientos de protección para brindarle bienestar indispensable para el desarrollo de sus procesos evolutivos y sociales.

A esto, Spitz (1965) sostiene que:

“Desde el comienzo de la vida, es la madre la compañera humana del niño, la que media en toda percepción, en toda acción, en toda intuición, en todo conocimiento. El hecho de que el pecho de la madre y sus dedos le ofrezcan al lactante multitud de estímulos táctiles; le dan la oportunidad de aprender y de practicar la percepción y la orientación; cómo experimenta el infante el tacto

superficial, la sensibilidad profunda y el equilibrio sobre el cuerpo de la madre y en respuesta a ella” (p.82).

Así, el aprendizaje en el conocimiento maternal día a día se edifica y aumenta de tal manera que se encausa hacia inclinaciones diversas como el tacto o la manera de relacionarse con su hijo entre otras.

El tacto, una tendencia de la maternidad

El amamantamiento desde el punto de vista afectivo, constituye una acción que no sólo proporciona alimento necesario para la subsistencia, sino que también proporciona alimento para el espíritu a través del acercamiento y el contacto físico de la madre con el hijo en una relación de intimidad. Es así como la lactancia intensifica la conciencia maternal.

Recordando los trabajos de Harlow con los monos rhesus, una vez que los monos eran amamantados por la madre de alambre, optaban por permanecer la mayor parte del tiempo con la madre de felpa que les ofrecía contacto físico y calor que la madre que alimentaba no ofrecía (Montagu, 1971).

Así como a los animales les gusta que se les acaricie mostrando gusto por ello, de manera semejante, los seres humanos experimentamos placer con el tacto corporal. El contacto de la piel a través de las caricias son necesarias desde el mismo momento en que comienza la vida. Montagu (1971) expresa: que “el ser humano no aprende a amar en virtud de una serie de instrucciones, sino en función

de la ternura de que es objeto” (p.26), suponemos entonces una vinculación entre la experiencia táctil producida por caricias que siendo gratificantes llegan a formar parte de las reacciones emocionales o afectivas del niño en la interacción con su madre.

Desde el preciso momento del parto existe para la madre y el hijo una dependencia recíproca. En la madre se acrecienta el interés por el bienestar de su hijo, es por ello que todo su organismo se halla dispuesto para atenderlo, acariciarlo, amamantarlo y hablarle cariñosamente. En el hijo se produce calma, tranquilidad y beneplácito.

Empero, existen algunas madres en las que prevalece una incomodidad y una resistencia a las experiencias táctiles durante el amamantamiento, evitando acercarse y establecer alguna intimidad con su hijo. Posiblemente algunas de las causas que influyen en el desapego de la madre sean el efecto de experiencias traumáticas tales como el abuso físico o sexual, la violación, incluso la depresión post parto.

Asimismo, en la actualidad, para algunas madres les resulta difícil brindar amor a su hijo, lo que nuestras abuelas y bisabuelas sabían instintivamente, ellas poseían la destreza suficiente para cargar y dar comodidad al niño en sus momentos de angustia, el día de hoy, para la mamá, poder ofrecer besos y arrumacos a su hijo es pensar que va a malacostumbrar al bebé, además de que considera que no es bueno por consentirlo demasiado. (Langer, 1994). “Ellas sabían de la necesidad de querer al lactante, de mimarlo, de besarlo, de levantarlo en brazos y cantarle canciones de cuna” (p.24), ahora es necesario que las madres sientan que es por bien del desarrollo psicológico del niño con tal de justificar esas muestras de amor

a sus hijos. Racionalizan la necesidad de brindar amor sólo por el hecho de promover el desarrollo psicológico del niño y no porque sea una condición natural de la relación entre la madre y el hijo.

¿Hasta qué punto han declinado las necesidades de las mismas relaciones sociales?, ¿hasta qué punto la madre concibe a su interacción con el hijo como un mero requisito para el desarrollo emocional del bebé?, sin comprender que la relación nace, se nutre y consolida con el mismo deseo de conocerse, comprenderse y disfrutarse entre ambos.

Es necesario rescatar el sentido del tacto como el portador de sensaciones placenteras para el ser humano, pues para crecer con salud y desarrollarse en ella el niño requiere ternura, caricias y contacto corporal ya que de éstas se desprenden efectos tranquilizadores inmediatos, por ejemplo cuando los bebés reciben caricias y calor de su madre, dejan de llorar por el confort que les producen (Montagu, 1971).

Por tanto, son necesarias la disposición física y psicológica de la madre para brindar abrigo y cuidados en respuesta a las demandas de su hijo. La responsividad que la madre le ofrece a través de sus acciones tiene la función de atender a las prioridades que el bebé le demanda. Bowlby (1981) expresa que una madre responsiva y sensible le permite a su hijo, asumir el control, y establecer un diálogo a través de la mutualidad de las respuestas de ambos.

En este sentido cobra realce el hecho de que la madre brinde a su hijo la comodidad y el bienestar necesarios para que se desprenda en él, la posibilidad de acercarse al mundo de una forma más natural y con una manera más positiva de ver la vida ya que el primer sujeto que le permite al niño su evolución hacia el mundo exterior es ella misma (Spitz, 1965).

De manera que participar en el desarrollo de su hijo requiere de un desarrollo propio de la madre, que le permita respetar y fomentar los rasgos característicos del hijo; sin que se dé una separación. Son requeridos para todo esto, los ingredientes del amor, el afecto, la paciencia, la tolerancia y la comprensión.

Es importante rescatar el clima emocional que se vive en las interacciones de la diada para la constitución de las respuestas maternas. Una madre sensible crea un espacio de armonía y ritmo donde fluyen sus sentimientos positivos hacia su hijo procurando satisfacer prontamente la necesidad de bienestar, la consolidación de un espacio amplio y libre para que el infante lo pueda explorar sin prohibiciones excesivas e irracionales.

Aproximadamente a los tres meses de edad y posterior a ellos, la madre ayuda al bebé a introducirse en el mundo que observa, mediante el acto de cargarlo y por consiguiente el infante está adaptándose a él de una manera social.

Puede decirse, que de la manera en que la madre siente a su bebé junto a ella y de la forma en que percibe sus necesidades; responde a ellas con todo su cuerpo, se ponen en juego sus actitudes y disposición muscular ya sea en postura relajada, cómoda y apacible, con una respiración tranquila o bien mostrando cansancio y agotamiento; como Montagu (1971) expresa:

“cuando sentimos algo por otra persona, evocamos de hecho muchas de las experiencias vividas por medio de nuestra piel. Las vivencias que más hondamente sentimos nos enternecen. Entablamos contacto con los demás. Por último, decimos que algunas personas tienen tacto, es decir ese delicado sentido que induce a tratar a los demás de un modo adecuado”(p.6).

El tacto al que se refiere Montagu, no es el contacto físico sino un conocimiento inmediato y sutil de la actitud más convincente respecto a otras

personas, que induce a rehuir ofenderlas, y a conquistar su buena voluntad es la habilidad y sensatez para tratar a las personas o abordar situaciones difíciles o delicadas es la facultad de decir o hacer lo más indicado en el momento oportuno.

Una madre sensible y responsiva es una madre con "tacto" capaz de aproximarse e interactuar con su hijo atendiendo empática y comprensivamente a sus necesidades fisiológicas y emocionales.

Montagu (1971), detalla que: "una actividad real que muestra la mujer auténticamente maternal, no sólo facilita estimulaciones placenteras a su hijo, sino que extrae gran placer del contacto físico y de la protección que le prodiga" (p.176). A esta relación la define el autor como la satisfacción conjunta de las necesidades corporales del lactante y de la propia madre.

Así, los cuidados maternos son una combinación de 'tacto' y estimulación de los sentidos. La estimulación cutánea a través del contacto físico, los movimientos rítmicos, los mimos, las caricias, los abrazos y los besos. La estimulación auditiva a través de la voz, el canto y la estimulación visual a través de atraer y mantener su atención con la mirada, sin las cuales sería imposible la supervivencia de los seres humanos ya que permiten la expresión de emociones y sentimientos.

Las situaciones a las que Montagu hace referencia, constituyen las expresiones táctiles imprescindibles para el desarrollo normal de la conducta. Si su frustración es ocasionada durante la infancia puede inducir en profunda incapacidad para establecer relaciones interpersonales en la edad adulta, es necesario por lo tanto, para el infante, que le sea brindada la seguridad en sus primeras etapas de la vida por los adultos que están a cargo de su cuidado.

Así pues, el contacto corporal entre la diada madre e hijo constituye una fuente importante de bienestar, seguridad, calor y representa la base sobre la que se desarrolla la creciente aptitud para vivir nuevas experiencias.

La responsividad de la madre: su caracterización

El comportamiento de la madre se refleja en el cuidado de su bebé. Bowlby (1969) relata que cada madre recibe la influencia de su bebé de manera diferenciada; pues ella tiene su propia idiosincracia: puede acercarse llanamente a su hijo o puede rehuirle; es decir en el primer caso puede ser solícita, mientras que en segundo puede impacientarse con el llanto de su hijo. "El modo en que cada madre trata al hijo, es un producto complejo que refleja el modo en que han sido confirmadas sus propias tendencias iniciales o modificadas y ampliadas por medio de la experiencia con el bebé" (p.373).

Bowlby (1969) abunda detalladamente sobre la reciprocidad de la interacción entre la madre y el hijo en la responsividad materna:

"la intensidad del contacto físico que la madre proporciona a su hijo; la medida en que el modo en que la madre sostenía en brazos al bebé se adaptaba a las características y ritmo de éste, el grado en que las técnicas maternas para apaciguar al bebé resultaban satisfactorias; la medida en que la madre lo estimulaba y alentaba, sea para responder socialmente, expresar sus necesidades o efectuar progresos en su desarrollo; la medida en que los materiales y experiencias brindadas al bebé se adaptaban a sus características individuales; la frecuencia e intensidad de expresión de sentimientos positivos que hacia él demostraba la madre y otros" (p 375).

Dichas reflexiones y comentarios permiten comprender por qué la responsividad de la madre toca diferentes puntos y aspectos de su personalidad, mismos que más adelante podrán ser analizados entre ellos el papel del carácter social de la mamá.

Las sensaciones, emociones y sentimientos de una mujer que ha dado a luz un hijo difícilmente pueden esclarecerse. Las mujeres llegan a ser madres cariñosas, amantes y dedicadas, ellas crean un clima en donde se verá favorecido su hijo en el andamiaje emocional dentro de la misma relación.

Los elementos que crean ese clima emocional son los sentimientos de la madre hacia su hijo, su amor y su afecto por él, es de este modo que ella brinda una gama siempre renovada en sus experiencias vitales.

Bowlby (1981) dice que el cuidado materno no se suscita pensando ella que va a hacerle bien o mal al bebé, sino porque de esa forma fue la vida de la madre. Los mimos y el jugueteo, la intimidad durante la lactancia por la que el niño siente la comodidad del cuerpo de la madre, los rituales de baño y su vestido permiten al bebé concebir los cuidados maternos y gracias a ese orgullo y ternura maternos hacia el cuerpo del infante es que él aprende a valorar su propio ser.

Mientras más va aprendiendo la madre acerca de su bebé, más lo va conociendo y más gratificante resulta ser su interacción aunque hayan dificultades propias del autoconocimiento y del reconocimiento mutuo, ambos se sentirán satisfechos.

Desde el nacimiento del infante y hasta los seis meses de edad la madre es quien decide dónde debe estar, cuándo debe comer y dormir y vela por él. Se vuelca hacia él con su personalidad y conciencia.

Bowlby, (1981) considera que un niño necesita sentir que es objeto de placer, amor y orgullo para su madre; una madre necesita sentir una prolongación de su propia personalidad en la de su hijo: cada uno tiene necesidad de identificarse íntimamente con el otro.

El cuidado materno que se prodiga a un niño no es algo que pueda disponerse mediante una rutina; es una relación humana viva que influye en el carácter de ambas personas. Este cuidado no puede considerarse en términos de horas por día, sino únicamente en relación al gozo de la mutua compañía que experimentan madre e hijo; este gozo e identificación íntima de sentimientos es posible para ellos, sólo si la relación es continua y consistente.

Puede decirse que una madre responsiva es aquella que siente que pertenece a su bebé en el sentido de satisfacer sus necesidades de tal suerte que se dedique con gusto y agrado a él.

Pérez Sánchez (1981) comenta que las mujeres son asaltadas por sus ansiedades y necesidades de ser confortadas por los sujetos que las rodean pudiendo ser estos su pareja o personas que viven con ellas. El cuidado materno que las madres manifiestan a su hijo está traspasado por las emociones de sus necesidades y angustias personales:

“Un indicio dado por la madre - con su temor a no ser buena para alimentar y anticipándose con su miedo - en el hecho de que el bebé llorase y no quisiera el pecho” (p. 20).

La madre, en este caso puede estar rechazando inconscientemente a su hijo, su conducta se vuelve negligente e inconsistente, tiende a no proteger a su bebé, o bien hasta evitar el acercamiento decayendo al punto de depositar en otras personas la responsabilidad del cuidado materno.

Ainsworth, et al (1978) en la teoría de la base segura, argumentan que la madre es capaz de proporcionar confort a su hijo cuando él está en un estado de ansiedad producido por situaciones de tensión y peligro. Por ejemplo cuando aproximadamente a los 7 u 8 meses se acerca una persona desconocida y el bebé muestra su miedo llorando, la madre lo carga y abraza, lo reconforta. El niño podrá dejar de llorar aunque siga presente la persona desconocida.

En los principios de la teoría de la base segura se reconoce que los cuidados que la madre prodiga al hijo le permiten a él demostrar sus emociones a través de la expresión implícita o explícita de sus necesidades y ansiedades.

Ejemplo de esto es, cómo el infante tiende a asirse a la vida misma junto a la madre a través de la protección que ella le brinda. Así es como él actúa en aras de su sobrevivencia.

De esta manera la responsividad de la madre de aquellos niños que pueden expresarse libremente, presenta evidencias de ser consistente a las señales de alimento, de llanto y de alegría manifestada por su bebé. Ainsworth, et al (1978) ilustran dichos sentimientos y emociones de los infantes conformando un patrón de apego con base en ellos. En el caso donde el niño puede expresar sus sentimientos libremente, su patrón de apego es seguro, en el cual el infante demuestra su alegría al encontrarse contento explorando todo lo desconocido ante la presencia de

su madre, él llora porque es separado de ella, pero cuando se reúne otra vez, la saluda con agrado.

Por otra parte, si el cuidado materno administrado por la madre se presenta sin consistencia y con indulgencia hacia las necesidades reclamadas por el infante, ella automática e inconscientemente lo está rechazando, la madre demuestra una inclinación con falta de autenticidad por lo que su responsividad no es transparente y está inundada de ambivalencia. Con este cuidado materno, las sensaciones del niño están encaminadas a autoprotgerse rechazando y hasta evitando a su madre. El patrón de apego que se asocia con este cuidado maternal es el apego ansioso resistente, en el cual el infante no se aleja de su madre manifestando su miedo para explorar lo desconocido, durante la separación con ella se encuentra ansioso, intranquilo y angustiado. Cuando la madre se reúne con él busca su proximidad y contacto pero al mismo tiempo se resiste ante cualquier interés de ella por consolarlo.

A su vez, cuando en los cuidados maternos se hallan huecos en las interacciones entre madre e hijo, ella en lugar de entablar comunicación con él, tiende a retirarse y a alejarse, sus respuestas a las necesidades del bebé por lo general no son adecuadas a sus reclamos, ni oportunos por lo tanto no interpreta la necesidad expresada por su hijo, esta modalidad de la responsividad de la madre se asocia con el patrón de apego ansioso evitativo en el que el niño aporta evidencias sobre una sensación de independencia, se mueve activamente examinando todo lo que desconoce, lo hace por sí mismo, en ningún momento busca o se remite a la presencia de su madre, cuando ella está ausente parece no afectarle, pero en el momento de reunirse con ella la evita y desprecia activamente.

La madre o principal cuidadora del niño, es un ser solo e individual; pero al mismo tiempo se encuentra en relación con los demás, por lo que no puede estar desvinculada de los otros ya que puede o no, ser feliz, por el hecho de hallarse en relación con sus semejantes. El carácter social de la madre es un ingrediente específico de su responsividad para atender las necesidades de su bebé.

En este sentido se analizan los postulados de la teoría del carácter social de Fromm (1953) habla sobre las palabras de Balzac: "el modo de obrar, de sentir y de pensar lo determina en gran parte la especificidad de su carácter y no es ni aproximadamente el resultado de respuestas racionales a situaciones reales" (p. 70). Sino inconscientes y se construye mediante: los modos específicos de relación de la persona con el mundo en el proceso de su vida.

Para Fromm sólo existen dos formas de relacionarse el hombre con el mundo, una es la asimilación de los objetos y otra es la socialización que se refiere a la relación con otros individuos.

Con base en este análisis, la responsividad de la madre para atender las necesidades de su bebé, suponemos que se vincula con el carácter social de ella. La madre puede relacionarse con su hijo de varias maneras: puede amarlo o rechazarlo, puede compartir o cooperar con él en sus interacciones, a su vez, puede ser igualitaria o autoritaria en su relación amén de ver por él hacia la libertad o bien de reprimirlo y aprisionarlo no dejándole avanzar hacia su independencia.

De esta manera, la teoría del sociopsicoanálisis de Fromm (1953) sustenta que:

"El individuo representa a la raza humana. Es un ejemplo específico de la especie humana. Él es 'él' y es 'todos'; es un individuo con sus peculiaridades y, en ese sentido, único y, al

mismo tiempo, es representante de todas las características de la raza humana. Su personalidad individual se determina por las peculiaridades de la existencia humana comunes a todos los hombres” (p. 51).

La peculiaridad del hombre – en este estudio: la peculiaridad de la madre - se constituye en un estabilizador de la sociedad a través de las características que la determinan, al mismo tiempo que la edifican.

El carácter social, es producto de los patrones sociales y culturales, por lo tanto la madre como ser social es un producto de la sociedad en su conjunto, de tal suerte que su comportamiento coincide con las pautas y conductas de la sociedad a partir de la manera en que ella aprendió a relacionarse primero con su familia y posteriormente en las relaciones sociales extrafamiliares.

En la relación de la principal cuidadora con el niño, la atención materna enfocada a las respuestas que le otorga al infante cuando él le solicita su participación para satisfacer sus necesidades, pareciera ser que ella se sustenta en las propias ideas que posee para entenderlo, pero en realidad; ella no posee verdaderamente esas ideas, sino sólo sensaciones, emociones y deseos que la motivan a actuar en consecuencia con el bebé. La actividad que la madre ejecuta es el resultado total de su carácter social, específicamente del modo de relacionarse y socializarse con su hijo.

Fromm (1953) identifica dos orientaciones en el carácter social: La improductiva y la productiva; la primera tiene que ver con aspectos y procesos negativos y en la segunda se representan los aspectos positivos en el proceso de la edificación del carácter.

“La orientación receptiva. La persona siente que la ‘fuente de todo bien’ se halla en el exterior y cree que la única manera de

lograr lo que desea – ya sea algo material, sea afecto, amor, conocimiento o placer – es recibéndolo de una fuente externa. El problema del amor consiste, en esta orientación, casi exclusivamente en ‘ ser amado ’ y no en amar.....Son individuos excesivamente sensibles a cualquier rechazo o desaire por parte de la persona amada” (pp. 75-76).

En esta orientación del carácter social se detecta que la madre puede ser buena escucha de las necesidades de otras personas, pero requiere que ellas le satisfagan sus solicitudes, siempre busca que alguien le ayude a salir adelante en con sus responsabilidades.

“La orientación explotadora, tal como la receptiva tiene como premisa básica el sentir que la fuente de todo bien se encuentra en el exterior; que cualquier cosa que uno desee obtener ha de ser buscada allí, y que el individuo no puede producir nada por sí mismo. La diferencia entre ambas orientaciones consiste en que el tipo explotador no espera recibir cosas de los demás en calidad de dádivas, sino quitándoselas por medio de la violencia o la astucia” (p. 77).

Dentro de esta orientación del carácter social, la madre puede manifestar una actitud de manipulación y hostilidad hacia su hijo o hacia las personas que le rodean.

“La orientación acumulativa. Esta orientación hace que la persona tenga poca fe en cualquier cosa nueva que pueda obtener del mundo exterior; su seguridad se basa en la acumulación y en el ahorro, en tanto que cualquier gasto se interpreta como una amenaza. Los individuos que corresponden a esta orientación se rodean a sí mismos de un muro protector” (p. 79).

A partir de dicha orientación del carácter social acumulativo, el comportamiento que la madre evidencia sobre su hijo puede ser el sentirlo como una posesión propia, que al mismo tiempo que requiere de cuidados le imposibilita en el avance y la independencia tal vez por la sobreprotección de que sea objeto.

“La orientación mercantil. Es la orientación del carácter que está arraigada en el experimentarse a uno mismo como una mercancía, y al propio valor como un valor de cambio... El hombre debe buscar su relación de identidad no en relación a sí mismo y sus propias facultades, sino en la opinión que otros tengan acerca de él” (pp. 82-87).

Con base en esta reflexión puede argumentarse que una orientación del carácter social mercantilista en la madre repercute en su interacción con el hijo tal vez en el aprecio que tenga de su persona y la de su bebé para realizar los intercambios de juego, amamantamiento y contacto físico.

“La orientación productiva de la personalidad se refiere a una actitud fundamental, a un modo de relacionarse con todos los campos de la existencia humana. Incluye las respuestas mentales, emocionales y sensoriales hacia otros, hacia uno mismo y hacia las cosas. Productividad es la capacidad del hombre para emplear sus fuerzas y realizar sus potencialidades congénitas. Si decimos que ‘ él ’ debe emplear ‘ sus ’ fuerzas, implicamos que debe ser libre y no dependiente de alguien que controla sus poderes. Implicamos, además, que es guiado por la razón, puesto que únicamente puede hacer uso de sus poderes si sabe que lo son, cómo usarlos y para qué usarlos” (p. 99).

La manifestación de esta orientación del carácter social implica la posible relación de la madre para atender adecuada, pronta, eficiente y consistentemente a las necesidades que su hijo le solicite.

En este estudio, nos interesa particularmente hacer una reflexión sobre el modo de relacionarse de la madre con el hijo, es decir la relación interpersonal generada por ambos, ya que por medio de la primera relación de interacción los seres humanos nos socializamos con el mundo a través de la reciprocidad vivida dentro de ella.

En la forma de relacionarse tanto la madre como el hijo influyen el uno en el otro de manera recíproca modelando la conducta a lo largo del primer año de

vida. Bowlby (1969) reconoce que con pocas excepciones, sea cual fuere la conducta del niño, la madre suele responder y atenderlo de manera típica y a la inversa, el niño también suele responder y atender a las conductas de su madre, de manera igualmente típica.

Bowlby describe las características de la relación de interacción madre e hijo.

“La intensidad habitual de la interacción entre madre e hijo, expresada como porcentaje de tiempo de aquél, mientras está despierto, interactúa con ella; la duración de sus cadenas de interacción, y la identidad del sujeto que las inicia y les pone fin; el modo habitual de interacción de la pareja, como, por ejemplo, mirarse, tocarse o abrazarse, y la distancia habitual que se mantiene entre ambos miembros; las reacciones del niño ante una separación; sus reacciones ante un desconocido; y las reacciones de la madre cuando el hijo explora o se hace amigo de terceros” (p.373).

El tipo de relación madre e hijo que se asocia con un apego seguro se lleva a cabo cuando la principal cuidadora posee la característica de responsabilidad en brindar los cuidados maternos a su hijo, dado que no es una obligación impuesta del exterior hacia la madre, sino al contrario, es una exigencia que manifiesta de su incumbencia, por tanto es enteramente voluntaria y la expresa como respuesta a las demandas y no demandas de su hijo; en este sentido es posible entender a su responsabilidad como el hecho de que sea capaz de entender la necesidad del bebé y esté lista para responder con un grado de respeto a su persona.

Las respuestas que la madre hace evidente se asocian al carácter social productivo, donde la madre por lo general busca un contacto físico más estrecho con su hijo, tendiendo a prolongarlo permaneciendo por más tiempo en cálida cercanía. Ella favorece que el niño indague lo que desee sin imponerle su autoridad.

Sus respuestas maternas se enfocan hacia la creatividad como herramienta de actividad entre ambos, buscando siempre sucesos de goce, placer y disfrute en la interacción.

El amor es un integrante en la orientación del carácter social productivo que se manifiesta en esta relación, porque el amor es una actitud ante la vida, reflejada en las respuestas que la madre le emite a su bebé en un sentido responsable, de respeto y conocimiento del niño (Fromm, 1959).

Montagu (1971) comenta en relación al estudio realizado por Ainsworth en la población de Uganda que coincide en que la madre responsiva está muy vinculada con las señales de necesidad de su hijo. Es amable, delicada y limpia; en la mayoría de las ocasiones es modesta, lo que se refleja en su estilo de crianza y cuidados maternos.

Asimismo para Ainsworth, “una madre responsiva es aquella que ayuda a su hijo a lograr sus propósitos, con ello le permite que desarrolle su propia habilidad para controlar lo que le sucede” (Bretherton, 1992; p. 25).

La relación madre e hijo que se inscribe en el apego ansioso resistente: presenta rasgos de ansiedad y temor extremos en la principal cuidadora del niño, su orientación es hacia la explotación, existe hostilidad y manipulación, pareciera que a ella le interesa estas suscitando retos entre su hijo y ella misma, por lo general lo hace enojar y se siente ahora satisfecha; de esta manera, la madre percibe a su hijo como un objeto del que obtiene su fuerza, por lo que ella es incapaz de tolerar la soledad.

La confusión que la madre expresa sobre el amor es en el goce de dominar la situación por la que se convierte en una persona autoritaria, ella considera que

su autoridad merece respeto, mismo al que el niño se ha de someter (Fromm, 1958).

Por su parte, en la relación madre e hijo la que se enlaza un apego ansioso evitativo, se presenta en circunstancias dentro de las cuales la madre siente a su hijo como una prolongación de ella, nunca lo ve como un ser independiente de sí misma; ella tiende al alejamiento cuando su bebé le reclama sus necesidades, se aleja tanto que se ubica en una fortaleza propia en señal de autoprotegerse, no busca contacto físico ni acercamiento con su bebé, no se encuentra interesada en él, se halla más ligada a los objetos que la rodean que a su bebé, además manifiesta una inclinación carente de simpatía y comprensión para su hijo, y opta mejor por romper su relación con él.

La madre está más propensa a actuar de manera indiferente a los reclamos que él le emite (Fromm, 1964). Aunque en sus interacciones éstas son muy frecuentes y fuertes a distancia donde existe sobremanera el monólogo materno.

Los comentarios y argumentos referidos se vinculan a la investigación realizada por Carpio (1999) donde ha explorado este tema con una muestra de 11 diadas en el estado de Guanajuato. Sus resultados preliminares indican que el carácter social productivo de la madre se relaciona con un apego seguro del infante, el carácter social receptivo y acumulativo con el apego ansioso evitativo y el carácter social explotador con un apego ansioso resistente.

VI. EMOTIVIDAD Y SENSITIVIDAD, LAZO DE MADRE E HIJO

Los argumentos presentados, aportan elementos para vincular los sentimientos, las emociones y las manifestaciones expresadas entre el hijo y la madre desde el proceso mismo de la gestación hasta la relación de interacción desarrollada a lo largo de la convivencia. En esta relación juega un papel importante el afecto que despliega la madre hacia su hijo en los cuidados y atenciones que el infante reclama.

Conexión sensual, emotiva y comunicativa

Cuanto acontece durante los primeros meses de vida del niño, reviste especial importancia para su desarrollo futuro, es probable que él manifieste el mismo patrón de comportamiento que ha aprendido a través de la interacción en su primera relación humana.

Bolwy (1979) expresa que "generalmente, los problemas emocionales de los padres, derivados de sus propias desgracias infantiles, siguen ejerciendo gran influencia; el punto clave es que existe una intensa relación causal entre las experiencias de un individuo con sus padres y su posterior capacidad para establecer vínculos" (p.163). Esto lleva a introducirse en la relación exitosa o frustrada al procrear hijos, actividad que en sí misma genera satisfacción y orgullo por el logro alcanzado o desdicha y tristeza ante los tropiezos surgidos que interesa poder explicar y comprender.

Investigar las situaciones de orden físico, social y psicológico que posibilitan u obstaculizan el sano desarrollo del niño, permite explicitar el inicio, desarrollo y consolidación de la esfera emocional en el niño que se refleja en la vida futura y que le facilita desenvolverse en el ámbito social, además de conocer y caracterizar la responsividad de la principal cuidadora

La conexión entre la actividad sensorial y la emotividad del bebé y la madre cobran sentido durante las primeras experiencias táctiles y sensitivas en la vida del niño durante sus interacciones con su principal cuidadora y además se encuentran desde este momento estrechamente ligadas.

Lo sensual en el niño se inicia antes de su nacimiento, con la percepción del ritmo cardíaco y respiratorio de la madre. La madre también lo percibe a él a través de los movimientos y desplazamientos en su vientre, la captación de mensajes de movimiento de su cuerpo para que el feto pueda deslizarse más cómodamente.

En el trabajo de parto se activan estimulaciones que preparan al feto para la vida fuera de la madre y que son producto de las prolongadas contracciones uterinas las cuales para el feto son sus primeras caricias y están encargadas de favorecer el funcionamiento adecuado y satisfactorio de todos los sistemas en el organismo del recién nacido.

Por su parte, en la madre se manifiestan efectos positivos en el contacto corporal con su hijo al momento de nacer y amamantarlo, esto, le propicia contracciones uterinas que favorecen que el útero regrese a su tamaño normal después del parto.

Con estas sensaciones corporales de madre e hijo entre la gestación, el nacimiento y la vida extrauterina, se reporta una reciprocidad emotiva pues ambos se hallan en franca comunicación sensible.

El afecto que la madre siente por su bebé en sus suaves contactos, es necesario para el desarrollo psicológico del infante, puesto que es a través de la experiencia afectiva como él establece relaciones con su medio. Se ve influido por las ilusiones, intereses y conductas que la madre ha de aprender sobre la maternidad y los cuidados del infante.

Bowlby (1969) aclara que. "Tradicionalmente, el vocablo 'afecto' ha sido aplicado para denotar una amplia serie de experiencias sensibles: sentimientos agradables, de zozobra, de tristeza, o bien de amor, temor o cólera. La palabra 'sentimiento' en sí, además con frecuencia se emplea en este sentido más amplio" (p. 128).

Así pues, el afecto que la madre manifieste a su hijo puede ser de miedo, de desasosiego, de repulsión, de insatisfacción, de displacer, de venganza, de gratitud, de regocijo y de (aceptación entre otros). El desarrollo del afecto que la madre siente por su hijo es un proceso que surge de ella pero con una orientación hacia su bebé.

Bowlby (1969) expresa en términos de Langer donde ella advierte:

"que 'sentir' es un verbo, y afirmar que lo que se siente es un 'sentimiento' puede inducir a error: 'el fenómeno por lo común descrito como 'sentimiento' estriba, en realidad, en que el organismo siente algo, vale decir, que algo es sentido. Lo sentido es un proceso ...dentro del organismo" (p. 131).

La madre en su proceso de desarrollo del maternaje y en la misma experiencia aprende a acentuar sus afectos hacia su hijo, ellos se presentan o se encuentran en la realidad. Su afecto hacia el niño no se crea, sólo se siente y se vivencia pues opera en todo momento durante sus conductas de respuesta a las señales de necesidad de su bebé.

En la actualidad, la madre puede sentir que su relación de interacción afectiva con el hijo se está desintegrando; ejemplo de ello es que algunos padres se encuentren inconformes con su actividad de crianza. Brazelton et al (1991), reportan el caso de una joven que dijo: “yo no soporto hablar como bebé a mis hijos, y no puedo echarme al suelo para jugar con ellos, tengo miedo y siento como si estuviese perdiendo mi identidad cuando lo hago” (p. 37).

Los autores interpretan que esto hace pensar, que dicha joven no está conforme con el papel que desempeña como madre y experimenta lo que realiza como un deber sin la satisfacción que le pueden aportar las acciones del cuidado maternal.

Dicha experiencia denota una carencia en la base segura. Bowlby (1979) expresa: “las clases de experiencias que una persona tiene, en especial durante su infancia, afectan en gran medida tanto a sus expectativas de hallar o no una base personal segura, capacidad que posee para iniciar y mantener una relación mutuamente gratificante cuando tenga oportunidad para ello” (p. 129). Lo que en la sociedad moderna con su avance tecnológico no se advierte.

Los puntos que se entrelazan en la conexión madre e hijo adquieren las tonalidades de las sensaciones, emociones y las comunicaciones realizadas por

ambos; de la adecuada combinación de estos matices puede hablarse de un sano desarrollo en la personalidad del niño.

Los antecedentes y concepciones de la teoría del apego, de la argumentación sobre la responsividad materna y los señalamientos de necesidad del bebé, recapitulan el proceso de interacción consolidado en la relación madre e hijo.

Cada uno de los aspectos tratados coinciden en manifestar las características de la madre responsiva quien utiliza sus sentidos para percibir los mensajes que le envía su hijo a través del llanto, las vocalizaciones y balbuceos, así como su sonrisa, y así ella hace uso de todos los recursos a su alcance, como su tacto sensible que resulta ser efectivo para calmarlo y tranquilizarlo.

La forma en que la madre interactúa con su hijo, se rescata mediante el llamado del bebé a través del llanto, así, ella atiende a su hijo cuando lo explora, viste, desviste, baña, amamanta (con pecho o con botella), abraza, besa, le habla, toca, carga, etc. Pero la finura y trato en estas acciones manifiesta niveles de calidad; mientras que una madre puede ser tierna, cálida, amorosa, otra puede ser fría, mecánica, distante, despectiva.

Con base en estas respuestas de la madre para tratar las necesidades del bebé, él, asocia dichas reacciones de la madre ante sus demandas y se las apropia para luego dar paso a la relación de uno a uno con ella o con otras personas con las que convive posteriormente.

De estas relaciones de convivencia se producen en el niño sensaciones de ser querido o rechazado, de seguridad en sí mismo y confianza en su madre; o de abandono y lejanía para con ella.

Con estas muestras de aceptación, agrado y beneplácito en la búsqueda de la proximidad, en la evasión al contacto, en el rechazo a la interacción y la resistencia a tocarse piel con piel es que se percibe el apego del hijo a la madre.

Los puntos de vista, enfoques y concepciones teóricas abordadas, recopilan argumentos sobre las sensaciones, las emociones y su manifestación que estructuran la personalidad del ser humano a la luz de la interacción con su principal cuidadora.

Las conjeturas derivadas permiten interpretar y comprender la responsividad de la madre y la relación surgida con su hijo.

VII. CÓMO SE REALIZÓ LA INVESTIGACIÓN

Esta tesis se deriva de un proyecto de investigación más amplio denominado "Cuidado de crianza materna y el desarrollo del vínculo afectivo durante el primer año de vida". Que ha sido la base del seminario permanente de investigación "Metodología para el estudio de la interacción niño- adulto", de la maestría en Pedagogía modalidad a distancia, a cargo de la Dra. Clotilde Juárez Hernández.

El propósito de esta tesis es caracterizar la responsividad materna a partir de las señales a través de las cuales el bebé expresa sus necesidades. Para ello, se llevó a cabo el siguiente:

Procedimiento de selección de los participantes en la investigación

Entre noviembre y diciembre de 1995 visitamos los hospitales de la ciudad de Hidalgo del Parral, Chihuahua y de las ciudades vecinas como son: Santa Bárbara, San Francisco del Oro y Jiménez Chihuahua. Se identificaron el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), Instituto de Seguridad y Solidaridad Social para los Trabajadores del Estado (ISSSTE), Centro de Salud con Hospital de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA); y de la ciudad de Santa Bárbara (Clínica 11), Clínica de la Empresa Minera Minerales Metálicos del Norte Sociedad Anónima (MIMENOSA).

Durante los meses de enero, febrero y marzo de 1996, se realizaron otras visitas a dichas instituciones para solicitar formalmente la autorización para entrevistar a las madres de bebés que nacieran de ellas. Dentro de los mismos hospitales se identificaron los nacimientos ocurridos en diciembre de 1995 y enero de 1996, con el propósito de entrevistar personalmente a la posible madre participante.

Además con la intención de informar a la comunidad local sobre esta investigación e invitar a las madres a colaborar, se transmitió por el canal 3 de televisión local, un programa en el que participaron el director de la unidad UPN 08C en Hidalgo de Parral, Chihuahua, la responsable de esta investigación y mi compañera de seminario y de toma de datos; con el propósito de abrir las puertas de los hogares que contaran con madres y bebés que reunían las siguientes características:

Madre primípara de edad entre 18 y 32 años, de preferencia ama de casa que no trabajara fuera del hogar o bien que su trabajo no se prolongara por más de cinco horas diarias, sin importar su estado civil.

Para el bebé las condiciones fueron: bebé nacido entre diciembre de 1995 y febrero de 1996, primogénito, haber nacido de un embarazo a término y que su parto indistintamente haya sido por cesárea o parto normal.

Se realizaron 43 visitas, de estas, algunas fueron domiciliarias otras en el mismo hospital después del parto, se explicó en que consistía la investigación informando a las madres que además del propósito de "observar el desarrollo del infante" también se comentó con ellas que esta investigación formaba parte de un

proyecto más grande en el que intervenían mamás con sus bebés de otros estados de la República Mexicana.

Durante la primera visita a la casa de la familia, además de la madre y su bebé, también se llegaba a encontrar al padre. En algunas familias, el padre expresó su reticencia para permitir a su esposa e hijo el participar en la investigación debido a su temor por la seguridad e integridad de ellos.

Se llegó a tener que visitar hasta 4 veces a la familia para tratar de persuadir al padre para participar. En algunos casos la respuesta fue negativa.

Del total de 43 madres invitadas, sólo 33 aceptaron colaborar en la investigación; 10 de las madres aceptaron participar antes de salir del hospital, las 23 restantes fueron entrevistadas en sus viviendas después del parto. Algunas, aproximadamente 3 días después de salir del hospital, otras una o dos semanas después y algunas hasta con un mes de posteridad al momento del alumbramiento.

De las 23 madres que fueron visitadas en sus casas, 3 fueron recomendadas o les comentaron sobre la investigación y de este modo fueron invitadas a participar, gracias al apoyo transmitido por el programa de televisión del canal 3.

A las madres que aceptaron se les solicitó por escrito su consentimiento para videografiar las observaciones que haríamos en su casa; todas ellas aceptaron y firmaron. A este procedimiento de selección de los participantes se le denomina por cuota, dicho de otra manera, las madres se fueron incorporando en la medida en que aceptaron ser participantes de la investigación hasta que completamos el número requerido. La observación en casa consistió en la videograbación de las siguientes situaciones: amamantamiento y alimentación, baño y cambio de ropa, juego y arrullo para dormirlo.

Además a cada diada participante le ofrecimos una copia de la videograbación de las observaciones a los 3 y 6 meses y una videograbación de la interacción de la familia durante 15 ó 20 minutos antes de la primera observación; con todos los integrantes de la familia buscando favorecer los intercambios y relaciones sociales de todos y cada uno de los participantes; este momento fue muy especial ya que pudieron captarse de una manera informal actitudes y conductas de los padres, hermanos y demás familiares de la madre en cada una de las diadas.

Los comentarios, la información y aclaración de dudas desde la primera entrevista se proponían establecer con cada madre una relación de confianza y respeto.

De las 26 diadas participantes, 18 provienen de la ciudad de Hidalgo del Parral; 4 de la ciudad de San Francisco del Oro; 2 de la ciudad de Santa Bárbara; y 2 de la ciudad de Jiménez, Chihuahua.

Se habrá advertido que inicialmente se hizo referencia a un total de 33 madres participantes, sin embargo 7 de ellas se dieron de baja de la investigación por diversos motivos; uno de ellos fue el cambio de residencia de la familia por movimientos de trabajo y que se presentó en 3 situaciones: primero el caso de una madre soltera de San Francisco del Oro, que a los 3 meses de edad de su bebé tuvo la necesidad de emigrar a Ciudad Juárez, Chihuahua para comenzar a trabajar; en Ciudad Jiménez, también por lo escaso de las fuentes de empleo la familia emigró de igual manera a Ciudad Juárez cuando la bebé ya contaba con el primer año de vida y en Hidalgo del Parral, un padre de familia tuvo el requerimiento de emigrar a un rancho a 50 kilómetros de distancia cuando su bebé contaba con 3 meses de edad implicando no poder continuar participando en la investigación.

Un segundo motivo, fue retractarse de su autorización a participar en la investigación por problemas familiares con el conyuge o con los padres de la madre ocurriendo también en 3 situaciones; dichos casos son porque en San Francisco del Oro, nunca se encontró a una familia para su participación justificando que no tenía tiempo la mamá por problemas con el esposo; otro más en Santa Bárbara una madre soltera que tuvo dificultades con su progenitora para permitir al investigador entrar a su vivienda y el restante en Hidalgo del Parral porque la madre nunca se presentó para efectuar la toma de video al primer año de vida de su bebé, debido a que su esposo no estuvo dispuesto y ella pedía que él asistiera.

Tercero, un caso extremo, fue el de una madre que regaló al bebé a los 15 días de nacido y se mudó a otra ciudad.

Características de las diadas participantes

Características del bebé

A fin de contar con una visión global sobre los bebés integrantes del presente estudio se obtuvieron los siguientes datos:

Se identificó el proceso de parto, 20 bebés nacieron de parto normal y 6 por cesárea, la cual según dictamen médico era necesaria debido a la estrechez pélvica de la madre y la talla grande del bebé (aproximadamente 4 kilogramos).

Por fecha de nacimiento de los bebés, se agruparon entre los meses de diciembre de 1995, enero y febrero de 1996, 6 bebés nacieron en diciembre, 8 en enero y 12 en febrero, dando por resultado 26 bebés en total.

De la muestra de las 26 diadas, 12 bebés son de sexo femenino y 14 bebés son de sexo masculino.

Con respecto a la lactancia 21 bebés fueron alimentados con pecho materno y 5 con botella o mamila.

El peso al nacer fue entre los 2.5 kilogramos y los 3.9 kilogramos.

La institución médica en la que nacieron los bebés fue: en el IMSS 13, en el Hospital General de la SSA 7, en el Hospital Materno Infantil 5 y 1 en la Clínica Mineros de Santa Bárbara.

Características de la madres

La edad de las madres se distribuye entre los 18 y los 32 años en cinco rangos.

RANGO DE EDAD		FRECUENCIA
18	20	17
21	23	4
24	26	2
27	29	2
30	32	1
		n= 26

El estado civil de las 26 madres del estudio consistió: 22 de ellas ya estaban casadas antes de que su bebé naciera, 1 contrajo matrimonio a los 6 meses posteriores al alumbramiento y 3 fueron madres solteras.

La escolaridad de las madres se consideró por el nivel máximo de estudios concluidos. De las 26 madres 5 terminaron estudios de primaria, 7 de secundaria, 2 de enfermería, 3 de comercio, 8 de bachillerato y 1 de licenciatura.

En cuanto a la actividad laboral remunerada, de las 26 madres, sólo 3 trabajaban: 1 tenía trabajo propio en un salón de belleza a donde se llevaba al bebé, otra a los 6 meses de edad de su hijo comenzó a laborar como secretaria de un dentista y 1 más como obrera que también empezó a trabajar cuando su bebé tenía 6 meses de vida. La secretaria y la obrera dijeron que dejaban a su bebé al cuidado de la abuela, la primera era la abuela materna y la segunda la abuela peterna.

Las 23 madres restantes, manifestaron no trabajar. 8 de ellas dijeron haber dejado de trabajar para cuidar a su bebé, para darle todo su tiempo a su hijo; sin embargo algunas expresaron que volverían a trabajar cuando su bebé tuviera más edad, por ejemplo cuando ya caminara o “avisara”; pues ellas sabían de la necesidad de ayudar al marido en los gastos y responsabilidad del hogar.

De las 23 madres casadas 11 de ellas vivían en casa separada de sus padres, sólo una era casa propia, las restantes rentadas, con todos sus servicios, 2 madres contaron con un cuarto especial como vivienda en donde dormían y también cocinaban sus alimentos, esto dentro de la misma vivienda de sus padres o suegros

respectivamente. Las 10 madres casadas restantes vivían compartiendo todos y cada uno de los servicios con que contaba la vivienda de sus suegros.

Las 3 madres solteras vivían con su familia constituida por su padres y hermanos compartiendo todos los servicios de la vivienda con ellos, es decir, seguían viviendo como hijas de familia.

Estudio realizado

Se realizó un estudio naturalista con un trabajo descriptivo en el que se siguió el desarrollo del apego infantil y el cuidado de crianza en el ambiente y contexto de la casa de los 0 a los 6 meses de vida del infante, específicamente para el análisis de los datos de la responsividad materna a las necesidades del bebé, se hicieron 2 cortes, a los 3 y 6 meses de edad, en los que se cuenta con observaciones videograbadas de la interacción madre – infante. Material para observar, registrar y analizar la relación durante cuatro situaciones distintas del cuidado de crianza: desvestir / bañar / vestir, amamantar y alimentar, jugar y arrullar para dormir al bebé.

El tiempo y momento en que se realizó la primera observación en cassette de video comprendió los meses de marzo, abril y mayo de 1996 cuando los bebés contaban con tres meses de edad. En ocasiones, se regresó a la vivienda hasta 4 ó 5 veces para completar las dos horas de toma en la interacción. Las visitas fueron seguidas en el transcurso de una semana.

La segunda observación en cassette de video fue necesario realizarla durante los meses de junio, julio y agosto del mismo año, contando con seis meses de

edad los bebés; al finalizar cada observación, se comentaba con las madres y demás familiares que estuviesen presentes, sobre sus experiencias e inquietudes con respecto al crecimiento y desarrollo del infante intencionalmente para reportarlo dentro del proceso investigativo.*

El diseño permitió comparar la misma rutina de la madre en el cuidado de crianza del hijo en dos momentos cronológica y cualitativamente distintos. Las situaciones facilitaron una descripción en un registro cotidiano y con una secuencia estructurada, de esta manera se concretó la comprensión e interpretación mediante un análisis más fluido, pues aunque existió discontinuidad en la toma de los datos, ésta, permitió una reflexión continua de los mismos.

El estudio que aquí se reporta se llevó a cabo* en 4 municipios del estado de Chihuahua, ubicados en Hidalgo del Parral, Santa Bárbara, San Francisco del Oro y ciudad Jiménez, Chihuahua, en México.

En concordancia con el propósito de la investigación, se trata de mostrar las características de la responsividad de la madre para atender a las señales de necesidad de su bebé tanto en los primeros tres meses como en los siguientes tres meses durante los 6 primeros meses de vida del infante.

Para trabajar en esta investigación cuestionamos las características de las respuestas de la madre a las necesidades del bebé generadas según el modo en que ella interactúa cotidianamente en relación con su hijo.

Se realizaron visitas domiciliarias a la casa de la familia para observar directamente en un ambiente natural la interacción de la madre con su hijo con

* La toma y registro de la información fue compartida entre las dos alumnas del seminario de investigación.

el propósito de identificar las señales que emite el bebé para manifestar sus necesidades apremiantes y a su vez cómo responde la madre para identificar, interpretar y atender al llamado de su hijo.

Asimismo, este proceso y trabajo de campo rebasó todo control técnico que rige a los diseños experimentales por lo que se encuadra en la mismo proceso y desarrollo de la actividad interpretativa de los sujetos. Se convirtió en una búsqueda empírica sistemática dentro de la cual no se tuvo control directo sobre los hechos. Las referencias extraídas fueron con base a las relaciones intrincadas entre el carácter emocional y afectivo del ser humano.

Para poder dar cuenta de la responsividad en la madre se priorizan los 3 y 6 meses de vida del infante, dado que en esa edad es la etapa considerada de cambios sustanciales en el crecimiento y desarrollo del niño.

Durante los 3 primeros meses, la madre está aprendiendo a cómo contener a su bebé lo que para Pérez Sánchez (1981) significa que la madre es capaz de consolar y mitigar la inquietud de su hijo porque ella se encuentra segura y confiada en que alguien le brinda soporte a ella, de tal manera que el bebé dirija su atención a la madre además de que promueva su búsqueda.

El bebé comienza a emitir vocalizaciones, sonrisas y comienza a jugar con su madre una y otra vez, aunado a esto, su conducta motriz se presenta de manera conjunta la que puede predecirse por parte de la madre, la actividad se realiza con ritmo y cadencia.

A los 6 meses, aproximadamente, ya el bebé puede tomar mayor participación y el control de las interacciones pues él ya es hábil para atraer y mantener la atención de su principal cuidadora, porque ya puede dominar la

situación lo que coincide con los procesos y avances cognitivos en el infante, lo anterior motiva el análisis de las respuestas originadas en la madre, por ello la importancia de esos 2 cortes.

Se abordó el estudio de un fenómeno del desarrollo, a través de la observación directa de las acciones de crianza de la madre en interacción con su primogénito.

Las acciones de la madre pueden manifestarse de manera que influyan en ellas significados individuales y personales, estas actividades pueden no sólo describirse, sino también interpretarse. Con este sentir las actividades del cuidado maternal se concretizan y activan intencionalmente con base en la responsividad de la madre para calmar el displacer del infante.

Identificar ' las demandas del bebé ' de manera oportuna y precisa significa que reconocemos la responsividad de la madre dentro de la actividad realizada en la realidad, al interactuar con su hijo.

El estudio nos permitió reflexionar sobre lo observado a través del registro del trabajo del diario de campo.

Sin ser una réplica, este estudio presenta alguna semejanza con las investigaciones realizadas por Ainsworth en Uganda en 1953 y en Baltimore en 1963 (Ainsworth, et al 1978) en cuanto a la realización de observaciones del ambiente natural de la relación que muestra la intimidad del hogar en el periodo de los primeros 6 meses de vida del infante.

Instrumentos utilizados para la obtención de datos

El primer instrumento que se diseñó fue la ficha socioeconómica. (véase el anexo 1). La cual se utilizó para conseguir información de la madre, su nombre, edad, escolaridad, estado civil, ocupación, domicilio e ingreso familiar; del bebé, nombre, fecha de nacimiento, institución médica que le brindó atención, peso y pediatra.

La ficha se aplicó en algunos casos dentro del mismo hospital, en otros en las viviendas durante la primera o segunda visita domiciliaria.

Para la obtención de los datos sobre la manera en que la madre responde a las señales de necesidad de su bebé se realizaron observaciones directas antes de los 3 meses de edad del infante, durante las primeras visitas domiciliarias se estableció la base de confianza y permitió que en la primera toma de video la madre realizara sus actividades de crianza con confianza frente a nuestra observación.

Las observaciones videograbadas a los 3 y 6 meses de edad de los bebés consistieron en el registro de los cuidados brindados por la madre dentro de las situaciones cotidianas como la alimentación, baño, juego, cambio de ropa y pañal y proceso de arrullo.

Se visitó la casa de cada diada a la hora convenida con la madre y se procedió a videograbar, en algunos casos sólo se logró grabar dos situaciones para

cuando el bebé ya había conciliado el sueño, por lo que se esperó a que despertara para continuar con la toma. En otros casos, se optó por retirarse y volver otro día para concluir la grabación.

En el transcurso de estas visitas domiciliarias se elaboró el registro del diario de campo en el cual su pretensión fue dar cuenta de las actividades y sus características como el bebé expresó sus necesidades de atención y cómo la madre respondió a las necesidades de su hijo. Este registro consistió en observar y detallar lo que la madre expresó en sus comentarios, cómo la madre actuó durante las actividades videograbadas o bien sobre ideas emitidas por ella al inicio y final de cada visita; con el objeto de analizar posteriormente las conductas de madre e hijo.

Entrenamiento y Procedimiento

Metodológico

Cabe mencionar que en contraste con nuestra expectativa en relación a nuestra posición como investigador frente a los participantes, descubrimos que nuestro acercamiento a ellas, a la interacción e intimidad de las madres con sus hijos, su contexto familiar, todo ello contribuyó a que gradualmente nos fuéramos involucrando emocionalmente. Experimentamos desde el hecho mismo de salvar el número de las participantes para realizar el estudio, lo que nos causó angustia; el escuchar las palabras de la madre y registrarlas también generó sentimientos de

inquietud y mayor aún fue durante el piloteo de las observaciones con la cámara de video al saber si la madre se sentía incómoda, debido a la toma y la impresión que causa el sentirse observada; inseguridad por no saber si se había utilizado el equipo adecuadamente. No obstante, realizamos un registro sistemático del diario de campo en el que se captó lo que en realidad estábamos sintiendo en esos momentos.

Algunos de los alumnos del Seminario Permanente de Investigación experimentamos sensaciones de miedo y desconfianza, mismos que expresamos en el seminario, en donde tuvimos la oportunidad de reconocer y aceptar como parte de la experiencia de trabajo con las madres participantes en la investigación; que sirvió para mostrarnos ante ellas con mayor seguridad para platicar y obtener la información sin hacer juicios de valor que pudieran subestimar los cuidados de la crianza por parte de la madre.

Con la firme idea de no perder el número de madres participantes y para tratar de mantener el interés en ellas, se les otorgó una constancia felicitando a la madre por habernos permitido el acceso a su casa y a su bebé, con la intención de reconocerle su valiosa colaboración para el logro del objetivo propuesto que fue el de observar el proceso de desarrollo y crecimiento del bebé aunado a la interacción entre la madre y su hijo (véase el anexo 2).

De manera similar, se elaboró un calendario y se proporcionó a cada diada* fue muy bien recibido por las madres y se usó para registrar la calendarización de las visitas domiciliarias (véase el anexo 3)

* El calendario tenía la imagen una madre acunando a su bebé en el regazo, fue obsequiado por un alumno de la Unidad UPN 08C que cursaba la licenciatura en Educación plan '94^a a quien se le agradeció su aportación.

VIII. INTERACCIONES DE NECESIDADES Y SATISFACCIONES EN LA DIADA MADRE - HIJO

El propósito de este apartado es presentar la evidencia empírica de las características de la responsividad de la madre para entender y dar respuesta a las señales que emite el bebé para expresarle sus necesidades y demandarle atención.

El interés aparte de describir lo que se observó, consiste en interpretar lo observado con apoyos y sustentos teóricos de los hallazgos de investigaciones en otros estudios realizados, además de la vivencia personal de contacto directo con las madres.

Para el análisis de los datos^{*} se contó con las observaciones videograbadas de la interacción madre - infante a los 3 y 6 meses. La observación se realizó en la casa mientras la madre desarrollaba las tareas rutinarias del cuidado de crianza tales como: bañar, desvestir y vestir al infante; amamantarlo y/o alimentarlo, arrullarlo y jugar con él/ella. Sin tener categorías preconcebidas, todos los videos fueron observados para encontrar semejanzas y diferencias de las respuestas de la madre en atención a las necesidades de su hijo.

De este primer análisis se identificaron distintas formas de reaccionar de la madre: solidaria/empática, distante/simuladora, ignorante/excluyente cada vez que el infante emitía una señal de necesidad. Esos comportamientos consistentes se clasificaron en respuestas solidarias y cooperativas, respuestas disfrazadas y condicionadas, respuestas evasivas y aniquiladoras; a partir de ello se concibieron como categorías analíticas relacionadas con la sensibilidad o la insensibilidad materna

* El análisis de los datos fue realizado de manera individual por la investigadora.

y que se denominaron: responsividad solidaria con tendencia cooperativa, responsividad encubridora con tendencia absorbente y responsividad unilateral con tendencia excluyente.

Además se debe aclarar que no se niega que la participación como investigador fue neutra (Devereux, 1989) durante la observación, tampoco se afirma que dicha observación haya sido participativa ya que no se interactuó ni se interfirió directamente con la madre y su infante mientras ella realizaba sus tareas cotidianas de crianza.

Las actividades infantiles presentadas a los 3 meses de edad detallan y sitúan concretamente lo que el bebé manifiesta en sus actos, explícitamente lo que él dice con su conducta.

Se confrontan datos sociales y culturales de las diadas al mostrar el análisis comparativo de la responsividad materna y el contexto socioeconómico en el que se desenvuelve la familia participante. Después se describe cómo la madre responde identificando la demanda de su hijo con lo que ella piensa que el bebé necesita a partir de su referencia propia y personal, de ese modo actúa haciendo lo que ella cree que le puede resultar. El análisis se sitúa en la argumentación biológica y psicológica.

La presentación de los datos de los bebés a los 6 meses de edad, reportan de forma congruente y coherente una estructura similar a la existente durante los 3 meses de edad del niño. Las reflexiones desarrolladas integran elementos teóricos socioculturales.

Señales y actividades demandantes de atención a los 3 meses de edad del bebé

Las conductas del bebé tales como: movimiento corporal, vocalizaciones, comunicaciones y el llanto, son las expresiones con las cuales él manifiesta lo que necesita y no necesita, lo que le funciona y no le funciona.

Las actividades del bebé que fueron detectadas tanto en la observación directa como en la videograbación se presentan en cada una de las situaciones referidas. Ellas son:

1. Manifestación de las necesidades infantiles en:

El llanto

La relación de interacción madre e hijo en un inicio no se encuentra estructurada debido a la falta de intercambios, conocimiento y reconocimiento de ambos. El recién nacido dadas sus características de comunicación específicas, demanda la satisfacción de sus necesidades mediante el llanto, el cual en un primer momento se presenta como reflejo ante los estímulos internos de hambre, sed y dolor, así como a las perturbaciones exteriores de calor, frío e insatisfacción por ropa sucia o debido a una posición incómoda; es una respuesta involuntaria pues

sólo expresa la necesidad fisiológica de manera abrupta sin más finalidad que demandar atención para disipar su displacer.

Gracias al avance en la relación de la convivencia entre la madre y el hijo, la actividad del llanto por parte del bebé indica elementos centrados en conseguir una respuesta a sus reclamos, él, ya sabe que si llora, rápido viene su madre a ver qué le sucede. Brazelton et al (1991) comentan: "que el llanto de un pequeño no cesa en tanto no se resuelva la situación displacentera, y el adulto no cesa en su actividad hasta conseguir tranquilizar al bebé" (p. 76).

Un caso es el de : " la mamá, a quien visitamos en su vivienda a escasos 2 días de nacido su bebé, durante la presentación y discusión de su participación en la investigación; el infante se quejó emitiendo un chillido que alertó a su madre a movilizarse y acercarse al lecho de su hijo, lo observó y casi inmediatamente, sin pensarlo un instante, lo cargó en sus brazos pegándolo a su cuerpo tranquilamente. La acción del llanto en el niño produjo en la madre la reacción de levantarlo rápido, lo que desencadenó la nueva actividad de reposo y calma en su bebé".

Con lo anterior, se habla del diálogo construido entre los miembros de la diada al que Sptiz (1965) hace referencia. En el diálogo cobra sentido la correspondencia entre la madre y el bebé, dicha vinculación de las actividades que el niño ejecuta tiene su contraparte en la acción que la madre responde generando una nueva situación de interacción.

El llanto del bebé con mayor frecuencia manifiesta la inconformidad al ser bañado y tener contacto con el agua al mismo tiempo que se le enjabona, aproximadamente una tercera parte de los infantes expresan molestia y enojo completo.

En ocasiones el llanto del bebé expuesto es con bastante coraje y por un espacio mayor a los 8 minutos, además, advierte fuerza y enfado ante la pregunta de la madre.

Un ejemplo explícito es: *“cuando la mamá cuestiona: ¿ “Por qué llora mi bebé” ?, originando en su hija una insistencia de mayor energía en su llorar.*

Con referencia a esto, Bowlby (1969) reporta:

“el llanto provocado por el dolor, según los descubrimientos de Wolff, se cuenta entre los estímulos más poderosos que hacen que la madre corra al lado del hijo. Entre los estímulos externos que provocan un llanto rítmico se incluyen ruidos súbitos y repentinos cambios de iluminación o de posición, así como el acto de desnudar al bebé, Wolff (*idem*) informa que, sobre todo durante la segunda, tercera y cuarta semana de vida, muchos pequeños rompen a llorar en cuanto se les despoja de sus ropas, y se calman apenas se les vuelve a vestir o se los cubre con una pesada frazada” (p. 319).

De manera similar, el bebé llora cuando es depositado sobre la cama o en el portabebé y él anhela continuar cargado en los brazos de su madre, esto muestra la demanda de acercamiento materno, y búsqueda del contacto. Para conservar el calor materno que su madre le proporciona.

En la quinta parte de los bebés participantes, se observó que lloran cuando le falta su ropa o era desvestido para bañarlo por la sensación de sentirse desprotegido. Como si le faltara el calor, la comodidad y la tranquilidad que poseía cuando todavía se encontraba dentro del vientre de su madre, y que no necesitaba absolutamente nada para estar satisfecho pero que con su nacimiento todo se modificó.

Pérez Sánchez (1981) en su estudio de “La observación de bebés”, aborda las ansiedades de la madre y reporta que ella:

“Durante el embarazo se sintió mal y debió sufrir como consecuencia diversas ansiedades que explican su necesidad de ser reconfortada, o el hecho de que ante futuros problemas pudiera contar con alguien que la acompañase nos parece aquí que estaba en conexión con su inseguridad y su necesidad de contar con un bebé feliz que le pudiera reasegurar” (p. 19).

Dichas sensaciones como condicionantes en la madre difícilmente le permitirán estar en posibilidades de ofrecer a su hijo un soporte y una base para la satisfacción de su displacer.

Si la madre no posee la capacidad de contención y destreza suficiente, tenderá a ignorar las señales y reclamos que su hijo le haga, cosa que sucede con este tipo de preguntas y con la forma de expresarlas la madre a su bebé.

Empero, no se encontraron evidencias con respecto a la expresión del llanto en la décima parte de la población infantil participante, puesto que éste fue más un puchero o un quejido que llanto en sí, por lo tanto no se distinguió que clase de necesidad demandaba el niño.

Asimismo, no se observó en algunos infantes que lloraran durante las observaciones directas y en la misma observación videograbada.

Por otra parte, en algunos niños se detectó que lograron consolar su llanto por sí mismos ante una nula participación de su madre, llanto que se degeneró en un lamento y quejido persistente. Ainsworth, et al (1978) reconocen una diferencia clara entre el “llanto dirigido” y el llanto que manifiesta angustia; ella expresa:

“Un llanto dirigido es una señal como el llanto - ya sea un llanto aislado o un incremento de la intensidad de éste, dirigido obviamente a la adulta para que lo cargue. Explicamos esto para distinguirlo de los llantos continuos o intermitentes que expresan angustia, pero que no parecen ser emitidos como un intento para comunicar al adulto un deseo específico de ser cargado y ser cargado ahora” (p. 349).

Ante el hecho de no encontrar respuesta de la madre y aunque su llanto ya sea considerado dirigido, se observó en el bebé un quejido constante, expuesto una y otra vez en demanda del pecho y arrullo materno, dado su displacer de querer dormirse y no poder conseguirlo.

Se observó en algunos casos, específicamente en 2 de ellos, un llanto de molestia, el ejemplo es: *"el bebé ya no quería el pecho materno y lloró intensamente,... su mamá no se percató de ello sino hasta después de unos momentos y decidió retirárselo"*. Lo que muestra la no coordinación en la comunicación madre – hijo cuando ya se cubrió la demanda de alimento al pecho y se continúa ofreciéndolo por parte de ella.

También en otros dos casos, el bebé lloró porque durante el amamantamiento se salía de su boca el pezón, también por querer ser cambiado de posición tanto en la cama como en los brazos de su madre y desear ser mecido y bailado por ella. Nos percatamos de esto porque los dos bebés se consolaron cuando sus mamás sostuvieron el pecho para que ellos mamaran. Además la madre modificó la manera de cargar a su hijo de una posición de sentada para ponerse de pie y mecerlo.

En el contacto físico

Se identificó que el infante prescribe su interés de permanecer en cercanía de su principal cuidadora debido a la ausencia de indiferenciación de ella como otra persona independiente de él, lo que se presenta similarmente en la madre denominado "lazo simbiótico" por Brazelton et al, (1991).

El autor establece: “la importantísima capacidad de desarrollo y evolución en el ser humano para investir perceptual y afectivamente a la madre dentro de una unidad dual, factor primordial a partir del cual se forman las relaciones humanas siguientes” (p. 13).

Esa capacidad del niño para asignar a su madre como una sección de sí mismo, constituye en gran parte la necesidad y el reclamo de la presencia y cercanía física con ella.

Para el niño estar en contacto físico con su principal cuidadora, representa mantener comunicación con ella a través de la piel, el olor, la respiración y los latidos del corazón. Comunicación que le disipa la zozobra cuando le es desprendida la ropa de su cuerpo o bien al momento de ser introducido al agua, él se aferra de su madre con manos y piernas doblándose hacia ella, también le toma con varios de sus dedos la mano, el brazo o alguna otra extremidad que se encuentre próxima. De esta manera él expresa su incomodidad o inconformidad durante el baño y hasta en el deseo de dormir, que es cuando el cuerpo del infante requiere estar más pegado al de ella, hasta que suelta sus extremidades y descansa profundamente.

En un principio esta acción es un reflejo denominado por Papalia y Olds (1982) como “el reflejo darwiniano. Cuando se le toca la palma de la mano, cierra el puño tan fuertemente que el bebé podría levantarse hasta quedar de pie” (p. 182), este reflejo desaparece aproximadamente entre los 2 y 3 meses de edad en el niño, por lo descrito, durante las observaciones, se identifica un grado de búsqueda y mantenimiento del contacto del bebé hacia su cuidadora, que aporta evidencias sobre la necesidad de contacto físico.

Sptiz (1965) expresa que: “la existencia de la madre, su sola presencia, actúa como un estímulo para las respuestas del infante; su acción más pequeña – aún cuando sea ésta insignificante –, hasta cuando no está relacionada con el pequeño, actúa como estímulo” (p. 99). La madre es el estímulo principal para el niño, genera que él mueva brazos, piernas, se retuerza y con ello acerque a su cuidadora motivándola a la vez para que lo cargue, bese y festeje. El infante por ningún motivo quiere sentirse separado de su principal cuidadora.

Se identificó que las interacciones de contacto físico en la diada fueron promovidas por el niño como respuesta a la presencia de su madre, ellas se registraron en espacios de duración diferentes desde escasos momentos hasta una prolongación de 5 a 6 minutos.

Durante el alimento

La primera manera en la que el bebé señala la necesidad de alimentarse es por medio del llanto, éste, en un inicio es un quejido para posteriormente tornarse en pronunciamientos graves y exigentes.

La forma de succionar el pezón destacó si el infante poseía hambre o si sólo requería sentir el pezón dentro de su boca como recurso para conciliar el sueño, si su necesidad fue de hambre él chupó del pecho algunas veces con los ojos abiertos mirando los movimientos de su madre, otras cerrando los propios, haciendo pausas al mamar sin soltar el pezón. El infante a la vez de tener agarrado el pezón en su boca pudo cerrar sus manos y sus ojos en forma de reflejo, así como abrió su boca para introducir que mamar, así abrió sus manos y sus ojos.

Pérez Sánchez (1981) argumenta que en el bebé:

“el primer objetivo consiste en tener el pecho en la boca, o más concretamente, el pezón, que le contiene integrado y tranquilo. Al dirigir su cabeza hacia el lado estimulante, no lo hace por hambre, sino que busca el pezón (dedo) que le permita mantenerse unido y cohesionado todo él, por eso él no suelta el pezón aunque pare de mamar o duerma” (p.21)

En un caso en específico se observa que entre el niño y su madre ya existe un código de mensajes en que ella entiende que su hijo le dice quiero que me cargues y me des de mamar.

El ejemplo que ilustra lo anterior fue expresado por la madre así: *“cuando mi bebé está balbuceando ba-ba-da es que quiere que yo lo cargue y le dé de mamar, siempre me habla así, llega a veces hasta dejar de mamar si no lo cargo en el momento en que él quiere, cuando le busco con el dedo para ver si tiene hambre, él se enoja mucho más, también sucede lo mismo cuando le hablo preguntándole ¿por qué llora mi bebé?”*.

Lo referido en este párrafo muestra las actividades que el bebé sostiene ante el hambre, él exige su pronta satisfacción, su llanto, su quejido y su movimiento corporal es con coraje y reniego hasta ser saciada su necesidad.

En el arrullo y descanso

Se observó e identificó que en el bebé aparece un cansancio y una fatiga que en ocasiones se muestra con un llanto desgarrador así como quejidos persistentes.

Un ejemplo ilustrativo es:

El bebé llora con volumen bajo como quejándose durante su llanto. Él expresa sus quejidos haciendo... “¡mjmjmj, aaa,

mjmjmj, aaa;”; su cara manifiesta gestos de molestia, se talla los ojos con sus manos en lo que vuelve a llorar y a quejarse.

Pérez Sánchez (1981) reporta el ejemplo de una madre con su bebé en el que ambos han sido observados en su vivienda; su comentario es:

“Carlos un mes y dieciséis días (siete semanas). Duerme. Según la madre, está bien. No le dará el biberón porque salió a la calle y cambió el ritmo; el padre que entra en la habitación para saludarme, me comunica lo mismo. La madre continúa explicando que el bebé duerme casi todo el día, de tal manera que podría irse y dejarlo solo, pero no se atreve, y sólo lo hace para ir a la compra en el comercio de abajo o para buscar a los niños al colegio. Le da lástima porque no protesta casi nada durante todo el día” (p. 46).

La expresión de la madre nos permite precisar que ella puede hacer otras cosas mientras su bebé duerme tranquilamente. Morris (1973) expresa que el recién nacido se pasa las horas durmiendo. Nosotros podemos aducir que sí, esto sólo sucede, cuando su estancia es tranquila y acogedora; pero, su sueño es inquieto si por el contrario no está cómodo ni reconfortado por su madre.

2. Expresiones usuales del bebé en las señales de

Llanto

Las expresiones de llanto identificadas en las actividades del bebé son las siguientes:

a). En el baño, su llanto fue persistente y agudo con una misma tonalidad y sin decaer, sólo en determinados momentos se presentaron pequeños lapsos,

usados por el bebé para tomar aliento y continuar con la misma intensidad. Su expresión fue excesiva, desde el desvestirlo, el ser metido dentro del agua, hasta que él se encontró de nuevo completamente vestido. Se percibe el miedo del bebé cuando es colocado y sumergido en el agua, por eso tensiona su cuerpo haciendo sus manos que tiemblan hacia atrás completamente.

En algunos casos, la acción de llorar por el infante fue más bien emitiendo quejidos en lugar de movimientos con fuerza y con coraje, parecía que él quería soltar el llanto, pero no lo hizo y sólo reveló expresiones faciales que quizás proporcionen énfasis y dirección a la relación de interacción en la diada, lo anterior puede significar que las expresiones faciales son colaboradoras y facilitadoras en la comunicación preverbal entre el niño y su madre, por ser el medio de comunicación corporal primitivo con que contamos los humanos. Además permiten conocer si se encuentran contentos, tristes o molestos.

Spitz (1965) alude que: “la comunicación entre la madre y el infante está basada en la percepción extrasensorial” (p. 103). La que puede desarrollarse en el interjuego de caras y gestos en la diada, algunas veces los comienza el bebé otras veces la madre.

Ejemplo: “el caso de la madre donde ella reporta creer que su hijo está muy chiple porque hace muchos pucheros como que quiere llorar y ella le saca su lengua enseñándosela y dice: ‘ así platicamos él y yo, ya se lo aprendió ’.

Montagu (1971) expresa: “de acuerdo con Winnicott, el contacto físico es, de hecho, la única prueba de cariño que una madre puede facilitar a su hijo” (p. 226).

Un ejemplo de esto, es el caso de: “Una mamá quien durante el baño de su bebé en el lavamanos, le dice: agárrate fuertemente de mi dedo, recárgate en mi brazo y verás que te vas sentir segura de no caerte”. La niña se relajó y comenzó a

estirar sus piernas y brazos libremente. Con esta sencilla acción se presentó la comunicación espontánea entre ambas.

En el 80% de los bebés participantes, observaron reacciones de encogerse, y doblar su cuerpo ante la actividad de la madre al cargarlo en sus brazos, él se abraza a ella completamente con piernas y brazos pegándose totalmente a ella mostrándole su efusividad.

b). En la acción de dormir, el bebé expresó su llanto con mayor cansancio, su sonido fue más grave y ronco, además ostentó sollozos que en algunos casos podían confundirse con lamentos quejumbrosos que se mezclaban con movimientos sutiles en ocasiones, y otros con actividades más enérgicas, el bebé aclamaba la atención de ser tomado en los brazos de su madre.

Los quejidos dolientes se fueron mitigando a medida que se coordinaron pautas de conducta en el niño como: la serenidad en su ritmo cardiaco, la tranquilidad en el ritmo respiratorio, el apaciguamiento, soltura y pesadez de su musculatura y la dulcificación de sus facciones logrando dormir profundamente.

Montagu (1971) reporta que Anna Freud: "ha observado una correlación entre el sueño y los movimientos corporales pasivos, es decir, el balanceo" (p. 127).

Para ejemplificar lo anterior mostramos el caso de: "la mamá que después de bañar a su hijo, le untó crema y le dio masaje al cuerpo del bebé, en eso el niño empezó a quejarse gradualmente y ella suspendió el vestido del infante para cargarlo, él estaba tenso de sus brazos, ella le ofreció su pecho y se prendió de éste, empero el niño continuó quejándose, entonces fue cuando ella expresó 'hay ya se lo que quieres' y comenzó a mecerlo sin retirarle el pezón, con lo que logró permitir y armonizar la siesta del niño".

c). Durante el cambio de ropa y pañal sucios, el llanto del infante se suscitó con desconsuelo, en sus gemidos, se percibía angustia como manifestando una pérdida, tal vez ante la ausencia de la tibieza de su cuerpo y la comodidad emparejada con ello, de igual modo, los movimientos de brazos y piernas evidenciaron sus sensaciones de miedo y abandono al ser despojado de su propio y placentero calor, todas las expresiones referidas se desarrollaron sin ímpetu e ira por parte del niño.

Aproximadamente en la décima parte de los participantes fue evidente su tristeza y su aflicción. En estos casos, por parte de la madre hubo carencia de caricias y pláticas con el bebé, además de insuficiencia de juegos y mimos como moverle manos y piernas al infante, hasta el mismo hecho de no existir el mirarlo a la cara durante su cambio de ropa.

El ejemplo ilustrativo es el siguiente: *“la bebé lloraba de manera inconsolable, se encontraba indispuesta ante la parsimonia de su progenitora para atenderla, en la madre no había rastros de tranquilidad y consuelo hacia su bebé pues no comprendió cuál fue la necesidad originada en ella, ni pudo leer su congoja, por lo que no la acarició ni reconfortó”.*

d). En cuanto al desprenderse y bajar la madre a su bebé se identificó en el niño, que él lloró ante la inconformidad por ser depositado sobre la cama por lo que emitió su llanto con ruegos, chillidos, suspiros y pequeños quejidos 3 de los bebés manifestaron su llanto con osadía y atrevimiento, uno más con debilidad y agotamiento.

De los que lloraron con atrevimiento y energía en un caso que sirve de ejemplo se detectó lo siguiente: *“la bebé al ser depositada sobre su cuna, cerró los puños de sus manos fuertemente al tiempo en que levantaba completamente sus piernas, y se retorcia, ella estaba enojada, la madre la levantó en sus brazos, trató de pegarla a su cuerpo pero la niña se*

resistió, entonces la mamá empezó a brincar hacia arriba y abajo a su hija, una y otra vez en la búsqueda de una manera de consolarla empero su actividad, no lo consiguió”.

El bebé que manifestó debilidad y agotamiento al ser desprendido de los brazos de su madre tuvo un comportamiento que se expresa en el siguiente caso:

“el bebé realizó movimientos corporales que consistieron en estirar y doblar las piernas y manos cuando la mamá se alejó y en el momento en que ella regresó, y festejó ser besado y apapachado en los brazos de su madre cuando ella lo cargó”.

Aún con la actividad de desprendimiento de la madre hacia su hijo se registró que en la mayoría de los casos, aproximadamente en un 90% de ellos, el bebé expresa sonrisas a su madre.

e). Por otra parte, hubo ocasiones en las que niño lloró sin obtener respuesta de su madre, ante lo cual él se consoló por sí mismo manifestando veladamente su impotencia, ante su búsqueda de contacto materno y el mantenimiento del mismo, que se ejemplifica:

“en un caso, se reportó la acción del niño de voltear su cara en sentido contrario al de la madre, el bebé dio muestras de encontrarse desvalido y desamparado por la falta de atención materna”.

Este tipo de llanto puede entenderse como plañidos que no tuvieron eco y resonancia en la conducta de la principal cuidadora del bebé.

Necesidad de contacto físico

Durante los momentos de vigilia del niño, se pudo detectar que la interacción no sólo existe a través del llanto como recurso para llamar la atención

de la madre, el infante utiliza otros canales de comunicación preverbal surgidos de su posibilidad de movimientos corporales y de intercambios en la relación.

En las conductas que el bebé expresó fue evidente su reclamo de la presencia y cercanía física de la principal cuidadora. Él activa su cuerpo con movimientos rítmicos y constantes que promueven el acercamiento de la madre, estos pronunciamientos son señales que indican el querer ser cargado, el niño se implusa con sus 2 pies juntos, levantando su cintura y espalda tratando de rodar, demandando ser tomado en brazos.

Asimismo él ejecutó acciones como toser cada vez que la madre escapó de su contacto visual, el infante mostró con su sonrisa y el movimiento de estirar sus manos la solicitud de jugar comprendiendo a su juego como el hecho de aproximar su cuerpo al de su madre. Ejemplo de lo indicado es:

“en el momento en que la madre cambia el pañal a su hijo, él emite sonidos de risa que atraen el juego de ella al besarle el estomago, los pies, y la cara, lo que indica y predice el diálogo sensual de la comunicación a través de la piel, reportado por Montagu (1971).

Montagu hace referencia a lo que Ortega afirma:

“Ortega llega incluso a afirmar que el tacto difiere de los demás sentidos en que implica la presencia, inmediata e inseparable, del cuerpo que tocamos y del cuerpo (el nuestro propio) con el que tocamos. Contrariamente a la visión o a la audición, el tacto hace que sintamos los objetos externos dentro de nosotros mismos, dentro de nuestro cuerpo, mientras que el gusto y el olfato no nos brindan sino experiencias circunscritas a la superficie de la cavidad nasal y del paladar” (p. 85).

De igual manera cuando el bebé es desprendido de sus ropas busca con mayor ahínco asirse al cuerpo de su principal cuidadora ya sea de sus manos y brazos y si no de su ropa, para sentir a su madre como él mismo.

Con referencia a lo que el autor retoma de la sensibilidad y la correspondencia entre la piel de la madre y del infante, se reportan las caricias que el niño hace a ella cuando con su mano toma completamente el dedo índice de ella y se prende de él para avisarle su deseo de permanecer aferrado a su cuerpo, a su calor y olor tan característicos, que le sugiere y lo transporta a la tranquilidad anhelada.

Del mismo modo cuando el niño comienza a balbucear, a quejarse y hasta llorar porque es puesto sobre el portabebé o en la cama, motiva a la madre a aproximarse a él, en la mayoría de los casos se observó que el infante detesta ser bajado de los brazos de su madre reclamando su contiguidad a ella.

Por otra parte se identificó la producción de sonidos similares a gritos para llamar la atención de su cuidadora, estos suceden cuando el movimiento corporal del bebé no es persistente. Se detecta que él es un hábil iniciador de las interacciones de contacto físico pues pone en práctica sus comportamientos tratando de desencadenar la comunicación preverbal con su cuidadora principal.

Existen ocasiones en las que el infante exhibe un llanto excesivo aunado a un movimiento corporal sin compás ni ritmo, con disensión en su actividad, por eso se presentan con demasiada fuerza y energía pataleos y manotazos buscando ser cargado o depositado en el regazo de su madre.

Necesidad de alimento

El bebé manifiesta querer proseguir succionando del pezón ya que su cuerpo se encuentra completamente pegado al de su madre, su posición se observa

indistintamente al ser depositado en los brazos de ella como cuando es acostado a su lado.

En el infante se identificó el deseo de permanecer succionando el pezón materno desde escasos momentos hasta los 12 ó 15 minutos continuos entre una y otra mamada, el niño, se retira, mueve sus piernas, las dobla, las estira, busca tomar a su madre por la ropa, o bien agarrarle la cara y acariciarla suavemente además de coger con su mano uno o varios de los dedos de ella.

Por lo general, es a la edad de los 3 meses cuando el bebé observa a su madre extasiado ante la cara de ella y las sonrisas que le ofrece, él, en respuesta a estos estímulos realiza pausas en la succión que se encadenan con mínimos movimientos de piernas, manos y cabeza para continuar con la más grata de sus actividades.

Brazelton et al (1991) reportan en su estudio que:

“Se pudo llevar un control de las veces que hizo algún movimiento o no, al comenzar la pausa del bebé le preguntamos a la madre ¿por qué se rió, o por qué tocó la mejilla del bebé?, y ella contestó: quiero que continúe succionando, quiero que coma, lo que pasaba es que cuando ella sí hacía algún movimiento entonces el bebé prolongaba la pausa. Cuando ella no hacía nada, el bebé simplemente volvía a succionar por sí mismo” (p. 60).

Una manifestación clara y precisa de que el bebé ha succionado del pecho de su madre la cantidad de leche contenida en éste, es cuando él, jala y jala el pezón, mueve la cabeza hacia un lado y otro reclamando más alimento, dichos movimientos son un recurso alternativo observado de manera consistente en 7 de los niños que fueron alimentados exclusivamente al pecho materno.

En los bebés restantes alimentados al pecho, la mayoría de las veces que fueron amamantados conciliaron el sueño después de 3 ó 4 minutos de succionar el pezón, otros necesitaron algunas veces de mayor tiempo, entre los 8 ó 10 minutos, pero todos lograron dormirse profundamente.

Por su parte los bebés que fueron alimentados por biberón manifestaron encontrarse distantes en el contacto físico y corporal con su madre.

Brazelton et al (1991) comenta:

“Cuando un bebé está succionando lleva un ritmo de succión, y pausa, las enfermeras al alimentar a un bebé con la botella harán algún movimiento o agitarán ligeramente la botella cuando ven que el bebé hace una pausa, y entonces el bebé continúa succionando” (p. 60).

Esta distancia establecida entre el bebé y su madre se debe concretamente a las pausas del niño ya sea porque sale demasiado líquido del agujero en la mamila o porque se cansa de succionar y la leche no sale consistentemente como cuando es amamantado al pecho.

Necesidad de dormir y descansar

Cuando el infante se encontraba fatigado de la vigilia, de toda la actividad realizada al mamar y jugar, se observó que él se relajaba al dejar fija su mirada sobre alguna luz fuerte y persistente como si aquella lo envolviera con una capa suave y lo relajara para dormir.

Pérez Sánchez (1981) argumenta:

“En cuanto a la teoría que los padres han referido, en más de una ocasión, de que la luz molesta al bebé, hoy, cuando se encuentra desprotegido, dirige sus ojos sin desagrado al foco intenso sobre el techo que llama y agarra su atención como medida de disminuir su ansiedad y temor” (p. 48).

Esta actividad es peculiar en los infantes recién nacidos o de algunos 2 ó 3 meses de edad. Además, ellos tienden a acurrucarse en el regazo de la madre mostrándole a ella su deseo de dormir en sus brazos.

Las manifestaciones evidenciadas por los bebés fueron claras y contundentes, ellos, se quejaron levemente por espacio de 5 a 7 minutos, sus quejidos no fueron con coraje en la generalidad de ellos, mejor dicho, mostraban tristeza y desolación. Se tallaban la cara con sus manos frotándose los ojos una y otra vez.

Análisis de datos:

Respuestas de la madre en atención de las señales de necesidad de su bebé

La generalidad de las respuestas que la madre emitió a las señales de necesidad de su bebé, se indican a continuación:

Las madres responden al llanto expresado por su hijo para ser cargado en brazos de la siguiente manera: Una quinta parte de ellas regularmente, a pesar de escuchar o de darse cuenta que el bebé lloraba no entendieron el por qué de su lamento, por lo que fallaron en acertar en la satisfacción requerida por su infante.

En la décima parte de las madres fue evidente su acto de ignorar los quejidos y lamentos del bebé, ellas, fueron negligentes ante la demanda de contacto físico en sus brazos.

Las madres restantes se acercaron rápidamente cuando su bebé lloraba, algunas fueron solícitas y lo cargaron inmediatamente, otras le preguntaban qué era lo que le sucedía y lo acariciaban; las demás se arrimaban y pegaban completamente a él para después levantarlo en brazos.

Ante el llanto de coraje e ímpetu mientras que la madre desvestía, bañaba y volvía a vestir al bebé, se observó lo siguiente:

La décima parte de las madres, en sus expresiones no manifestó una autenticidad en sus respuestas que dieran cuenta de su preocupación de que el bebé estuviera cómodo en el agua, de que no llorara y no renegara; la madre requirió de la ayuda de su suegra o cuñada para bañarlo, por lo tanto, no tuvo contacto piel con piel con su bebé.

En la quinta parte de los casos, la madre realizó la actividad con una premura en el tiempo donde no se dirigió atención al llanto, más que en decir: *¡ ya vamos a terminar, espérate!* pero no lo acarició ni le brindó consuelo. En los casos restantes, la madre fue explícita al llanto furioso y a los quejidos iracundos, ella lo tocó para que soltara su cuerpo, lo abrazó y lo besó reconfortándolo de manera tranquila y apacible.

Ante la necesidad del sueño cuando el bebé lo manifiesta con quejidos, llantos cansados y roncós, casi la totalidad de las respuestas de la madre fueron: cargar, acunar y mecer al niño pero se diferencian en las expresiones faciales al cargarlo, algunas madres le sonríen a su bebé y le susurran con sus labios, sus facciones muestran dulzura, unas hacen pucheros como los de su infante en reconocimiento a la inquietud en él, otras se quedan mudas e inexpresivas sin comentarios, su cara demuestra disimulo al llanto de su hijo. Más de las tres

cuartas partes de las madres lo cargan hacia sí, de frente a ellas y la parte restante de espalda a ellas.

A partir de estas conductas de respuesta en la principal cuidadora hacia las necesidades de su bebé se registraron las tendencias maternas y la responsividad organizada al interactuar la madre con su hijo.

Las tendencias de las respuestas de la madre a las señales de reclamos de su hijo explican y puntualizan la asiduidad y correspondencia entre una y otra. En el interjuego de ellas que se lleva a cabo en las diversas rutinas que demanda el cuidado infantil, se conforma y estructura la responsividad de la madre.

La madre responde a las señales de necesidad de contacto físico de la siguiente forma: una quinta parte de las participantes mantienen a su bebé cerca de ellas por mayor tiempo que el necesario para que su hijo se alimente del pecho. Juegan con él en todas las interacciones que realizan después del amamantamiento, son madres que ríen más con ellos, los besan y miman ante cualquier acción.

Una décima parte de las madres participantes tienden a platicarle a su hijo cuando están de frente a él, durante los cambios de ropa, en el baño y hasta en el arrullo. Su plática con el bebé, es un contacto físico diferido que sustituye en parte las caricias y los besos.

Aproximadamente la tercera parte de las participantes se mantienen más alejadas de su bebé en las interacciones de sueño y arrullo, ellas, se despegan de su hijo ocupándose en otros menesteres. Es más, a lo lejos hablan con su infante diciéndole:

“¡acá estoy, ahorita voy contigo eh!...” y pasa varias veces por donde el hijo está pero no le profieren alguna caricia. Él sólo atina a verla ir y venir sin acercársele.

En las respuestas de la madre a la demanda de amamantamiento en su bebé, se identifica la siguiente jerarquización: hubo madres que inmediatamente que el bebé se queja y reniega, ellas, distinguen si tiene hambre, ya sea que le brinden el pecho o se encaminen a prepararle el biberón rápidamente. Esto se detectó aproximadamente en las tres cuartas partes de las madres participantes. Las restantes tardaron más tiempo en ocuparse de responder satisfactoriamente a la necesidad de alimento de su hijo, algunas no lo consiguieron y el bebé no fue alimentado hasta después de poder reconfortarlo lo que tardó entre los 8 y 13 minutos.

Pudo observarse en la generalidad de quienes alimentan con biberón al bebé, que la madre prepara éste antes de que su hijo llore por él, las que no realizan esta actividad así tardan más en consolar al niño lo que puede ocasionar que él ya no quiera mamar.

En referencia a la necesidad de conciliar el sueño por parte del niño, se observó el comportamiento maternal siguiente: la quinta parte de las participantes saben diferenciar los quejidos que su hijo les emite en demanda de acercamiento y de calor materno para sentirse protegido y poder dormir serenamente, algunas madres buscan consolar al niño creyendo que es otra la necesidad manifestada y sólo después de varios intentos de conciliarse con el bebé se dan cuenta de que quiere dormirse y en su caso actúan para confortarlo.

Las tres cuartas partes de las madres participantes no tienden a acariciar a su hijo en los momentos del sueño, mejor dicho se quedan inermes, sin movimiento

alguno esperando que el bebé se duerma para inmediatamente retirarse lo que provoca que el niño tarde más en quedarse profundamente dormido.

Las referidas respuestas de las madres tienen una vinculación real con su forma de vida tanto cultural como social; por un lado se encuentran semejanzas ya comentadas. El estado civil un 89% son casadas y el 11% solteras. De las madres casadas el 39% vive en su propia casa y el 50% con su familia, esto indica que las familias tienden a ser extensas; las solteras, se encuentran en similares condiciones.

Interesante resulta ver que en la responsividad solidaria con tendencia cooperativa, en un porcentaje del 47% significativamente alto de madres viven dentro de una familia extensa, el dato revela que las interacciones sociales y culturales establecidas generan en ellas la confianza, certeza y seguridad de que no están solas durante la crianza y cuidados de su hijo. Son madres con un promedio de edad de 21 años; más del 50% de ellas se encuentra en posibilidades de continuar una superación académica profesional, esto, permite inferir su inclinación hacia una productividad mayor; sin embargo, no se descarta que la producción pueda ser en el ramo laboral.

Ellas, están convencidas en apoyar a su familia para el crecimiento individual y colectivo, aproximadamente un 60% de madres trabajaban ó estudiaban, lo que dejaron de hacer para cuidar a su hijo, desean continuar laborando y superándose cuando el bebé se relacione con otros miembros de la familia y ellas estar en condiciones de desprenderse más fácilmente de él.

Un 70% son originarias de Hidalgo del Parral, el 18% de San Francisco del Oro y el 12% de Cd Jiménez, Chih; lo anterior favoreció la integración de

convivencia familiar a partir de las tradiciones establecidas en esos contextos, manifestación concreta de la vida cultural de las comunidades mineras, ganaderas y comerciales que permiten la vinculación entre los habitantes.

Toda esta gama de situaciones contextuales aclaran el punto de las características y la edificación en el tipo de relación de apego desarrollado en los niños del estudio quienes logran satisfacer el llanto, el hambre, sueño y descanso como el regocijo y la alegría gracias a la cercanía de su principal cuidador.

Sobre la responsividad encubierta con tendencia absorbente, se observa: un 57% de madre todas ellas casadas viven en familias extensas, el 43% viven en casas separadas, se advierte un nivel mayor de madres que cuidan solas a su bebé, las interacciones sociales con sus familiares son mínimas; el 85% viven en Hidalgo del Parral y un 15% en Santa Bárbara, Chih. Las edades se encuentran en una media de 19 años, el nivel de estudio es básico y medio terminal; a diferencia de las madres con responsividad solidaria, las de responsividad encubierta no aspiran a la superación académica y/o profesional tampoco en buscar un trabajo remunerado ahora o posteriormente.

La situación sociocultural del contexto, manifiesta una movilidad constante entendida como cierto nivel de inestabilidad, su residencia cambió asiduamente, las tradiciones se modificaron; los padres de familia laboran como peones, subempleados o con trabajo eventual, existe un excesivo uso de la televisión y la radio, distractor presente en cada una de las actividades rutinarias.

En términos de Fromm, no se encuentran vinculadas a una visión productiva, sino a una posición que pretende demostrar su autoridad en tomar decisiones y en su caso es un absoluto sometimiento a lo que el contexto le brinda.

Las madres en sus respuestas se comportaron sin espontaneidad. Pareciera que en el afán de hacer independiente a su hijo de ellas, coartan la inspiración de la convivencia, de igual manera cuando tienen algún acercamiento con sus familiares necesitan demostrar su autoridad en consecuencia su libertad de actuación que les desencadena un desprendimiento haciéndolas parecer que están solas y ausentes en las decisiones de la crianza del infante.

Las reflexiones sobre la responsividad unilateral con tendencia excluyente son atrayentes, muestran que el 50% de las madres viven en familia extensa, en Hidalgo del Parral, el otro 50% en casa propia en Santa Bárbara, Chih, la constante es: su residencia cambia constantemente; las edades median en 22 años.

Las relaciones familiares parecieran tener un grado de imposición, la madre generalmente tiende a aprovechar el apoyo que brinda la familia, se observó una necesidad imperiosa de depositar la crianza y cuidado del bebé en manos sustitutas. El nivel de preparación académica se ubica en el medio terminal sin interés de involucrarse en la superación profesional/laboral argumentando no permitir que alguien más cuide de su bebé.

Las características socioeconómicas revelan diferencias significativas por una parte existen todos y cada uno de los satisfactores electrodomésticos mientras que existen ambientes naturales donde sólo se cuenta con energía eléctrica, sin agua al interior de la vivienda.

Los contrastes mencionados facilitan comprender inconformidad interna independientemente o no del contar con apoyos económicos.

La similitud en estos contrastes se detecta en el desprendimiento de la relación de comunicación afectiva con los miembros restantes del grupo familiar.

Las labores de los jefes de familia varían desde profesionales en la industria hasta mineros dato que refiere grandes diferencias económicas pero que no arroja un significado mayor.

En semejanza con las madres de responsividad encubierta con tendencia absorbente es excesivo el uso de la televisión y la radio como distractores en las relaciones interpersonales observación que retoma el nivel de aislamiento por las madres con responsividad unilateral.

1. Actividades y destrezas maternas que brindan confort, cariño y soporte al bebé para

Mitigar su llanto

Las actividades y capacidades que se identificaron en las respuestas de la madre con tendencias a crear y recrear entre ella y su hijo interacciones cariñosas, manifiestan las muestras de empatía, amor y confianza que ella expresa a su bebé, éstas se encuentran destinadas a conseguir la satisfacción de la necesidad y comodidad requeridas por el infante para su sano desarrollo físico, emocional y social.

En las respuestas que la madre ofrece a su hijo, se registraron observaciones de palabras tiernas, cariñosas, sensibles, emotivas, delicadas y afectuosas cuando respondió al llamado de su bebé a través del llanto.

En el momento que él comenzó a sollozar, las actividades de consuelo se realizaron sin apresuramiento, con serenidad, calma y tranquilidad por parte de la madre lo que permitió conjugar la capacidad de contención que posee para aportarla en la obtención del placer y beneplácito del infante.

Con respecto a esto Karen (1990) cuestiona lo siguiente:

“¿Qué es lo que necesitan los niños como mínimo, para que sientan que el mundo de la gente es un lugar positivo y que ellos mismos son valiosos?, ¿Qué experiencias infantiles los harán capaces de sentirse suficientemente confiados para explorar, para desarrollar relaciones saludables con sus compañeros, para revertir la adversidad?” (p. 2).

Con este sentir, el cuidado materno cariñoso y confiable matizado con niveles de comodidad y bienestar para el hijo es un paliativo ante estas interrogantes.

Un ejemplo que ilustra lo comentado es: *“la bebé se encontraba en brazos de la abuela porque la madre estaba tirando el agua del baño, la niña comenzó a llorar desconsoladamente, la mamá la cargó e inmediatamente le preguntó ‘¿por qué lloras bebé, qué fue lo que te hicieron allá donde andabas’, ante estas dos frases la niña se calló repentinamente”*.

Otro caso demostrativo es el siguiente ejemplo:

“la mamá terminó de bañar a la bebé para cuando ella ya estaba reclamando su biberón, el llanto expresado por la niña apenas era audible; la madre ante este llorar de su hija le dijo en forma de risa como no creyéndole ‘¡hay sí, cómo no!, estás queriendo llorar y ni siquiera sabes cómo hacerlo”.

En ambos casos la madre expresó empatía por su hijo, generada a partir del grado de conocimiento que tiene de él y del sentimiento que la invadió al comprender las señales de demandas que su bebé le comunicaba. Ella vio a su niño como otro sujeto independiente de sí misma, pero, al intuir, percatarse,

averiguar e interpretar lo que le sucedía, actuó en la relación de interacción vivida con él día a día. El bebé no comprende el lenguaje literal que la madre le expresa, sino la acción de dirigir su atención hacia él, lo que disminuye su tensión.

Las respuestas de la madre ante la demanda de cercanía y búsqueda del contacto por el niño consistieron en cargar al bebé indistintamente pegándolo a su cuerpo, siempre de frente a ella, la mamá buscó la manera de poner su cara completamente pegada a la cara de su hijo para poder besarle en las mejillas y acercarle su nariz como oliéndolo, así, llevar todo su aroma hasta lo más profundo de su ser, esto parecía una acción más de compenetrarse con él; a su vez ella le permitió al infante acomodarse en la mejor posición posible que le satisfizo y agradó.

En sus respuestas, la madre ofreció a su bebé diversas alternativas de consuelo, por ejemplo el pecho, el bailar al niño con música que a él le agradaba al oído, además de abrazarlo y acariciarlo por largos minutos, sus caricias están ejemplificadas en el siguiente caso:

“ la madre y el bebé se encuentran sentados en un sillón y ella le pregunta ‘¿ te pongo la música que a ti te gusta para cantar y bailar? ’, se levanta y abraza con ternura y delicadeza a su hijo mientras la música lo relaja, ella comienza acariciándole la cabeza, los brazos, la espalda y las piernas, preparándole para dormir”.

La relación entre ambos es placentera, ellos mutuamente se proporcionan besos, caricias, arrumacos, halagos y zalamerías que les promueven la base de la comodidad y tranquilidad.

Montagu (1971) expresa en las palabras de Lawrence K Frank:

'El poder de la música, con sus innumerables variaciones rítmicas y cambios de intensidad, se asienta en alto grado, en que proporciona un sustitutivo de índole auditiva de las primeras experiencias táctiles, en las que... las caricias rítmicas resultaban particularmente eficaces para tranquilizar al recién nacido' (p. 110).

El poder rítmico del que hace alusión el autor es una característica específica de la responsividad solidaria en la madre que manifiesta una tendencia cooperativa y empática con su bebé. Las caricias entre madre e hijo patentan alegría, fascinación, regocijo, jugueteo y aprehensión de ella a él y viceversa en forma de un tesoro o un laurel muy preciado.

La tendencia cooperativa muestra que las respuestas de la madre se refuerzan con ternura y cariño solícito, estas conductas de respuesta materna posibilitan el sano' desprendimiento después de los cálidos momentos de interacción en la convivencia.

Brazelton, et al (1991) reportan que a las cuatro semanas de vida del bebé:

"Si se le pide a la mamá que juegue con la bebé en su sillita, ella se comportará siempre de la misma manera: irá a sentarse frente a la bebé, se inclinará hacia más adelante para envolverla con su conducta facial, con su voz, con su cuerpo. A esto le llamamos 'envoltura simbólica'. Ella se inclinará hacia adelante cuando la bebé haga un gesto como el de dar una patadita, ella agarrará la piernita para calmarla y entonces le dirá '¿ qué haces? ', y la bebé dirá 'ohhh' por segunda vez ella dirá: ' vamos una vez más ', la bebé lo hará de nuevo y ella dirá: '¡eres preciosaj'" (p. 47).

Además, lo descrito en los párrafos anteriores, también se observó y registró algunas conductas de apresuramiento de la madre producidas por la angustia para desaparecer o mitigar el displacer en su hijo; son repuestas en las que ella

percibe la necesidad que le señala el llanto de su bebé, pero, la madre muestra un ofuscamiento por conseguir el descanso del niño, ella se presiona en demasía haciendo evidente su pena y su desdicha a través de la tensión muscular de su cuerpo y de la expresión facial que le produce la enorme congoja de ver a su infante llorar.

Estas manifestaciones se presentaron aproximadamente en un 20% de las respuestas maternas, además de ello, se detectaron pocas actividades espontáneas, placenteras, atractivas y gratas en la madre, dada la inquietud que la invade y la motiva a tratar de responder satisfactoriamente a las necesidades de su hijo.

La diversidad en la relación de interacción madre e hijo no se produjo de manera substancial, la diferencia encontrada consistió en mostrar disparidad en los niveles de intensidad en unos contactos y otros; el gozo en cada situación de actividad conjunta entre ambos fue generalmente persistente durante la trayectoria de intercambios amorosos. En las respuestas de la madre predomina una disposición de envoltura y protección hacia su bebé, expresada en la sutileza de su comportamiento.

Para ejemplificar, se presenta el siguiente caso:

la madre reportó: "mi bebé y yo jugamos en cualquiera de las actividades que realicemos", en el transcurso de las diferentes rutinas del cuidado materno, "la mamá platicaba con su hijo volteando su mirada a él una y otra vez como diciendo ¿Y ahora qué más hacemos? Para volver a reamudar las risas".

Satisfacer la necesidad de contacto físico

Las respuestas a la necesidad de contacto físico en la madre se identifican con diversidad, mientras que unas madres manifestaron inclinaciones amorosas, cariñosas, besaron a su hijo, lo arrullaron, acunaron y bailaron entre sus brazos, festejando el tenerlo con ellas, otras prefirieron acercarse de frente al bebé y platicarle viéndolo a los ojos, tomándole tiernamente sus manos, algunas se aproximaron a él, le tocaron su cabeza, le acariciaron su mejilla y le dijeron ciertas palabras dulcemente para informarle su actividad. Esto se describe en el siguiente ejemplo:

la madre le dice a su bebé: *“¡ahorita te cargo, déjame terminar el quehacer, no vayas a llorar, aquí estoy amor, no me voy!”*.

Lo anterior permite detectar que los contactos físicos entre madre e hijo son diferentes en cercanía, duración y caricias, sin dejar de presentar en las respuestas de la madre una inclinación y tonalidad cooperativa de ella a la solicitud de proximidad expresada por su bebé.

En otro caso, el infante se encontraba dormido, la mamá se hallaba haciendo la comida, el niño despertó y quiso llorar, la madre le gritó: “¡ya voy bebé,... cuando llegó lo tomó en brazos y comenzó a decirle: “qué hermoso, cómo eres lindo, por qué te ries tanto, ¡ah!... ¿ya sabes quién soy verdad?”. Y lo besó en su cara y manos.

Aproximadamente el 50% de las respuestas de la madre en esta tendencia cooperativa hacia una responsividad solidaria se observó una efusividad manifiesta durante cada uno de los acercamientos e intercambios de caricias. En el resto de las respuestas se mostró la misma inclinación de cooperación, se detectó en las conductas de la madre una posición silenciosa, permitiendo a su hijo la expresión de sus exigencias, este tipo de respuestas facilitó que el niño iniciara los

intercambios, la madre simplemente ofreció posibilidades de interacción dejando en libertad a su bebé para que expusiera sus mensajes.

La autenticidad en las respuestas de la principal cuidadora deriva la valiosa ejecución de sus cuidados maternos y simultáneamente repercute en la riqueza de las interacciones de contacto físico con su bebé.

En los comentarios expuestos por la madre, se traslucen sus respuestas a las necesidades de su hijo. En el siguiente ejemplo reportado por la madre se ilustra esto:

“mi bebé llora mucho, pienso que quiere sentirme cerca, pues antes de empezar a trabajar, porque ya ahora me lo llevo conmigo al trabajo, me lo prendía de una chichi y ya cuando empezaba a mamar de la otra ya estaba dormido, creo que desconoce el lugar de trabajo porque acabo de cambiar el salón de belleza, además no quiere que nadie lo cargue si no soy yo solamente, por eso digo que quiere sentirme cerca”

Montagu (1971) reporta que: “poseer ‘tacto’ implica cierta sensibilidad respecto de los sentimientos humanos y estar en ‘contacto’ con alguien significa mantener algún vínculo de comunicación con dicha persona” (p. 81).

A lo que el autor se refiere, es, al nivel de comunicación que poseen las respuestas de la madre con una tendencia cooperativa, pues son capaces de mostrar empatía por los reclamos de necesidad de su hijo con quien logran una comunicación directa y franca, pudiendo comprender lo que su bebé desea. Debido a esta clara comprensión e interpretación de la señal se solidarizan al responder ya sea rápidamente o un poco más tranquilas y serenas.

Bowlby (1969) expresa que:

“Entre los seres humanos buena parte de la conducta materna contribuye a reducir la distancia existente entre el pequeño y la madre y a mantener a aquél en estrecho contacto físico con la

progenitora. Si por su parte aquélla tiene algún motivo de alarma, de inmediato realiza grandes esfuerzos por recobrarlo. Este tipo de conducta sólo se interrumpe cuando el hijo está nuevamente a salvo en sus brazos" (p. 267).

Lo que Bowlby refiere tiene gran similitud a la respuesta brindada por la madre en el último ejemplo ilustrado, pues ella, se concentra en leer las señales de su hijo que demanda cercanía de su cuerpo y no querer que nadie más lo cargue, sólo su mamá.

Saciar la necesidad de alimento

Las diferentes respuestas que la madre con responsividad solidaria manifiesta en la interacción con su hijo nutren la relación encaminándola siempre a la igualdad entre ambos, ella, realiza interpretaciones de las conductas del bebé de manera visual, auditiva, olfativa y táctil; cuánto más sencillo es su acercamiento y acción de amamantar a su hijo, más reconfortante es tener al bebé a su lado, él se muestra apacible y tranquilo. Por su parte, ella experimenta una sensación de estabilidad emocional que repercute en el aumento de su seguridad y confianza lo que se derrama en el constante equilibrio de atender al infante.

Tal pareciera que para ella dar de mamar significa compartir todo con su bebé. En una visita a la casa después de terminar la videograbación, en los comentarios, surgió lo que significa para la madre ofrecer su pecho al niño, ella reportó lo siguiente:

“Para mí, dar de mamar a mi bebé, es estar en plena comunicación con mi hijo, sentir que los dos aunque somos uno cada quien, en este momento es cuando nos encontramos más juntos, pues respiramos casi al mismo tiempo y además puedo sentir su corazón en sus pequeñas manos. Con él así, me siento completamente yo y muy relajada. Un día, vi en el hospital la frase ‘Brindar el pecho a mi hijo es brindarle un abrazo completo’ y, eso, es cierto”.

Las palabras que la madre comentó nos clarifican la existencia de un tránsito durante el desarrollo de la lactancia materna en el cual ella no sólo alimenta a su infante, sino que también le proporciona toda una gama de posibilidades de interacción para disfrutar esos íntimos momentos.

“También la madre al participar como agente activo en la nutrición de su hijo, siente que éste depende y forma parte directamente de ella como antes del nacimiento, cuando se estaba formando en su vientre” (Enciclopedia, 1987, p. 75).

En la interacción durante el amamantamiento se registraron las siguientes acciones que indica el ejemplo ilustrativo:

La madre recuesta a su hija sobre el pecho izquierdo para que mame, ella, acomoda su brazo para que la niña se encuentre completamente cómoda en un total acunamiento en su regazo, con la otra mano toma los dedos de su hija, la suelta y le acaricia su cabeza y le da un beso, luego vuelve a tomarle su cabeza con su mano y de nuevo le besa a su hija sus manos; la mamá manifiesta que siente calor al hacer su cabello hacia atrás y le quita a su hija sus calcetas, las caricias continúan por un espacio de 3 minutos, después la madre deposita tranquilamente a su hija sobre la cama”.

La actividad de la madre descrita revela lo que Morris (1973) expresa sobre:

“Cuidadosos estudios americanos han revelado la circunstancia de que el 80 por ciento de las madres acunan a sus hijos en el lado izquierdo y los sostienen contra el mismo lado de su cuerpo. Si pedimos que se nos explique la significación de esta tendencia, casi todo el mundo nos responderá que se debe,

indudablemente, al predominio de las personas que usan con preferencia la mano derecha. Pero un análisis minucioso muestra que no es así. La otra única clave se infiere del hecho de que el corazón está en el lado izquierdo del cuerpo de la madre. ¿No podría ser que el sonido del latido del corazón fuese el factor vital? Pero, ¿de qué manera? Tratando de contestar a estas preguntas, se pensó que quizá, durante su existencia en el claustro materno, el embrión en desarrollo experimentaba una fijación <impresión> en el ruido del latido del corazón” (p. 90).

Lo que el autor comenta, sólo puede especificarse de manera intuitiva en la madre con inclinaciones cooperativas, ya que ella, inconscientemente descubre que su hijo está más tranquilo cuando lo sostiene con el brazo izquierdo, sobre su corazón, que cuando lo hace con el brazo derecho, esto fue observado en más ocasiones cuando la madre acunaba al infante con fines de dormirlo.

Otro ejemplo ilustrativo es:

La madre está sentada cómodamente sobre un sillón amamantando a su hija, la tiene recostada sobre su pecho izquierdo, le platica: “¡tu sueño va a ser en un campo con flores y un arrollo de agua fresca!, la bebé toma la mano de su madre y se la acerca a la cara, ella no la retira; en esa posición se hayan ambas por más de 8 minutos”, durante todo este tiempo la madre ha permanecido en silencio pero en comunicación visual y táctil con su bebé

La ilustración anterior, nos permite remitirnos nuevamente a la posición que Morris (1973) hace referencia donde él expresa literalmente:

“¿Qué otros posibles resultados puede tener esta fijación en los latidos del corazón? Puede, por ejemplo, explicar el por qué de nuestra insistencia en localizar los sentimientos de amor en el corazón y no en la cabeza. Como dice el cantar: <¡Resulta que tienes corazón!> Puede explicar también, por qué las madres mecen a sus hijos para hacerlos dormir. La oscilación se produce, aproximadamente, con el mismo ritmo de los latidos del corazón, y es probable que también esto <recuerde> a los niños las rítmicas sensaciones a que se acostumbraron en el interior del claustro materno: la palpitación del gran corazón de la madre encima de ellos” (p. 92).

Un ejemplo más es el que la madre reportó de la siguiente manera:

“Yo me siento más contenta y feliz con mi hija..... en todo, pues, cuando le estoy dando chichita, somos una nomás, porque estamos más cerquita porque ella me agarra, así sé que ella me quiere y me necesita”

Con todas estas evidencias podemos precisar que la madre solidaria es empática con su bebé y se adhiere a la necesidad que él le reclama independientemente si es de hambre o exigencia de su cercanía física.

La madre con una tendencia cooperativa y responsividad solidaria hace par con su hijo durante todo el amamantamiento. En un 90 % de sus respuestas se observó que ella se complace mirando a su bebé con detenimiento y arrobamiento, disfruta lo plácido que él se ve en su regazo y lo tranquilo que allí se encuentra. El niño por lo general termina conciliando el sueño y logra dormir apaciblemente desde media hora hasta dos horas completas.

Cubrir la necesidad de dormir y descansar

Montagu (1971) reporta: “la señorita Freud también ha observado una correlación directa entre el sueño y los movimientos corporales pasivos, es decir, el balanceo” (p. 127). El autor expresa con las palabras de Ana Freud lo que el siguiente ejemplo ilustra:

La madre escuchó el llanto de su hijo, al instante le dijo: “¿Te quieres dormir mi chiquitito?” Simultáneamente lo cargó en sus brazos. Ella, comenzó a balancear todo su cuerpo de izquierda a derecha al mismo tiempo que daba algunos pasos, ella pronunciaba “¡Chchchchj... ¡chchchchj... ¡chchchchj...”; también, daba palmadas a su hijo en la espalda durante su balanceo, el bebé se hizo concha sobre el pecho de su mamá.

El autor comenta que si el niño se duerme fácilmente es porque se encuentra relajado, su sueño es por esto tranquilo y sosegado, pues le ayuda constituyéndose en una pared que le protege de estímulos externos.

Otro ejemplo que muestra lo argumentado por el autor es el siguiente:

La madre ofrece a su hijo su pecho, ella, está sentada reclinada en el sillón con su mano derecha acariciando las manos y piernas de su bebé, ella, se da cuenta de que su niño se ha dormido profundamente porque él se ha relajado por completo de sus extremidades. La madre antes de acostarlo se quita su reloj pulsera de su muñeca izquierda, para después acomodarse y acomodar a su bebé sobre el sillón. El infante logró dormirse tranquilamente por más de dos horas.

La madre solidaria en su responsividad y cooperativa en sus interacciones con el bebé embona con él, le permite que permanezca pegado a su pezón por más tiempo después de haberse dormido, esto, con la finalidad de que se relaje completamente, en ella, se capta una delicadeza y un cuidado esmerado para retirar su cuerpo del de su bebé; con lo anterior evita motivos de estremecimientos que perturben su sueño.

Otra forma en que la madre consigue el descanso profundo de su hijo es por medio del baño de tina. Ella, acostumbra a bañar al bebé en tina grande por la relajación que produce a todos los sistemas orgánicos, ya sea al muscular, cardíaco y respiratorio, que en palabras de Montagu (1971) quiere decir: "por la suave estimulación cutánea producida por el agua tibia del baño" (p.126) el bebé se duerme profundamente.

Al estar en el baño, el bebé siente tanto la temperatura propia como la de su madre que lo cuida y la del agua; además escucha el ruido que su cuerpo hace

cuando entra en contacto con ella. Y cuando la madre lo baña le toca su piel, él se siente querido y amado.

Para él, es una necesidad permanecer dentro del agua la que expresa por el deleite que manifiesta cuando se le baña con agua tibia y en un ambiente agradable y reconfortante.

Al bebé le causa alegría y festejo el poder moverse dentro del agua porque hace burbujas y salpica todo, esto, le produce gozo y regocijo. En un principio sus movimientos son solamente ejercidos por sus manos ya sea en posición boca arriba o boca, abajo; también se agarra o se coge al cuerpo de su madre. Pérez Sánchez (1981) identificó que cuando el bebé es sumergido dentro del agua vuelve a sentir la seguridad que poseía dentro de su madre. Asimismo cuando lo desvisten se siente desvalido como si le faltase el vínculo establecido con su cuidadora, pareciera que la madre se percata de ello y favorece la confianza poniéndolo firmemente en el agua y tomándolo con cariño, platicándole al desvertirlo y volverlo a vestir.

La madre aprovecha estos momentos de esparcimiento para interactuar cara a cara con el bebé; otra necesidad del niño para identificar a su cuidadora en la cual él todavía, no es consciente de ello.

Esta forma de comportarse de la madre solidaria repercute en el sueño reconfortante y reparador en su hijo.

Brazelton, et al (1991) expresa lo siguiente:

El "habla del 'ritmo básico' de atención - desatención que se establece entre un progenitor y su hijo y lo considera fundamental para que este sistema regulador de interacción recíproca y la forma en que la madre debe respetar este ritmo del bebé, pues de otra forma 'inundará' su inmaduro sistema psicofiológico y el bebé necesitará protegerse cerrándose por completo a ella" (p. 75).

Lo que el autor quiere decir es que toca a la madre ayudar a su niño a formar una base reguladora para sus inmaduras reacciones psicológicas y motoras dado que él cuenta con sistemas de regulación de sus estados neurofisiológicos desde el mismo inicio de su vida.

Puede argumentarse que la madre responsiva solidaria que tiene una tendencia cooperativa es una madre que hace uso del ritmo básico y apoya a su bebé positivamente en su desarrollo.

2. Acciones y funciones despegadas y distantes de la madre hacia su hijo en referencia a

El llanto

Se reconocieron acciones y funciones en las respuestas de la madre con una manifestación clara al desligamiento, a la separación, y al alejamiento entre ella y su hijo, se mantuvo una relación de interacción siempre a distancia con un considerable grado de lejanía entre ellos.

En las respuestas de la madre, se pudo identificar que aproximadamente en una tercera parte de ellas su actividad aportó evidencias palpables de su acción para responder al llanto de su bebé, en las que en la madre no se percibió con una serenidad apacible, aún más, se detectó ausencia de tranquilidad y quietud a tal grado de querer mitigar el llanto de su hijo, de tal forma que se dedicó

afanosamente a saltarlo una y otra vez, sin aportarle a él ninguna frase que aminorara su llanto.

La manera en que la madre cargó a su hijo en su regazo fue de espaldas a ella, en un deseo claro y abierto de mostrarle otras cosas diferentes de ella, esto, sucedió en demanda de cuidarse a sí misma y no observarlo llorar por la angustia de no saber que hacer para satisfacer sus necesidades; así, él tampoco pudo verse en los ojos de su mamá, esta respuesta aclara la inconsistencia y falta de persistencia para acallar los reclamos y las demandas del infante.

Las respuestas que la madre brindó no se suscitaron con la oportunidad, periodicidad y duración requerida y necesaria para el niño, ella se desesperaba constantemente, no se apreció congruencia entre una actividad y otra de las que desarrolló para lograr obtener el placer y beneplácito en su bebé; asiduamente ella cambiaba de actividad para relacionarse con él.

Un ejemplo a esto es:

“ la madre trata de consolar el llanto de su bebé, lo carga y mece, en un primer momento lo coloca de frente a ella, pero después de 2 ó 3 minutos lo voltea de espaldas, le palmea de manera ruda y grosera diciéndole: ‘ ¡ no sé por qué lloras ¡ ’; en su desesperación lo único que se le ocurre es ponerle el chupón en su boca”.

Juárez (1995) retoma la aportación de Ainsworth (1969) donde sostiene en la escala de sensibilidad versus insensibilidad que una madre con sensibilidad inconsistente:

‘ Aún cuando esta madre pueda ser bastante sensible en ocasiones, hay algunos periodos en los cuales ella es insensible a las comunicaciones del bebé. La insensibilidad inconsistente de la madre puede ocurrir por alguna de varias razones, pero el

resultado es que ella parece tener lagunas en relación a su sensibilidad en lidiar con su bebé, siendo sensible algunas veces o en relación a algunos aspectos de su experiencia, pero no en otros' (p. 5).

En otros casos, específicamente en 3 de ellos, la madre responde ofreciendo su pecho al niño, o bien al bailarlo y mecerlo con fuerza exagerada. Como se pone de manifiesto en el siguiente ejemplo:

"la bebé llora intensamente por más de 6 minutos ante lo cual la madre no le expresa palabras de consuelo, no la carga por lo tanto no le prodiga caricias. En su respuesta no hay prontitud, calidez y ritmo para brindar cobijo y aquietar el llanto de su hija. En vez de eso, la madre le expresa '¡ hay que enojada estás ¡'. Lo más evidente es que la mamá no alcanza a percibir e identificar cuál es la necesidad y demanda que su bebé le señala con el llanto".

Esta ausencia en la sincronía de la interacción entre madre e hijo es una muestra de ruptura en la comunicación de la diada que tiene su cimiento en el estado alerta de la madre sobre su bebé el cual es intermitente y agudo pero simultáneamente está distorsionado, la deformación puede encontrarse enfocada en una más que otra de las necesidades que su hijo le señala, tal vez ella capta más cuando el infante tiene hambre que sueño, porque su llanto cobra más significado. Sin embargo en esta percepción, identificación, lectura y actividad la madre no se percata de que el infante se encuentre satisfecho con su actividad y continua forzando la situación.

Un ejemplo a dicha alusión es:

"durante el llanto de la bebé, la madre la aprisiona entre sus brazos y contra ella, como si con esa acción la consolara, cosa que no sucede; al contrario en la cara de la madre parece haber una expresión de satisfacción al apretar a su hija tan fuerte y por un tiempo prolongado en el que la bebé continua

llorando, lo que puede considerarse como una agresión sutil hacia la infante; la niña solamente llora más y más sin poder consolarse, sólo se queja gradualmente pasados unos minutos”.

Bretherton (1992) señala:

“Bowlby tomó el asunto sobre el argumento de que la sobregratificación materna es un peligro en la infancia. Freud falló en darse cuenta, dice Bowlby que la pseudo afección materna y la sobreprotección puede derivarse de una compensación de la madre de su hostilidad inconsciente. En el punto de vista de Bowlby, excesiva ansiedad de separación se debe a las experiencias familiares adversas – tales como amenazas repetidas de abandono o rechazo de los padres- por la cual el niño se siente responsable”
(p. 17)

Bowlby sostiene que los infantes y los niños pequeños experimentan esa ansiedad ante la separación cuando una situación les activa la conducta de escape y de apego pero donde su figura de apego no está disponible a él. Lo referido sucede en el caso de los ejemplos mencionados.

El rechazo nublado e inconsciente al que hace mención el autor es una característica predominante en la tendencia absorbente de la madre que se imbuje en su responsividad fraudulenta y encubridora con respecto al conocimiento e interpretación de las necesidades de su hijo.

Esta tendencia absorbente evidencia un velado rechazo hacia el bebé y que Bowlby manifestó, a lo que Bretherton (1992) hace referencia: ‘ la principal conclusión de Bowlby, basada en la evidencia empírica disponible, fue que para crecer mentalmente sano “ sería deseable que el infante y el niño pequeño experimentaran una relación cálida, íntima y continua con su madre (o madre sustituta permanente) en la cual ambos encontraran satisfacción y gozo” ‘ (p. 11). De no suscitarse esto, se corre el riesgo de quebrantar la relación y generar un

vínculo distorsionado, pues cuando el bebé solicita algo, puede que se le dé o no en función también de las necesidades de la madre.

La necesidad de contacto físico

En los acercamientos durante los cuales la madre se aproxima a su bebé, las interacciones no son cara a cara, por lo general cuando ella habla al bebé, él se encuentra enfocando su mirada hacia otra parte, de tal modo que la madre nunca lo mira a los ojos.

Las posiciones en la que ella coloca al infante por lo común son dando la espalda del niño con su cuerpo; fueron pocas las ocasiones en las que se lo colocó de frente pero inmediatamente después lo volteó de espalda a ella.

Las caricias que se sucedieron en las respuestas que la madre brindó se destacó una rapidez chispeante que apenas permitió observarlas, además se realizaron esporádica y fugazmente por lo que se volvieron frágiles. Puede decirse que las frugales caricias no se identificaron una después de otra más bien estas caricias de la madre a su hijo, son inconsistentes.

Ante la ausencia de roces, mimos y caricias, en el bebé se observó estar en calma y tranquilidad cuando pudo mirar la cara de su madre. Se detectó que algunos acercamientos piel con piel entre madre e hijo son cuando se propicia la limpieza en el infante, así, la madre toca la cara, brazos, estomago y piernas con fuerza y prisa, de igual forma lo seca, le pone crema y peina, entonces ella se

concentra más en la labor pues se fija una meta que cumplir de la cual no va a desistir.

En las respuestas que la madre presentó, éstas, tienen que ver más con cuidar la limpieza del bebé en vez de disfrutar las interacciones con él. Así, las interacciones entre madre e hijo son truncadas por interferencias en el contacto físico ante la presencia de objetos entre ella y su bebé, puestos por ella misma.

La madre se centra en conseguir que su bebé se interese en tomar y jugar con objetos antes de que él pueda ser hábil para agarrarlos con sus manos y entretenerse con ellos. Dadas estas observaciones, el contacto físico vivido por estas parejas de madre e hijo fue escaso.

El caso que a continuación se presenta es una situación ilustrativa al respecto, donde la madre reportó:

“Mi niña se sonríe mucho con el angelito, le gusta mirarlo mucho, mire, ahora le presto la muñeca para que la toque o que intente tocarla y para que la vea, ¡ esta es la muñeca que más le gusta!, será por los colores vivos, se está mucho viéndola y quiere agarrarla, se me afigura que está creciendo muy rápido”.

Montagu (1971) expresa:

“En la música rock de nuestros días, las parejas ya no bailan agarradas, por primera vez en la historia del baile occidental, sino que se contorsionan por separado, al son estrepitoso de una música cuya letra, que suele dirigirse a los padres o, en todo caso, a la generación anterior, repite frases tales como : ‘vosotros no comprendéis’ o ‘¿ Dónde estabais cuando más os necesité ? ‘...¿ Cabe acaso afirmar que ciertos bailes, representan - al menos, hasta cierto punto - una reacción contra la carencia de estimulaciones táctiles tempranas y contra las privaciones originadas por el ambiente deshumanizado y antiséptico de los hospitales y maternidades, tan poco propicio para ese crucial acontecimiento que es el nacimiento de un nuevo ser” (p. 110).

Con base en la idea del autor, puede destacarse el distanciamiento de la madre con su bebé, dicho distanciamiento deja hueco el contacto físico entre ambos.

Otro indicador que aporta evidencia de la inconsistencia en las respuestas de la madre para leer, comprender e interpretar las señales de su bebé, se detecta cuando ella tiene en alto volumen la televisión o la radio pues le pone demasiada atención a estos medios de comunicación que hasta cierto punto la alejan de su contacto directo con el niño, en ocasiones el sonido tan fuerte le molesta a él, pero ella no se percata de aquello y no le permite a su infante poseer la tranquilidad deseada.

Ella desea favorecer el desarrollo y la maduración del niño, en las respuestas de la madre se detectó el anhelo de que su niño ya se siente solo para lo cual lo entrena una y otra vez en este menester o en otros similares.

El siguiente caso muestra el interés materno por la evolución motriz del niño:

“la mamá depositó a su hijo sobre el portabebé, lo amarró y le colocó en el centro de éste una sonaja colgada, ella motivó a su bebé para que jugara a patear su sonaja en el portabebé, eso se observa porque el niño mueve más sus piernas que sus manos, la madre lo festeja una y otra vez.”

Algunas de las respuestas maternas advierten la lectura de las necesidades de su bebé, pero la prontitud y decisión para responder a ellas, no tiene consistencia ni firmeza más bien es volátil.

El contacto físico en la tendencia absorbente puede constituirse en la responsividad encubierta donde la atención se brinda si el bebé inicia la interacción y si esta iniciación es con sonrisas, la madre responde feliz, en su defecto si la inicia con llanto ella no sabe cómo responder por lo que no consuela al niño.

Langer (1994) reporta que en la conducta de la madre: “es decir que todo lo que aparece hostil y no maternal en ellas proviene de sus propias frustraciones infantiles, que las fijaron en una actividad inmadura e inadecuada a su papel de madres” (p. 65). Empero, toda madre desea ser buena para su hijo aunque inconscientemente ella no posea la destreza necesaria para satisfacer los requerimientos de su bebé.

Satisfacer la necesidad de alimento

La actividad de amamantamiento efectuada por la madre con una responsividad simuladora y encubierta es observada mediante la tendencia absorbente en la que se identifican situaciones como atender al bebé con prontitud ante los reclamos de ser alimentado, la forma en que ella se comporta para darle respuesta no es la más adecuada, por ello, el bebé no logra la satisfacción completa, tal vez si se satisfaga su hambre, pero él continua dando muestras de inquietud.

Un ejemplo demostrativo es: *La madre toma al bebé en sus brazos, lo recuesta sobre su brazo derecho, no lo abraza completamente, mejor dicho, ella le toma por el cuello al niño para que él mame; ella le dice: “¿no qué tenías hambre, come, quién te entiende?” El niño mueve su cara de un lado para otro tratando de encontrar el pezón pero no lo logra. “La madre vuelve a decirle, entonces ¡tú no tienes hambre, sólo quieres jugar!”. Así, ella decide quitarle el pecho al niño y él sólo atina a llorar.*

Esta respuesta de la madre nos permite entender que ella comprende que su bebé tiene hambre, empero, su disposición para saciar la necesidad de él no es apta para cubrir su requerimiento; ella, no es diestra en su respuesta de brindar el pecho llanamente y considera que el infante sólo está llamándole la atención pero realmente no quiere mamar.

La madre no se da cuenta de la necesidad de comodidad que el infante requiere para poder succionar plácidamente. Pérez Sánchez (1981) expresa sobre la actitud conflictiva de la madre en la alimentación al pecho, lo siguiente:

“La madre, con una pierna sobre la otra, le ofrece un regazo extraño y diferente a lo habitual, cogiéndolo con la mano izquierda por la nuca y con la derecha acercándole el pecho; parece no ser una posición confortable. La madre dice que el bebé está muy nervioso últimamente, quizá porque tiene hambre. El padre, que está presente, lo apoya. Yo observo que el bebé mama bien y sin problemas. La madre hace un movimiento con su pecho como para sacar el pezón de la boca de Carlos y mirar si chupa, pero no lo consigue. Se dirige a mí dubitativa para afirmar que no será suficiente, no por la cantidad sino por la consistencia de la leche, y vuelve a referirse al nerviosismo del bebé” (p. 27).

Los comentarios que el autor reporta, presentan evidencias de que la madre no está satisfecha con ofrecer el pecho a su hijo, ya que no lo brinda abiertamente, su actividad de amamantamiento no contiene al bebé para que él sienta beneplácito al succionarlo.

Otro ejemplo que ilustra de manera semejante la inconsistencia en las respuestas de la madre es:

La madre mece a su hija en brazos queriendo dormirla, la bebé no concilia el sueño, ella mueve sus piernas y brazos con bastante agitación. La madre deposita a la niña en la cama y va a traer el biberón, se lo coloca en la boca a su hija y le pone una almohada para que lo detenga mientras ella va por una cobija para tapar a su bebé y comienza a arrullarla:

“¡mmmm....mmmm....mmmm.....mmmmj” al mismo tiempo que le da palmadas en su espalda y piernas. Así continua hasta que la bebé se duerme.

En esta ocasión no pudo apreciarse el contacto físico estrecho y necesario para el desarrollo emocional del infante, no se manifestaron caricias, besos, mimos, palabras “dulces y bonitas” que propiciaran gusto, tranquilidad y placer en ambas. La madre siempre estuvo distante y alejada del reclamo hecho por su hija.

Este ejemplo se haya en consonancia con lo reportado por Montagu (1971):

“Las ventajas psicofiológicas que se aportan mutuamente las dos protagonistas de la lactancia revisten crucial importancia para la evolución posterior de ambos. Apenas se empieza a tomar conciencia de este hecho en nuestro mundo occidental, un mundo mecanizado y deshumanizado en el que se considera indigna del hombre la crianza al pecho. Al preguntarle si pensaba amamantar a su hijo, una joven de esmerada educación me respondió: <<Sólo los animales lo hacen>>. En nuestras sociedades, los pediatras aseguran a la madres que la alimentación con biberón es tan buena como la lactancia natural, y que resulta incluso preferible a esta.

Estamos viviendo las últimas consecuencias lógicas de la era de las máquinas: junto a la creciente mecanización de la producción, asistimos a la automatización de las personas y de las relaciones humanas” (p. 53).

El comentario del autor, sustenta el hecho deshumanizado de la privación personal de la madre de sentirse íntimamente ligada a su bebé, así como de truncarle la necesidad más poderosa a él, que es la cercanía física con ella ésta, le armoniza en lo posible el cambio de la vida intrauterina a la que ahora tiene afuera de su madre.

En los párrafos anteriores se encuentran evidencias de inconsistencia en las repuestas de amamantamiento ofrecidas por la madre para atender la necesidad de alimentación en su hijo.

Cubrir la necesidad de dormir y descansar

La tendencia absorbente de la madre manifiesta una falta de cercanía física, de contacto franco y directo entre ella y su hijo ante la necesidad de descanso y sueño que él le exige. En sus respuestas de apoyo al niño para conciliar el sueño se registra lo que la madre expresó en el siguiente ejemplo ilustrativo, la madre comentó:

“Yo sé cuando ella tiene hambre y sueño, se mete todo el dedito derecho, más bien el índice de la mano derecha y se lo mama fuertemente, también nunca me da lata para dormirse pues ella sola se queda dormida en su cuna cuando yo la acuesto, no necesita mamar ni que la cargue para nada. ¡Es muy buena niña!”.

Empero lo que la madre describe, en otro ejemplo demostrativo pudo observarse:

“ la inconsistencia, la falta de serenidad y calma en ella durante la secuencia de grabación pues llega un momento después de ofrecerle 2 veces de mamar a su hija, la niña, no quiere dormirse y la madre le dice: “¡ahora sí ya tiene mi hija que dormir ándele!”.

Pareciera que la madre apresurara a la bebé, lo que nos permite identificar su carencia de entendimiento y comprensión sobre lo que la niña necesita y no necesita. La actividad de respuesta de la madre nos deja vislumbrar el deseo de que su hija duerma aunque ella no lo necesite y no lo requiera.

Montagu (1971) reporta sobre la importancia que revisten las experiencias cutáneas de la madre en el desarrollo de su conducta maternal y retoma literalmente las palabras de Reva Rubin:

' Aquellas madres que han recibido recientemente el contacto adecuado y placentero de alguna persona solícita – durante el parto o inmediatamente antes o después de este – saben utilizar sus propias manos con mayor eficacia. Ello es cierto tanto... de las madres primerizas... como de las que ya han tenido algún hijo. Recíprocamente, si las estimulaciones táctiles más inmediatas han sido de tipo impersonal, la madre tarda más de lo normal en entablar un contacto satisfactorio con su hijo ' (p. 90).

Ahora, nosotros nos preguntamos. ¿ Sería conveniente implementar como norma que la pareja de la madre, o bien, quien haga las veces de ella acaricie con regularidad a la mujer durante el embarazo, en el trabajo de parto y después del nacimiento del niño?

En el siguiente ejemplo se expresan evidencias de la inconsistencia en las actividades de respuesta de la madre con tendencia absorbente y responsividad encubridora y simuladora para amortiguar la inquietud del niño cuando él requiere dormir.

El bebé comienza a ponerse inquieto, la madre parece comprender que él tiene sueño, en el ambiente la música que puso la mamá para jugar con su hijo es demasiado estruendosa para que el infante logre conciliar su sueño; ella, no se da cuenta de que la música le hace abrir los ojos al momento de adormecerse, ella, no reduce o baja el volumen ni apaga la radio, lo que le ocasiona más tiempo y disponibilidad para obtener que su hijo duerma tranquilamente. Cuando el bebé se queda dormido así permanece sólo por 20 minutos durante los cuales la música continua con la misma intensidad.

En el ejemplo anterior podemos identificar que la madre lee y entiende la necesidad de sueño que vive su hijo pero su respuesta no es la más adecuada en el espacio y el tiempo por la intromisión del sonido con demasiado volumen de la

radio. Aunque su actividad fue pronta, no fue oportuna ni eficaz para reconfortar a su bebé.

Juárez (1995) en el macro proyecto, hace referencia a las aportaciones de Ainsworth (1969) sobre la escala de sensibilidad versus insensibilidad donde Ainsworth comenta sobre la insensibilidad inconsistente lo siguiente:

‘ Las percepciones sobre la conducta del bebé pueden estar distorsionadas en relación a uno o dos aspectos, aunque es precisa en otros aspectos importantes. Ella puede ser rápida y apropiada para responder a sus comunicaciones algunas veces y en muchos aspectos, pero ser ya sea inapropiada o lenta otras veces y en otros aspectos ’ (p. 5).

Ainsworth explica la inconsistencia en las respuestas de la madre que aunque entiende lo que ocurre con su bebé sólo ofrece un paliativo con su conducta para atender de manera superficial las necesidades que él le reclama.

Otro ejemplo de características similares es el siguiente:

El bebé llora inconsolablemente, la madre lo recuesta sobre la cama, ella, va por el biberón, se lo pone en la boca estando él acostado, el niño mama tranquilamente y se calma. La madre no le quita la vista de la cara, pasado un rato le busca los ojos para comprobar si ya se durmió; no ha cambiado la posición de la madre, ella no acoge a su hijo, sólo pone su brazo para que él se recargue y se duerma. No hay caricias ni palabras dulces y tiernas.

Ella sabe que el bebé quiere dormirse, entiende que necesita su biberón, pero no lo carga ni protege porque no lo contiene totalmente en su necesidad, por ello sólo se concentra en ver si logra dormir o no, hasta que el niño por sí mismo lo consigue.

3. Actividades maternas con tendencia a ignorar las necesidades del bebé

En el llanto

En las respuestas de la madre se captaron tendencias que tienen que ver con la evasión de las necesidades del bebé.

Se identificó en ellas, una falla al escuchar el llanto del niño, su actuación fue indiferente a las señales y necesidades que el infante le expresó por medio de su llanto y quejidos, la conducta materna puso de manifiesto su indiferencia a los reclamos y las necesidades que el bebé pronunció.

Para ella, no fue significativo en nada el hecho de acercarse y cargar a su hijo, de abrazarlo, mimarlo y besarlo para consolarlo, estas actividades no las realizó con un afán de gratificar las necesidades demandadas por él. Ella no consideró que fueran un paliativo y suavizante para la insatisfacción de su bebé, por lo mismo, no las diferenció como necesarias, más bien, todas ellas no se encontraron dentro de sus posibilidades de acción.

Esta forma de conducirse y comportarse de la madre estuvo presente aproximadamente en una décima parte de las participantes.

Pudo detectarse en un caso: *“las respuestas de la madre de dejar llorar a su bebé por un espacio de tiempo prolongado, que fluctuó entre los 5, 10 o 15 minutos, ella mostró estar ajena a los requerimientos de su hijo, no lo cargó, ni lo abrazó, tampoco lo besó y acarició, ni lo bailó mucho menos le dijo palabras “bonitas” y con afecto en el oído, el bebé continuó llorando hasta que la madre lo acomodó y cargó sosegadamente en sus brazos”.*

En este ejemplo la madre pretende no escuchar, es más no pone atención a la demanda que su hijo le expresa, ella, no intuye y no comprende que algo le puede estar sucediendo, parece que requiere de satisfacer sus necesidades propias de modo que no se percata de las de su bebé, pues ella se dedicó durante todo ese tiempo a bañarse y arreglarse para estar presentable durante la grabación.

Con respecto a ésto en la escala de sensibilidad versus insensibilidad de Ainsworth (1969) a la que Juárez (1995) hace referencia en el macro proyecto, Ainsworth plantea que la madre insensible:

frecuentemente, esta madre falla en responder apropiada y/o rápidamente a las comunicaciones del bebé, aunque ella puede en algunas ocasiones mostrar capacidad para ser sensible en sus respuestas y no en las interacciones del bebé. Su sensibilidad parece estar ligada a la inhabilidad de ver las cosas desde el punto de vista del bebé. Frecuentemente, ella está preocupada con otras cosas y por tanto es inaccesible a sus señales y comunicaciones, o puede percibir erróneamente sus señales e interpretarlas inadecuadamente debido a sus propios deseos y defensas, o ella puede saber suficientemente bien lo que el bebé está comunicando, pero ella declina la intención de darle lo que él quiere -- porque es inconveniente o porque no está de humor para ello, o porque ella está determinada a no "consentirlo" (p. 5).

La inhabilidad de ver las cosas desde el punto de vista del bebé y de que la madre se encuentre preocupada de otros menesteres la vuelven inaccesible a su hijo, éstas, son características que hacen notar la tendencia excluyente que manifiesta la responsividad unilateral de la madre hacia su bebé.

En otros dos casos las respuestas de la madre consistieron en expresiones con demasiadas palabras y frases, ella, utilizó intensidad y vehemencia en sus comunicaciones con el infante, este énfasis no logró consolarlo, por el contrario, hubo ocasiones en las que él movió fuertemente sus piernas y sus brazos,

lloriqueó más y más fuerte mientras su madre le hablaba. Parecía que ella quería llenar el ambiente con su voz, actividad que la alejó de su bebé.

Otras de las respuestas de la madre, consistieron en la acción de sofocar el llanto de su hijo, privándolo de llorar, sin dejarle expresar sus necesidades.

Un caso que ilustra esta situación es el siguiente: *“la mamá carga a su bebé porque llora con coraje, él expresa no querer ser cargado y acurrucado, pues cuando ella se lo pega a su pecho él hace su cabeza hacia atrás; la madre expresa que no es posible callar a su niño cuando tiene demasiada hambre”*.

Lártigue y Vives (1992) en su estudio comparativo: “La formación del vínculo materno – infantil”, reportan los argumentos de Stern (1985) en los que él:

postula que el puente entre dos mundos subjetivos potencialmente separables, son los Episodios Interactivos Observacionales de la madre y el hijo. La madre aporta a cada encuentro más que su historia personal: ella tiene un modelo guía de su propia madre, otro de su pareja y otros modelos más que entrarán en juego en cada episodio de interacción. En otras palabras: “desde el embarazo, y sobre todo a partir del nacimiento del bebé, las imágenes del pasado son proyectadas en el niño por sus padres”. Estas proyecciones juegan un papel determinante en las interacciones madre – bebé (p. 132).

Las interacciones a las que los autores hacen referencia son significativas en algunas situaciones de respuestas de la madre. Las circunstancias en las que ella impuso satisfactores a su bebé que no fueron demandados por él, reportan nula sincronización y armonía entre el requerimiento del niño y la actividad que ella realiza para satisfacerlo. Hubo casos en los cuales, por ningún motivo la madre pudo consolar a su hijo, ella buscó que otros (el padre, la abuela, una tía) le ayudasen a calmar al infante.

Lártigue y Vives (1992) reportan el constructo de disponibilidad emocional desarrollado por Biringer y Robinson (1991) donde expresan que lo integran cuatro componentes:

' sensibilidad y no intrusividad, que son cualidades maternas; y capacidad de respuesta (concordante) del infante e involucramiento con la madre, en el bebé. Estos componentes tiene propiedades relacionales, en el sentido que la conducta en una situación social, está influenciada por la conducta previa del otro, existiendo un paralelismo entre sensibilidad materna y capacidad de respuesta, y entre no intrusividad e involucramiento afectivo ' (p. 132).

La madre con tendencia excluyente hacia su hijo, no capta e identifica que él posee la capacidad de demandarle acciones, de responderle a ella, de acercársele e involucrarse con ella, por lo tanto está imposibilitada para actuar con claridad, sensibilidad y no intrusividad con el infante, pues, estas cualidades que Lártigue informa no las posee con estructura consistente e integral, lo que refleja su responsividad unilateral.

Para satisfacer la necesidad de contacto físico

Se identificó que las respuestas y reacciones maternas no coinciden con la demanda de acercamiento y búsqueda del contacto físico y real del niño, los contactos de caricias, roces, mimos, acunamientos, balanceos, cánticos, susurros, y juegos piel con piel entre el niño y su madre no son significativos para el bebé, pues casi nunca se suscitan dentro de sus interacciones con su madre.

Montagu (1971) cuestiona:

“¿qué influencia ejercen sobre el desarrollo del organismo los distintos tipos de experiencias cutáneas vividas por éste, principalmente las que tienen lugar al comienzo de su existencia? Ello encierra dos interrogantes fundamentales: 1. ¿qué tipo de estimulaciones cutáneas se requieren para que el desarrollo sea normal, tanto desde el punto de vista físico, cómo en lo que atañe a la conducta? Y 2. ¿cuáles son los efectos, si es que existen, de la ausencia o insuficiencia de determinados tipos de estimulación cutánea?” (p. 11).

Con respecto a las interrogantes referidas por el autor, podemos suponer que la estimulación táctil para el niño es de vital trascendencia para que consolide sus relaciones emocionales o afectivas normales; las fallas en ésta, trastocan y desencadenan anormalidad en el desarrollo socio - afectivo y en la evolución de la conducta del infante.

La actividad fría y distante en las respuestas de la madre exhibe un hueco en las sensaciones de contacto cutáneo, de ella, se deriva un procedimiento de cargar al niño paseándolo de una habitación a otra, la manera de aproximarse la madre a él para cargarlo siempre es de costado a ella o bien de espaldas.

Al cargar a su bebé y depositarlo ya sea en su cama o silla se detectan expresiones faciales de la madre con ausencia de emotividad, sus rasgos no se modifican, no se dibujan sonrisas en sus labios, tampoco hay festejos, los cuidados maternos de la mamá son ejecutados por la necesidad de proteger indistintamente al niño, ya sea en el cambio de pañal, al dar de mamar, o de ofertar el biberón no se identificó la intención de demostrar su afecto positivo y agrado ante la cercanía de su bebé. A lo largo de las interacciones, una y otra se observaron con rapidez y urgencia, finalmente, esta situación de continuidad evadía eventos que no estaban preparados anticipadamente por la madre.

Concordamos con la idea de Montagu (1971) expresada en párrafos anteriores. A partir de que la comodidad del contacto físico entre la madre y el hijo constituye para el niño un factor radical y trascendental en su desarrollo y la expresión de sus respuestas afectivas. Esta actividad no fue observada en las interacciones con una tendencia excluyente de la madre hacia su infante. Dicha tendencia, monopolizada en ella, le aborta al niño la manifestación de sus reclamos y necesidades lo que detalla con mayor claridad la responsividad unilateral de la mamá hacia su bebé.

El autor reporta: "en consecuencia, las caricias constituirían para el niño una experiencia tan importante como el "lameteo" para las crías de los mamíferos. Retengamos de momento que el "lameteo" u otras formas equivalentes de estimulación táctil placentera están en el origen de la capacidad de amar" (p. 31).

En la madre se identificó una disposición que la caracteriza de autoritaria al estar constantemente restringiendo al niño para que no introdujera sus manos en la boca, al mismo tiempo que demanda y exige de manera sutil la respuesta de él a sus deseos e intereses, en ocasiones se observó la situación relatada en la siguiente ilustración.

La madre manifiesta a su hijo que si él la agradece, también ella le responderá en la misma forma, el comentario exacto de la madre fue: "si tú me agradeces yo también te agradeo para ver qué se siente ¿eh?..."

Otro ejemplo ilustrativo es el que sigue:

La madre le dice a la hija: ¡levanta tus piernitas como siempre lo haces!, ¡levántalas para que te vean como lo haces!, ¡ándale!. La niña se da vuelta y se empuja con todo su cuerpo, cosa que la madre le festeja.

La manera de responder de la madre a las señales expresivas y de necesidad del bebé se encuentra en un ámbito recreado por sus retos y los desacuerdos entre ella y su hijo que principalmente arrojan una carencia en el andamio recíproco de las interacciones entre ambos.

Morris (1973) relata que la cercanía de la madre para el hijo es el efecto tranquilizador más positivo que existe, pero su ausencia revela la inquietud y el desasosiego experimentado, el autor expresa:

“Nos mecemos cuando sentimos angustia. Oscilamos hacia delante y hacia atrás sobre los pies cuando nos enfrentamos con algún conflicto. Dondequiera que vean inseguridad, hallarán, posiblemente, el ritmo tranquilizador del corazón, envuelto en cualquier disfraz. No es casualidad que la mayor parte de la música y de las danzas populares tengan un ritmo sincopado. También aquí, los sonidos y los movimientos devuelven a los autores el mundo seguro del útero. No fue accidentalmente que la música de la juventud recibió el nombre de <<música rock>>, ni más, recientemente, el nombre, todavía más revelador, de <<música beat>>. Y ¿qué es lo que cantan? <<Mi corazón está roto>>, <<Haz dado a otro tu corazón>>, o <<Mi corazón te pertenece>>” (p. 92).

El párrafo anterior nos muestra que si la necesidad de contacto físico del niño no es satisfecha, él tratará de modificar su reclamo pretendiendo a sí mismo brindarse autosatisfacción llevándose sus dedos a la boca y meciéndose rítmicamente en el compás que lo tranquilice.

En la satisfacción de la necesidad de alimento

Montagu (1971) expresa:

“En la edición de 1963 del manual titulado *Infant Care* publicado por el U. S. Children's Bureau, del Ministerio de Sanidad y Educación de Estados Unidos (obra principalmente realizada por mujeres y que ha alcanzado una amplia difusión), queda plasmada la actitud negativa prevaleciente frente a las experiencias táctiles unidas a la crianza al pecho. <<Es muy posible - escriben las redactoras - que usted experimente cierta resistencia ante la idea de entablar tanta intimidad con un ser que, en los primeros días, le parecerá un extraño. Algunas madres prefieren, por decirlo así, mantener el niño a distancia, recurriendo a un tipo de alimentación menos directo>>.

Estas frases bastan para revelar la profunda incapacidad de la mujer de hoy para comprender el trascendental sentido de la estrecha unión que debería existir entre madre e hijo desde el mismo momento del nacimiento de éste” (p. 53).

El sustento que el autor reporta nos permite reflexionar sobre la capacidad de contención que posee la madre para brindar de mamar a su bebé. En el caso de la responsividad unilateral se detecta que la tendencia excluyente manifiesta las conductas de la madre hacia el alejamiento y el distanciamiento entre ella y su infante.

El ejemplo demostrativo es el siguiente:

La madre comenta: “nunca le di de mamar a mi bebé porque no tuve leche que darle, además, ella es muy tragona y no la llené con nada, por eso le doy la tetera. Siempre que quiere comer llora mucho y muy fuerte”. Cuando la bebé lloró por hambre, la madre corrió a prepararle el alimento, tardó aproximadamente 3 minutos en traerlo junto a la niña, ella, todo el tiempo lloró insistentemente, consolando su llanto al sentir en su boca el biberón. La mamá acomoda a la bebé sobre el sillón y comienza a darle el biberón guardando completo silencio por más de 6 minutos que tarda la infante en consumir el alimento, en ningún momento la carga en sus brazos, la acaricia y le platica.

La ilustración revela: para la madre, alimentar a su hija es sólo darle comida, ella ignora que el espacio y el momento de la lactancia ya sea materna o con fórmula química es una oportunidad para ofrecer experiencias íntimas saludables

y reconfortantes para las dos; estas experiencias son de carácter: sensorial, visual y auditivo. La madre no rescata interacciones de placer y gozo durante la alimentación de su hija, por el contrario, se concreta en darle de comer y posteriormente entablar un diálogo con ella.

A diferencia del caso anterior, se registra de manera sucinta la siguiente ilustración:

La madre al menor reclamo y quejido de su hija tiende a acercársela a su pecho, indistintamente de la necesidad que la bebé ostente. No indaga, ante ninguna conducta de su hija ¿qué es lo que la molesta?, ¿qué es lo que necesita?, ella sólo atina a ponerle el pezón en la boca a su hija, esta actividad calma a la bebé por algunos minutos pero nuevamente la niña comienza a quejarse. La madre durante la puesta del pezón le dice a su niña: "¡Ya mi muchachita, quédese tranquila, ya le voy a dar de mamar, pues si eso es lo que quiere mi niña!" Al no consolar a la niña busca una y otra vez que la bebé mame.

Juárez (1995) refiere la escala de sensibilidad versus insensibilidad elaborada por Ainsworth (1969).

"La madre extremadamente insensible parece encajarse casi exclusivamente a sus deseos modos y actividades. Esto es, las intervenciones y las iniciaciones de la interacción están orientadas y formadas en gran parte por las señales dentro de ella misma; si ellas llegan a mezclarse con las señales del bebé, esto no deja de ser mera coincidencia. Esto no quiere decir que la madre nunca responde a las señales del bebé; algunas veces si lo hace cuando las señales son suficientemente intensas, prolongadas y frecuentemente repetidas" (p. 6).

La argumentación sobre la conducta de la madre insensible hecha por Ainsworth nos permite clarificar que las necesidades y los deseos de ella sobrepasan la lectura de las necesidades de su hija a menos de que sean obvios los reclamos que la niña realice. Aquí, la madre centra su actividad en que ésta va a

resultar positiva a la bebé por eso se ofusca en conseguir que mame sin obtener que la infante se encuentre satisfecha gracias a su actividad responsiva.

Para cubrir la necesidad de dormir y descansar

Las respuestas de alejamiento y privación física de la madre al reclamo de sueño hecho por su hijo son repetitivas sin dejar al bebé descansar tranquila y reconfortantemente. Un ejemplo que ilustra la situación es el siguiente:

La madre se encuentra recostada sobre la cama y al lado de ella se halla su hija, la niña quiere dormirse pero ella le dice una y otra vez "¡ No te duermas, no te duermas, no te duermas!". La bebé intenta de nuevo volver a dormirse y su madre le vuelve a repetir "¡No te vayas a dormir, todavía no. No te duermas chiquitita!".

A la mamá no parece interesarle que si hija descansa y se tranquilice, ella en su defecto desea que la bebé continúe activa para salvar la situación, hay una intromisión de las necesidades de la infante para cubrir primero las necesidades de la madre. No hay respeto alguno de la madre por la individualidad de la niña, en su lugar pareciera que existe abuso de autoridad llevada durante la interacción.

Actividades del bebé a los 6 meses de edad que demandan atención materna

En repetidas ocasiones el bebé busca a su madre al seguirla con la mirada y rodando todo su cuerpo en dirección a ella. Las comunicaciones con balbuceos y vocalizaciones son cada vez más consistentes y se presentan con mayor frecuencia que el llanto, éste, se suscita en los momentos de sueño o molestia física del infante. De igual forma la sonrisa del niño es la llave maestra que abre todo espacio de comunicación entre él y su madre.

El primer comportamiento incipiente de gateo en el infante lo coloca en posibilidad de movimiento, él, intenta ponerse en 4 patas para movilizarse. Aún con este afán de trasladarse no controla estos eventos pues sus intentos de desplazamientos son torpes y lentos sin haber alcanzado todavía una maduración entre el intercambio de acciones ojo – mano.

A continuación se abordan las acciones con las cuales el infante incentivó las respuestas maternas.

1. Expresiones y modos de manifestar el infante sus necesidades por medio del llanto

A la edad de los 6 meses de vida del bebé, la relación de interacción entre él y su madre ya se ha edificado y consolidado, ahora ambos se conocen. Su

llanto ya no es un reflejo, éste es utilizado como un medio de comunicación pues sólo recurre a él después de solicitar atención con otras expresiones.

Su llanto ya es una advertencia de la presencia de extraños lo que nos remite a la angustia del octavo mes expresada por Spitz (1965). Un ejemplo palpable es:

La madre y su bebé se encontraban sentados a la mesa después de alimentar a la niña, es el momento en que una mujer desconocida para la bebé trata de acariciarla y su puchero no se hace esperar soltando un llanto inconsolable, la madre la acuna entre sus brazos, la cambia de posición y la niña se tranquiliza.

Sobre el deseo de acercamiento materno y contacto físico con la madre, el infante promueve su locomoción, en algunos casos rodando hasta donde se encuentra el cuerpo de ella, en otros tratando de sentarse y balancearse para lograr tomarla de los brazos o las piernas, además de seguirla constantemente con la mirada y emitirle vocalizaciones y balbuceos. En una tercera parte de los bebés ocurrió lo anterior.

El mantenimiento del contacto que es manifestado con jalar hacia sí a la madre y acariciarla con sus manos o sus besos. Estas actividades se presentan indistintamente en un 90 % de los infantes participantes. Otra manera de atraer a la madre es quejándose, renegando, llorando o bien sonriendo.

Un ejemplo ilustrativo de las actividades expresadas por los bebés es el siguiente:

La madre se ha dispuesto a bañar a su bebé, él, se encuentra sentado en la cama entre algunas almohadas que le acomodó su madre para que no se inclinara hacia uno u otro lado. El niño observa que la madre pasa y coloca la bañera, que le pone agua y comienza a balbucear y mover frenéticamente sus manos.

La madre lee que él quiere jugar y se acuesta a su lado. El le acaricia la cara, le toma los cabellos y se inclina para besarla.

En lo que se refiere a las conductas de señalamiento de alimentación, no sólo de amamantamiento, existen avances considerables como los siguientes: el niño comienza a tocar el pecho de la madre cuando ve que ella se lo ofrece, así, muestra su afán de succionar el pezón; por otra parte en cuanto distingue objetos que son utilizados en su alimentación hace caras y gestos festejando tal acontecimiento, mueve brazos, manos y piernas en señal de regocijo. Si no es comprendida la necesidad por parte de su madre, él, reniega, se queja y hasta llora ya sea con enojo o desconsoladamente.

A su vez, el pecho ya es un automatismo implementado tanto por el bebé como por la madre para lograr conciliar el sueño en el infante.

En la manifestación de su necesidad de dormir y descansar, el bebé se talla sus ojos con las manos, irrumpe en un llanto de molestia, jala a la mamá para que se acerque y lo cargue, o se tiende en sus brazos y busca el pezón que mamar. En 2 ó 3 minutos se queda profundamente dormido. La madre por su parte ya está competentemente preparada para leer estas demandas.

Lo que a continuación se mostrará es cómo responde a ellas después del conocimiento realizado en la interacción con su hijo.

Respuestas de la madre a las necesidades del infante

En un 75 % las madres responden con rapidez y adecuadamente a los reclamos del bebé pues ya ellas conocen bien a su hijo y comprenden las

necesidades. El 25 % restante no es que deje de responder a las demandas del infante, más bien es que sus respuestas no son oportunas ni eficaces para calmar el displacer de su bebé, lo que produce que él se moleste más evitando toda posibilidad de rápida satisfacción.

De este 25 %, el 8 % de las madres su expresión no mostró autenticidad durante los intercambios con su hijo, ellas, estuvieron ausentes durante la mayoría de los espacios de relación con el bebé, como ajenas a su llamado.

Aproximadamente en el 17% ó 20 % de los casos, la madre continuó siendo inconsistente, con una extremada rapidez, sin ser explícita, más bien corta en sus comunicaciones y acciones con su hijo.

1. Diligencia, prestancia y maestría de la madre para brindar comodidad, ternura y adhesión al bebé

Las respuestas efectuadas por la madre ante los reclamos de cercanía, alimento, contacto físico, protección al sueño y amor que su hijo le profesa se ubican bajo las siguientes características que son: claras en su reaccionar, sencillas en su responder y coherentes con las acciones manifiestas durante su relación de interacción desarrollada específicamente en el transcurso de los 3 meses de vida del infante.

En el responder de la madre se detectó una continuidad y espontaneidad en sus intercambios con el bebé. Durante el consuelo que ella evidenció hacia su hijo se identifica que la madre actúa en:

El llanto

La madre sabe que con sus respuestas puede consolar al niño si él llora. Ella está consciente que puede sentirse incómodo con la ropa mojada y sucia, por fallar en conciliar el sueño, por la sensación de hambre y es más, ella ya diferencia un reclamo de otro. El ejemplo que a continuación se relata ilustra este comentario:

El bebé y su madre se encuentran jugando en un sillón de la sala, ella, le toma de sus manos a él para que se levante de la posición de sentado. El infante quiere ser levantado en brazos una y otra vez buscando verse en el espejo colocado en la pared, ella, le responde alegremente una y otra vez hasta que él se molesta y llora. Ella, inmediatamente cambia su actividad por una más serena que lo reconforte y lo consuele.

El juego de verse y esconderse ante el espejo se sucedió en un 60 % de las diadas participantes y con mayor frecuencia alrededor de los 6 meses de edad del infante. Estos intercambios son de agrado para ambos por el conocimiento que tienen sobre el otro. Por otra parte la madre siempre está atenta sin afectar a su hijo con demasiada estimulación.

Necesidad de contacto físico

El bebé es un hábil rastreador y consecuentemente diestro en permanecer cerca de su madre así como de mantenerse más tiempo pegado a ella.

La madre está deseosa de cargarlo, besarlo, acunarlo, arrullarlo, acariciarlo, jugar, reír y platicar con él. Ella contesta las vocalizaciones y balbuceos de su hijo en consonancia a su deseo de dialogar. Sus interacciones dan frutos positivos en la generalidad, la madre es tolerante con respecto al tiempo que el bebé requiere para sus desprendimientos. Un ejemplo demostrativo es:

La madre se prepara para bañar a su hijo, durante el transcurrir al desvestirlo ella, ejecuta juegos con él, no le molesta que la tome por su blusa o su cabello. Él ya dentro del agua se agarra fuertemente de su madre cosa que ella acepta tranquilamente, chapotee el agua y la tire, ella le ofrece juguetes que él toma abiertamente, su madre en ningún instante lo apresura pues se sienta cómodamente para disfrutar con su hijo de esos momentos.

Las respuestas que la madre ofrece son llanas y completas para el infante, él se siente relajado, confiado, cómodo por lo que su estancia con ella es segura y confortable.

Necesidad de alimento

El desarrollo y crecimiento del niño repercute en su alimentación. A la edad de 6 meses, él ya come alimentos sólidos cocidos y molidos para así poder deglutirlos. La madre que manifiesta en sus respuestas reacciones cooperativas y solidarias con su bebé presenta actividades coherentes y sin desfases entre una y otra, ella, responde alegre, tierna, segura, confiada, apacible, tolerante y dejando a su hijo ser el mismo.

Un ejemplo demostrativo es el siguiente:

El bebé se encuentra en su andadera, ella le ofrece de comer mientras él se mueve despacio entre las piernas de su madre. Ella le da un bocado a su hijo, observa detenidamente que el

niño haya pasado ya la comida para poder ofrecerle un bocado más. Existen sonrisas entre una probada de comida y otra, no hay premura para que el infante termine su alimento por el contrario, ambos tienen todo el tiempo que necesitan.

En estos ejemplos la madre muestra abiertamente un respeto profundo y sincero por su hijo, ello posibilita a que la relación sea cordial y productiva.

Necesidad de dormir y descansar

Ante el avance y fortalecimiento en el conocimiento mutuo de madre e hijo, ambos, se sienten confiados en que oportuna y convenientemente la seguridad, el descanso y la comodidad reconfortante llegarán rápidamente. La madre sabe perfectamente cuando su bebé está cansado y molesto por lo que su actividad es la de compensar esa inquietud.

El ejemplo demostrativo es el siguiente:

Después de haber bañado a su hijo y jugado con él, la madre se percata de que el infante se encuentra molesto, él comienza a emitir un quejido quedo y sutil, ella, lo toma en sus brazos cálidamente y se lo prende al pecho izquierdo. En esa posición perdura aproximadamente 5 minutos en los que el bebé se relaja, afloja sus músculos, se suelta completamente y queda dormido. La madre lo deposita sobre la cama y le retira los zapatos de su pies para que él descanse.

Las actividades de la madre descritas anteriormente enfatizan un complemento definitivo entre madre e infante, ellos, embonan satisfactoriamente en cada una de las interacciones que desarrollan.

La responsividad que evidencian las respuestas de la madre a lo largo de los 3 y 6 meses de vida de su hijo representan una coherencia, secuencia y continuidad en ellas. La manera de responder de la madre fue identificada como asertiva, apacible, benévola, complaciente, cooperativa, empática, solidaria. El ser oportuna, eficaz y diestra en sus respuestas le constituyen una responsividad solidaria con tendencia a la cooperación, la libertad y la reciprocidad, es comprensiva, democrática, cálida, sugerente y motivante pues ella vive consciente de sí misma y de su hijo.

Fromm (1959) argumenta: “el hombre está dotado de razón, es vida, consciente de sí misma; tiene conciencia de sí mismo, de sus semejantes, de su pasado y de las posibilidades de su futuro” (p. 18).

La madre responsivamente solidaria manifiesta energía, entusiasmo, perseverancia, reflexiona encontrando salidas positivas con base en los conocimientos que ya posee de su hijo, hace uso de todos sus recursos y alternativas para llevar a cabo una relación armoniosa con su infante.

La actividad de la madre producida como reacción a las necesidades de su hijo concuerda con la descripción de la orientación productiva del carácter social analizado por Fromm (1953). La madre encamina y posibilita sus respuestas al remover y desarrollar la personalidad de su infante así como la propia.

2. Maniobras y situaciones remotas con animosidad de la madre hacia su hijo

En el responder de la madre a las necesidades de cariño, alimento, vestido, cambio de pañal y ropa, juegos con el niño, se identificó una consistencia de alejamiento y distancia física entre ellos. Los besos, abrazos y arrumacos no se presentan espontáneamente, éstos, son esporádicos convirtiéndose más y más en actividades lúdicas y de entretenimiento del bebé lejos de la madre o bien donde los roces son exclusivamente con fines de promover el desarrollo físico e intelectual del niño.

Las respuestas de la madre carecieron de espontaneidad con respecto a:

El llanto

La madre no sabe por qué llora su infante, no identifica cuál es la causa que lo motiva, ella se aproxima pero no busca cargar al niño, sólo se concreta en verlo llorar sin intentar interrumpir su llanto. En el infante, cada vez el llanto se vuelve más evidente, al no recibir respuesta de su madre se enoja y molesta haciendo expresiones con todo su cuerpo; ejemplo de esto es lo reportado en la observación grabada:

La madre acaba de bañar a su hija y la pone sobre la cama, la sienta, va por la ropa, le pone su vestido y la peina. La madre quiere ponerle un sombrero en la cabeza y que la niña no se lo quite. La bebé hace el intento de quitarse el sombrero en varias ocasiones, las mismas que la madre se lo vuelve a colocar. La niña se molesta y reniega fuertemente, se lo quita con coraje y la madre se lo vuelve a poner. La bebé llora, parece ser con demasiado coraje y enojo, su madre no lo comprende, sólo se queda escuchándola.

Otro ejemplo ilustrativo es el siguiente:

El bebé llora inconsolablemente, la madre sólo atina a cargarlo entre sus brazos, ella lo acomoda de frente a su cara durante 2

mimutos, luego lo pone a su costado izquierdo con la cara hacia fuera, le muestra los objetos de la recamara sin conseguir que el bebé deje de llorar. Pasan de 10 a 12 minutos en lo que niño llora sin poder calmarse y su madre continua en la misma actividad de mecerlo y mostrarle objetos sin lograr que él establezca un equilibrio a su desconsuelo.

Para la madre las necesidades que su hijo le reclama se distorsionan a partir de sus propias necesidades haciendo imperceptible lo que su bebé requiere.

Necesidad de contacto físico

En las respuestas de la madre sobre la cercanía y permanencia junto a ella por parte del bebé se detectó que ella, le prohíbe toda posibilidad de encontrarse en contacto cálido e íntimo entre ellos.

Existe una impotencia clara y evidente de que la madre rechaza todo contacto corporal además de que no le brinda a su hijo la libertad que favorezca, promueva y permita interacciones y movimientos. Ella le trunca la sana libertad de actuar a su hijo. Tal parece que necesita sentir así a su bebé para reafirmarse que ella es quien sostiene el poder y el mando.

Un ejemplo demostrativo es:

El bebé se encuentra recostado sobre la cama después del baño, la madre se acerca, él toma la toalla y se la introduce en la boca pero su madre de un jalón se la retira bruscamente. El niño agarra con sus manos el cepillo y vuelve a introducirselo en la boca y de nuevo la madre lo retira exaltada.

Ella ignora que a esta edad el bebé explora y conoce los objetos a través de introducirlos en su boca para chuparlos. La reacción de la madre de prohibirle al infante introducir objetos en su boca engrana al parecer en que ella limita las

posibilidades de búsqueda y conocimiento en su hijo. El bebé sólo en algunas ocasiones muestra alegría al compartir espacios de interacción con su madre, él ríe cuando ella ríe, está a la expectativa de lo que ella haga o deje de hacer.

La madre sólo cuando su bebé sonríe le proporciona besos, abrazos y arrumacos, el bebé por su parte no se acurruca en los brazos de ella a menos de que desee conciliar su sueño.

¿Puede la posibilidad y libertad de movimiento, de búsqueda y de acción del infante volverse una carga pesada para la madre con responsividad absorbente y tendencias encubridora, autoritaria y aniquiladora? ¿Es acaso que la madre responsivamente absorbente se halla incapacitada para experimentar junto a su hijo y con él la vida, su crecimiento y desarrollo de una manera espontánea y amable?

En sus interacciones no se identifican actividades de pericia, iniciativa y energía individual, más bien, se encuentra una reacción cíclica de intercambios que evidencian situaciones rutinarias y carentes de chispazo y alegría natural y espontánea.

La impotencia para relacionarse satisfactoriamente con su hijo en los episodios interactivos permiten ver plausiblemente que sus respuestas no son adecuadas en tiempo, espacio y disposición que el infante requirió. Esto no quiere decir que siempre haya sido así, sólo en algunas circunstancias sucedió, en otras no.

Las escenas de juegos, arrullos, contactos corporales y de comunicación preverbal en momentos fueron substanciales a partir de la disposición de la madre para responder a ellos. Otras tantas fueron inconsistentes, carentes de continuidad, prolongación, hasta el grado de no dejar al hijo tomar decisiones.

Pareciera que las funciones de la madre se vuelven imprevistas, el bebé se encuentra en un cruce de camino, no sabe cuál tomar pues no cuenta con la certeza de que su madre le responderá. El conserva experiencias de situaciones inesperadas y repentinas que su madre con sus respuestas le ha brindado.

Necesidad de alimento

La madre lee inmediatamente que su hijo tiene hambre aunque tarda en prepararle su alimento y en comenzar su alimentación. Ella es excesivamente limpia en el transcurso de la comida, las interacciones se suscitan en cada bocado del niño, ella, le platica y se sonríe sólo si él así lo hace, si el bebé no se mueve, sonríe o balbucea ella permanece callada. Si es acariciada por él permanece inerte.

Un ejemplo que ilustra lo anterior es:

La madre da de comer a su hija, ella, le toca la mano con sus manitas, la madre retira repentinamente su brazo para seguirle dando de comer. La bebé trata de continuar acariciando a su madre pero, no se da por enterada. La mamá continúa brindando alimento con rapidez además de limpiar constantemente la boca de su bebé entre uno y otro bocado.

La madre desea atraer la atención de su bebé para que consuma todo el alimento y poder ella dedicarse a otros menesteres. Su relación pareciera que cada día está mas alejada, distante y ausente.

Necesidad de dormir y descansar

Con el crecimiento y desarrollo del bebé, su comunicación de molestia e incomodidad deja de ser exclusivamente por medio del llanto, ahora, él expresa su necesidad de sueño mediante frotarse los ojos, renegar, quejarse, hasta lloriquear. La madre percibe esta intranquilidad pero busca otras causas, le ofrece juguetes para interactuar con él una y otra vez, él continua molesto y sólo así ella entiende que se trata de cansancio y fatiga. El ejemplo que a continuación se relata muestra la evidencia:

La madre y el bebé jugaban con una sonaja, él renegó, se quejó, pateó, estiró fuertemente sus brazos y piernas y sollozó, la madre, continuó ofreciendo la sonaja hasta que su hijo emitió un quejido. Ella expresó: "¿tienes sueño hijo...?" Lo depositó sobre su pecho izquierdo y se lo prendió al pecho por más de 5 minutos. El se quedó completamente dormido.

El ejemplo ilustra que la madre responde pero su respuesta no es oportuna ni cálida y refinada en su atención.

Análogamente a lo vivido durante los 3 meses de edad del niño, pareciera que el responder de la madre se halla prisionero de sus angustias y necesidades personales, debido a ello, la ambigüedad en la atención y los cuidados brindados a su hijo. Las reacciones de la madre sugieren que su actividad y responsividad maternal se rige por tiempo y espacios de interacción con el infante y no por la calidez y la disposición a los intercambios afectivos entre ellos.

Fromm (1958) argumenta sobre:

“Los efectos que el capitalismo ejerció sobre la libertad en desarrollo, también produjo una consecuencia inversa al hacer al individuo más solo y aislado, y al inspirarle un sentimiento de insignificancia e impotencia, al favorecer la <<libertad de>>, que

contribuyó a cortar todos los vínculos existentes entre los individuos, y de este modo separó y aisló a cada uno de todos los demás hombres" (p. 117).

Lo que el autor refiere tiene que ver con la responsividad absorbente de la madre en la que ella actúa ajena y aislada a su hijo no en todos los aspectos; su tendencia de encubrir y simular la vuelven completamente limpia y hacendosa para con su bebé, ella quiere mantenerlo siempre muy presentable por lo que se ofusca en conseguirlo. Aquí se observa con mayor tendencia la imposición de la madre sobre el hijo, ella, no destaca las necesidades emotivas de él.

3. Respuestas maternas tendientes a la evasión y a la exclusión ante las necesidades del bebé

Las actividades de la madre como respuesta a las necesidades del bebé en cuanto a:

El llanto

El llanto del bebé no se percibe como tal, es más un quejido de molestia que llanto en sí, sus expresiones son apenas audibles, por lo general su conducta siempre es así, a menos, que tenga un sueño arrebatador. La madre por su parte no percibe, no lee y no responde rápidamente a los quejidos de su hijo, al parecer por no considerarlos razón de peso para acercarse a él.

Necesidad de contacto físico

En las respuestas de la madre hacia el acercamiento con el infante se identificó una clara reticencia tanto de la madre como del hijo al contacto cálido e íntimo entre ellos, el ejemplo ilustrativo a continuación se detalla:

La bebé se encuentra recostada sobre su cuna por más de 5 minutos sola, la madre llega y la carga colocándosela sobre su hombro izquierdo, la niña inmediatamente arquea su cuerpo retirándose del de su madre, le coloca la mano derecha sobre el brazo de ella, en ningún momento la abraza o se recuesta sobre ella; así permanece hasta ser sentada sobre la mesa. Cuando la bebé desea pegarse al cuerpo de su mamá, ella, sólo atina en hacerse para atrás pareciera evadir todo contacto, no acuna a su hija, no la abraza, no la besa; por lo que la niña no cubre con sus manos el cuerpo de su madre.

Esta incapacidad de la madre para acercarse a su hijo, se refleja en el desprendimiento que él realiza de ella, pues, no se identificó en el infante algún signo sobre la angustia del octavo mes esbozado por Spitz (1965). Por el contrario, el bebé por lo general se sonríe con cualquier persona que atrae su atención sin presentar zozobra alguna con la relación.

En las observaciones, las actividades responsivas de la madre se centraron en los cuidados físicos, el bebé no dio evidencias de movimiento alguno cuando era cambiado de ropa sucia o desvestido para ser bañado y aseado.

Necesidad de alimentación

La actividad maternal correspondiente a la necesidad de comida de su hijo se identificó como una rutina más realizada diariamente. Parece que la madre se

entretiene en otras cosas cuando su hijo se encuentra succionando el pezón, la presencia física de ella se encuentra, más no la compañía emotiva y social. El siguiente ejemplo es demostrativo de esto:

La bebé está recostada en brazos de su madre, sobre el pecho izquierdo, empieza a mamar, sus ojos deambulan sobre los objetos colocados en la pared del cuarto, sus piernas se mueven al mismo ritmo de succión; por instantes sus ojos buscan fugazmente los de su madre tropezando con ellos para volverlos a desviar con otra dirección. La madre no se preocupa si se le está tirando y corriendo la leche por la cara y el cuello. La niña le toma el dedo por un instante, para agarrar con toda su mano el pecho, la madre sencillamente se quita la mano de la bebé colocándosela a ella en su estomago junto a la otra mano de su hija.

Con estas evidencias puede identificarse el responder de la madre con una tendencia de rechazo a su hijo/a; el abandono y la ausencia real de su presencia afectiva se halla aunque ella esté presente físicamente.

Otro ejemplo demostrativo se refiere a continuación:

La madre alimenta a su bebé, los bocados se suscitan con demasiada premura, apenas pasa un bocado para cuando ya está a punto de pasar a otro. La bebé quiere quitarse el babero y su madre le dice: “¡No se quite ese babero,... no se lo quite!...”, la bebé toma un objeto con que entretenerse y su madre se lo quita con un gesto de molestia en su cara. Cambia de posición a la niña, de estar frente a ella, la coloca sobre su pierna izquierda de lado y continua de igual forma la actividad.

Necesidad de dormir y descansar

Consecuentemente a lo acontecido en la relación de interacción entre madre e hijo a los 3 meses de vida del infante la madre continua excluyendo las necesidades de él cuando reclama un sueño tranquilo y reparador. Ella, es una

activa desertora y destructora a las protestas y reclamos del niño. El ejemplo demostrativo es:

La niña durante la alimentación se encuentra molesta e incomoda, la madre la cambia de posición varias veces, la niña comienza a tallarse los ojos con sus manos desesperadamente hasta que la madre atina en pegársela a su pecho después de 5 minutos de inquietud de su hija. La niña perdura por más de 6 minutos succionando el pecho materno hasta quedar profundamente dormida.

El ejemplo muestra evidencias de la nula o escasa percepción que posee la madre sobre las demandas y necesidades que su hijo le solicita pues ella se encuentra alejada, ajena y totalmente excluida de su bebé. Su relación con el infante es vista sólo desde su óptica particular, deserta en forma basta y agobiante a la relación de intercambios amorosos y rítmicos con su hijo.

Fromm (1958) expone en su estudio sobre El miedo a la libertad:

“a esas condiciones de aislamiento e impotencia se deben otras dos fuentes de la destructividad: la angustia y la frustración de la vida. Las tendencias destructivas constituyen la forma más común de reaccionar frente a ella... En la frustración de la vida. El individuo aislado e impotente ve obstruido el camino de la realización de sus potencialidades sensoriales, emocionales e intelectuales. Carece de la seguridad interior y de la espontaneidad que constituyen las condiciones de tal realización” (p. 180).

La destructividad a la que hace mención Fromm, se encuentra detallada en las respuestas generadas por parte de la madre para dar contestación a las necesidades del infante en las que no toma en consideración lo que él puede estar sintiendo o viviendo y sólo percibe lo que su visión le permite leer y comprender acerca del niño. La madre no se pone en los zapatos del bebé, ella está incapacitada para comprender al otro, por lo tanto la posibilidad de que deje al

niño poder expresarse y manifestarse está cercenada; en este sentido se aborda la destructividad maternal en la responsividad unilateral con tendencia a la exclusión.

El análisis efectuado a través del estudio longitudinal avala que la responsividad maternal se edifica gracias a los intercambios generados en la relación madre hijo.

La caracterización de la responsividad de la madre para atender a las necesidades del bebé evidencia una secuencia y coherencia interna y externa, determina el tipo de relación interpersonal entre ella y su hijo, así como la forma de relacionarse de ambos en el contexto familiar.

CONCLUSIONES

La presente investigación se realizó con el fin de contribuir con evidencias empíricas al estudio de la responsividad de la madre para atender a las necesidades del bebé.

El propósito central fue caracterizar la actividad y responsividad maternal que se sustenta en las prácticas de cuidados y atención de la madre hacia su hijo para satisfacer las necesidades biológicas, fisiológicas y afectivas de él.

El estudio se orientó en generar una línea de investigación sobre la liga afectiva entre madre e hijo que aborde el proceso y desarrollo de la afectividad humana.

Lo relevante e importante de esta investigación para la Pedagogía, es: el conocer, analizar, reflexionar y comprender el complejo entendimiento de la relación madre – hijo, con base en la reciprocidad establecida entre ellos que permita trasladar estas interpretaciones hacia las relaciones que se establecen entre el niño y su maestra con la intención de rescatar el valor y la productividad de la afectividad en el proceso enseñanza – aprendizaje.

La teoría del apego y de la base segura expuesta por Bowlby y Ainsworth postula que la relación efectuada entre madre e hijo a la luz del cuidado materno consolida la personalidad del infante.

A su vez la teoría sociopsicoanalítica de Fromm argumenta que la estructura y rasgos del carácter social es un elemento común en los miembros de una clase social determinada que los aglutina a realizar comportamientos similares de acuerdo

a su estructura y condición de vida. Idea que refuerza la importancia pedagógica en la formación, superación y actualización del magisterio en general, así como el apoyar a los programas de Escuela para Padres, en la sensibilización y socialización de su función con los hijos.

Por su parte la posibilidad de sentir y reconocer los sentimientos de la madre hacia su hijo a través "del sentido del tacto" abordado por Montagu concesión realizada mediante el reconocimiento de las propias necesidades de la madre, le permiten a ella aprender y adaptarse para responder a las necesidades del bebé.

Los datos que se obtuvieron como resultado del estudio proporcionan evidencia empírica sobre la actividad y responsividad de la madre para atender a las necesidades del bebé que concuerda con los argumentos teóricos mencionados.

La información obtenida reportó la siguiente caracterización:

La tendencia de la madre a responder cooperativamente a las necesidades del infante, brinda a él, libertad y posibilidad de encontrarse de igual a igual con ella; esta reciprocidad de sentirse entre iguales, se instituyó gracias al nivel de significado y conocimiento adquirido del desarrollo y la evolución del niño como otro ser independiente a ella, con derechos propios para expresarlos.

En sus respuestas se detectó la identificación de la necesidad, una adecuada forma de reaccionar ante la solicitud, la interpretación conveniente y pertinente además de la comprensión oportuna para responder específica y satisfactoriamente a las solicitudes reclamadas por el bebé, respetando la individualidad de él. La madre fue asertiva en su relación de pareja. Nos es que siempre estuviera dispuesta a atender a su hijo, sino que su interacción se consolidó gratamente

forjándose así un entendimiento mutuo. Esta caracterización de las respuestas de madre en los cuidados de su hijo, recibió la categoría de responsividad solidaria.

Por su parte, en la tendencia encubridora de la madre a responder a las necesidades del bebé en forma distante y alejada de él, se registró que su actividad de cuidados maternos sacrifica el sano desprendimiento del niño hacia ella, pareciera que en su respuestas trunca la posibilidad de existencia individual del infante y desencadena una coexistencia dual. Pareciera querer dejar ser a su hijo, él mismo, pero, ella establece intentos quedando sólo en eso.

No se identificó una consistencia clara y coherente en las reacciones efectuadas por la madre a las solicitudes expresadas por su hijo, ella, fue una madre disociada de su bebé, de sus necesidades, angustias y frustraciones, mismas que desencadenaron en su persona las respuestas frías, distantes y ajenas al niño. Son madres fácilmente irritables. En ocasiones su disposición y actividad fue coherente a los reclamos del bebé, en otras no se percató del deseo manifestado por él. La categoría de responsividad de la madre identificada fue: responsividad absorbente.

A su vez, las respuestas de las madres con características de indiferencia, negligencia e incompetencia a las necesidades del bebé se identificaron gracias la clara evasión del contacto entre ella y su hijo. Se encontró una constante de huida, abandono y deserción de ella con respecto a los reclamos del bebé. Pareciera que un su huida se encuentra un temor consolidado de ver lo que el otro siente o quiere, por lo que se encierra preferentemente en lo que ella quiere y necesita.

La actividad de la madre se ubicó con características enajenadas, sin tino, con falta de prudencia, hasta de resistencia evidente, centrándose cada vez más en

ella, volviéndose exclusivamente hacia sí misma, olvidándose de la presencia y demandas del infante.

La tendencia excluyente de las respuestas de la madre consecuentemente desencadena la responsividad unilateral hacia los cuidados de las necesidades del niño.

Ante estos datos se concuerda que la teoría del apego como teoría de la emotividad en sus postulados argumenta que los sentimientos, emoción y disposición de la madre para responder a las demandas del hijo influye en su proceso de relación y la caracteriza haciéndola única, específica y diferente a todas las demás.

Se puede concluir que, los datos de la información analizada en la investigación de un pequeño grupo de madres mexicanas ubicadas en el sur del estado de Chihuahua, en México, proporciona evidencia sobre la responsividad de la madre para atender a las necesidades del bebé.

¿Cómo influyen en la construcción de la afectividad del infante las respuestas que la madre organiza en reacción a sus necesidades? ¿Cómo influyen en el desarrollo de la esfera afectiva del niño las respuestas que la educadora guía a las necesidades de aprendizaje por parte del él? El último cuestionamiento puede servir como cauce para futuras reflexiones u orientar futuras investigaciones similares a la presente.

La responsividad de la educadora, del profesor de grupo y demás educadores, para atender a las necesidades de aprendizaje de sus alumnos tiene relación con la liga afectiva edificada entre el bebé y su madre y con respecto al grado de empatía que la “maestra” tenga con el niño. Encontrar, escudriñar, procesar y reflexionar

información empírica sobre este planteamiento, constituiría la perspectiva de futuros estudios dentro de la línea de investigación generada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ainsworth, M. D.S.; Blehar, M.C.; Waters, E.; Walls, S. (1978). **Patterns of attachment.**
A Psychological study of the strange situation. Hillsdale, New Jersey: Lawrence
Erlbaum. 391 pp.
- Bowlby, John. (1953). **Cuidado maternal y amor.** (Child carer and the growth of love).
Inglaterra: Penguin Books. (Trad. Por Montero, M., 1979), México: Fondo de
Cultura Económica.
- _____ (1969). **El vínculo afectivo.** (Vol. I. Attachment). (Trad. Por Pardal, I.,
1993). Buenos Aires; Paidós.
- _____ (1979). **Vínculos afectivos.** Formación, desarrollo y pérdida. (Trad. Por
Guerra, M.A., 1986), Madrid: Morata.
- _____ (1989). **Una base segura.** Aplicaciones clínicas de la teoría del apego.
(A secure base. Clinic applications of attachment theory). Londres:
Routledge.
(Trad. Por: Mateo E., 1995), Barcelona: Paidós.
- Brazelton, T.; Bergman, A.; Simo, J.; (1991). **Simbiosis, individuación y creación del
objeto.** Instituto de investigación en psicología clínica y social, A.C., México:

Eón.

Bretherton, Inge. (1992). The origins of attachment Theory: John Bowlby and Mary

Ainsworth, en **Developmental Psychology**. Vol. 28 (5) 1992; pp. 759-775.

(Traducido por: Juárez, H.C., 1995) "Los orígenes de la teoría del apego",

México: UPN (Ajusco).

Carpio., Rosa E. **El carácter social de la madre y el apego en el niño durante el primer**

año de vida. Guanajuato 1999. Tesis, (Maestría en Pedagogía) México: UPN

(Ajusco).

Cofer, C.N.; Appley, M.H. (1971). **Psicología de la motivación**. Teoría e investigación.

(Trad. Por patán, L:F., 1995), México: Trillas.

Devereux, George. (1991). **De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento**.

México: Siglo XXI.

Enciclopedia para la integración familiar. Pedagogía y psicología infantil V. 1., (Biblioteca

práctica para padres y educadores). México 1987.

Fromm, Erich. (1953). **Ética y psicoanálisis**. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (1958). **El miedo a la libertad**. (Trad. Germani, g., 1986) México: Paidós.

- _____ (1959). **El arte de amar**. Una investigación sobre la naturaleza del amor.
(Trad. Por Rosenblatt, N., 1997). México: Paidós.
- _____ (1964). **El corazón del hombre**. Su potencia para el bien y para el mal.
(Trad. Por Torner, F.M., 1966) México: Fondo de Cultura Económica.
- Gesell, Arnold y Amatuda Catherine. (1964). **Desarrollo normal y anormal del niño**.
México: Paidós.
- Juárez, H. Clotilde. (1995). **Cuidado de crianza materna y el desarrollo del vínculo afectivo durante el primer año de vida**. Proyecto del seminario permanente de investigación. (Maestría en Pedagogía). México: UPN (Ajusco).
- Karen, Robert. (1990). **Becomins attached**. The Atlantic Monthly. Febrero. 35-70. (Trad. Juárez, H.C., 1995). "Llegar a vincularse", México: UPN (Ajusco).
- Kerlinger, Fred, N. (1975). **Investigación del comportamiento**. México: Interamericana.
- Langer, Marie. (1994). **Maternidad y sexo**. México: Paidós.
- Lartigue, Ma. Teresa y Vives r., Juan. (1992). La formación del vínculo materno-infantil, un estudio comparativo longitudinal. **Revista Mexicana de Psicología**. Vol. 9, Núm. 2; Jul-Dic..

Montagu, Ashley. (1971). **El sentido del tacto**. Comunicación humana a través de la piel.

(Trad. Bravo, A.M., 1981), España: Aurión.

Morris, Desmond, (1967). **El mono desnudo**. (Trad. Por Ferrer, J. 1973), España: Gráficas

Guada.

Papalia, Diane, E.; Olds, Sally, W. (1982). **Psicología del desarrollo**. "De la infancia a la

adolescencia". (trad. Villamizar, J.; 1985). Colombia: Printer.

Pérez, Sánchez, M. (1981). **Observación de bebés**. Relaciones emocionales en el primer

año de vida. España: Paidós.

SEP (1993). **Artículo 3º. Constitucional y Ley General de Educación**. México.

Spitz, Rene, a. (1965). **El primer año de vida del niño**. México: Fondo de Cultura

Económica.

LA UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
HACE CONSTAR Y A LA VEZ FELICITA AL BEBÉ

Y A SU MADRE

POR FORMAR PARTE DEL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN:

“DESARROLLO DEL NIÑO DURANTE EL PRIMER AÑO DE VIDA”

De alcance nacional en el que participan Campeche, Campeche; Tuxtla Gutiérrez, Chiapas; Hgo. del Parral, Chih., Distrito Federal; Guanajuato, Gto., Pachuca Hgo., y Chetumal, Quintana Roo. Dentro del cual se pretende revisar un análisis profundo para conocer al ser humano desde su nacimiento y explicarse manera científica cómo empieza a conocer la realidad el infante.

Con una duración de un año a partir de febrero de 1996 a febrero o marzo de 1997.

PROFR. JESUS M. NAVARRETE PALMA
DIRECTOR DE LA UNIDAD

PROFRA. YOLANDA ISAURA LARA GARCIA
ALUMNO-INVESTIGADOR

PROFRA. JOSEFINA MADRIGAL LUNA
ALUMNO-INVESTIGADOR

UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL

CALENDARIO DE ACTIVIDADES DEL PROYECTO DE INVESTIGACION

"Desarrollo del niño durante el primer año de vida"

1996 - 1997

Abril

M	T	W	T	F	S
1	2	3	4	5	6
8	9	10	11	12	13
15	16	17	18	19	20
22	23	24	25	26	27
29	30				

Mayo

S	M	T	W	T	F	S
	1	2	3	4		
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Junio

S	M	T	W	T	F	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30						

Julio

M	T	W	T	F	S
1	2	3	4	5	6
8	9	10	11	12	13
15	16	17	18	19	20
22	23	24	25	26	27
29	30	31			

Agosto

S	M	T	W	T	F	S
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

Septiembre

S	M	T	W	T	F	S
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30					

Octubre

M	T	W	T	F	S
	1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12
14	15	16	17	18	19
21	22	23	24	25	26
28	29	30	31		

Noviembre

S	M	T	W	T	F	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

Diciembre

S	M	T	W	T	F	S
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

Enero

M	T	W	T	F	S
		1	2	3	4
6	7	8	9	10	11
13	14	15	16	17	18
20	21	22	23	24	25
27	28	29	30	31	

Febrero

S	M	T	W	T	F	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	

Marzo

S	M	T	W	T	F	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					



*Tu hijo necesita menos de tus regalos, y mas de tu presencia fisica,
tierna y amorosa.*